



**Aproximación a las dimensiones subjetivas del destierro en actuales habitantes de la vereda
Granizal, Bello, Antioquia**

Rósemberth Kury González

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropólogo

Asesora

Sofía Botero Páez, MSc en Arqueología

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Antropología
Medellín, Antioquia, Colombia
2022

Cita	(Kury González, 2022)
Referencia	Kury González, R. (2022). <i>Aproximación a las dimensiones subjetivas del destierro en actuales habitantes de la vereda Granizal, Bello, Antioquia</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decano/Director: Alba Nelly Gómez García.

Jefe departamento: Javier Rosique Gracia.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

Agradezco a las personas de Granizal que me contaron sus historias; no ignoro que durante esta investigación y en el trabajo comunitario que realicé junto a ellos, recibí de su parte más de lo que pude darles. Mi deseo es seguir luchando toda la vida para dar lo que más pueda por un mundo más justo.

Agradezco a mis padres por su amor, apoyo y la ejemplaridad de cada uno de sus actos.

Agradezco a mis compañeros revolucionarios a quienes considero mis maestros, y en quienes pienso siempre a cada paso que doy. También a los compañeros de la Red de Apoyo Popular por enseñarme con su práctica formas concretas de servir al pueblo.

Y, finalmente, agradezco a la Universidad de Antioquia y a la profesora Sofía por confrontarme, confundirme, exigirme, empujarme, enseñarme y quererme; sin duda han dejado huella en mí.

Tabla de contenido

Resumen	7
Abstract	8
Introducción	9
1. Perspectivas conceptuales sobre el destierro y la subjetividad.....	23
1.1. El destierro bajo las acepciones institucionales: desplazamiento forzado	23
1.2. El papel del destierro en el sistema económico capitalista	30
1.3. La formación social de la subjetividad.....	40
1.4. Perspectivas sobre las transformaciones de sujetos campesinos en el capitalismo.....	47
2. Mi subjetividad en el proceso de investigación	55
2.1. Las fronteras entre mi vida académica y mi vida política.....	57
2.2. Mi posición en el campo académico ante mis interlocutoras	62
2.3. Las formas de violencia que mi sentido común naturalizaba.....	65
2.4. Comprender la realidad escuchando a los desterrados.....	69
3. Subjetividades transformadas y transformadoras frente al destierro	74
3.1. Formas distintas de actuación de la violencia sobre los sujetos y de los sujetos actuar frente la violencia	74
3.2. La relación de las personas con las cosas en el proceso de destierro.....	89
3.3. La familia antes, durante y después del destierro.....	96
3.4. La relación de la gente con el trabajo en el destierro	104
3.5. Formas de entenderse a sí mismo después del destierro	116
Preguntas que quedan abiertas y derroteros	125
Referencias	128

Lista de figuras

Figura 1 Veredas pertenecientes a la jurisdicción del municipio de Bello	10
Figura 2 Dos viviendas aledañas en el sector Oasis de Paz	11
Figura 3 Casa en el sector Altos de Oriente I, en la parte más septentrional y menos poblada de la vereda	12
Figura 4 Un tanque de agua EPM ubicado entre el sector Manantiales y Oasis de Paz	13
Figura 5 Dos niños jugando en el sector Oasis de Paz.....	14
Figura 6 Un jardín y huerta al frente de una casa de la vereda	90
Figura 7 Una pequeña finca en un día nublado.....	91
Figura 8 “Gueverita” cocida con iraca	94
Figura 9 Dos mujeres y un niño vendiendo cebollas en el sector Oasis de Paz.....	96

Siglas, acrónimos y abreviaturas

ACNUR	Agencia de las Naciones Unidas para los refugiados
AUC	Autodefensas Unidas de Colombia
CNMH	Centro Nacional de Memoria Histórica
Coosercom	Cooperativa de Vigilancia y Servicios Comunitarios
DIH	Derecho Internacional Humanitario
DNP	Departamento Nacional de Planeación
ELN	Ejército de Liberación Nacional
EPL	Ejército Popular de Liberación
EPM	Empresas Públicas de Medellín
FARC	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia
IDMC	Observatorio de Desplazamiento Interno
INDEPAZ	Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz
LASO	Latin American Security Operation
M-19	Movimiento 19 de Abril
PNUD	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
RUV	Registro Único de Víctimas
UNAULA	Universidad Autónoma Latinoamericana

Resumen

Este trabajo indaga en las vivencias de los desterrados que hoy habitan al norte del Área Metropolitana del Valle de Aburra y conforman la vereda Granizal localizada en el municipio de Bello. Se presenta el recorrido que implicó conocer y entender cómo han sido transformadas las personas que padecieron situaciones de expulsión violenta y cómo frente a estas situaciones ellas crean sentidos de vida e interpretan su historia.

Los conceptos de destierro y subjetividad sirven de guías para orientar tanto las descripciones sobre lo que el investigador aprendió de la gente como el análisis reflexivo de los límites y potencialidades de su actividad académica y política en el proceso de recolección de los datos.

Palabras clave: Bello, Área Metropolitana, Granizal, destierro, violencia, subjetividad, reflexividad.

Abstract

This work explores the experiences of people violently expelled from their peasant territories now living in the north side of the The Metropolitan Area of the Aburrá Valley in the vereda Granizal of the Bello municipality. The text presents the process of knowing and understanding how those who suffered situations of violent expulsion were transformed by their circumstances and how they create meanings of life and interpret their history.

The concepts of “*destierro*” and subjectivity are used to inform the descriptions of what the investigator learned from the people and of the reflexive analysis of the limits and potentialities of his process of fieldwork.

Keywords: Bello, Área metropolitana, Granizal, “destierro”, subjectivity, violence, reflexivity

Introducción

En este trabajo de grado doy cuenta del encuentro personal, académico y político que tuve yo, un joven estudiante de clase media que vive en un barrio central y planificado del área metropolitana, con la gente desterrada que vive en los márgenes del Valle de Aburrá. Gracias a este ejercicio aprendí sensible y profundamente sobre la historia de este país escuchando lo que me dijeron sobre sus propias historias las personas que conocí. Al escucharlas me quise enfocar en entender las formas en que el destierro transformó y fue transformado por las subjetividades de quienes lo vivieron. Concorde con esto, el tema del que voy a tratar a lo largo de este texto es el de las dimensiones subjetivas del destierro, o cómo los acontecimientos de expulsión violenta de sus territorios, vividos por mis interlocutores, generaron en ellos distintos niveles de transiciones y arraigos subjetivos.

El lugar donde viven las personas con las que hablé para este trabajo fue la vereda Granizal, a la cual llegué por cuenta de mi participación en la Red de Apoyo Popular [RAP], un colectivo de jóvenes estudiantes y trabajadores que llegamos a varios barrios populares queriendo poner nuestros conocimientos y voluntades al servicio del pueblo y descubriendo sobre la marcha cómo lográbamos este objetivo político. Me detendré un momento en dar unos elementos del contexto geográfico y social de Granizal.

La vereda Granizal está ubicada sobre una ladera en la zona suoriental del municipio de Bello, limitando al norte con Copacabana, y al oriente con Guarne. La principal vía de acceso a la zona parte desde el barrio Santo Domingo Savio de la Comuna 1 del municipio de Medellín (ver Figura 1). No hay rutas de transporte desde Bello, lo cual evidencia que la vereda realmente no está integrada al municipio al que pertenece administrativamente, aunque es notable por las denuncias de los pobladores, y por lo que yo percibí, que tampoco recibe una intervención social de parte de la administración de Medellín.

En Granizal se ha establecido un asentamiento informal que cuenta con aproximadamente 26.000 habitantes y 15.000 familias, el 90%¹ de los cuales llegaron después de ser expulsados de sus territorios en condiciones de violencia estructural y política. Este espacio constituye el segundo

¹ El líder Lizardo Correa afirma que el número de desplazados es de aproximadamente 19.500, dato que recogió en su experiencia en la mesa de víctimas del municipio de Bello. (Por los derechos humanos, 2020).

asentamiento informal más grande del país después de Altos de Cazucá en Soacha (Brand et.al., 2017; Canal Por los derechos humanos, 2020).

Figura 1

Veredas pertenecientes a la jurisdicción del municipio de Bello.



Nota. Tomado de Archivo: Veredas de Bello-Colombia por I. SajoR, 2007, Wikipedia (<https://n9.cl/lv67xm>). CC-BY-SA-2.5

En el documento *Memorias de poblamiento y resistencia Vereda Granizal* (2017) producido por investigadores de la Universidad de Antioquia se sistematiza el proceso histórico de conformación de la vereda a partir de un trabajo de recopilación de las memorias de los pobladores y revisión documental. Allí se afirma que el primer sector que se formó en los años 70, que fue nombrado El Siete, comenzó a establecerse a partir del loteo de tierras que realizaron diversos trabajadores migrantes de Sonsón, Antioquia, negociando con los propietarios de las grandes fincas que existían en ese momento en la zona. De ahí se sigue una historia de varias fases de poblamiento

de la vereda, entre las cuales es importante resaltar aquella se da en el año 1995, cuando llega a asentarse en estas tierras un grupo de personas, provenientes principalmente del Urabá antioqueño, después de ser expulsados de sus tierras por hechos ligados al conflicto armado en la región; con los desterrados de Urabá se va formando el sector San José del Pinar (Naranjo et. al. 2017).

Después de este masivo proceso de poblamiento en los 90s el asentamiento se va extendiendo, y se van formando a finales de esta década otros sectores nombrados como Altos de Oriente I y II. Y desde comienzos del presente siglo se forman el resto de la totalidad de los sectores que conforman hoy en día la vereda, a saber, Regalo de Dios, Oasis de Paz, Manantiales de Paz y Portal de Oriente (Naranjo et. al. 2017).

He observado que en este territorio las condiciones de vivienda son precarias para mucha gente cuyas casas están construidas con madera reciclada, techos hechos con tejas de zinc y sobre un suelo de tierra o cemento. Así mismo, existen algunas otras casas construidas con materiales sólidos como adobes, indicando un nivel de diferenciación socioeconómica de quienes son sus dueños con respecto a los habitantes y dueños de las anteriores. Posiblemente también está indicando diferencias en la antigüedad de la presencia de la gente en el asentamiento, ya que las personas y familias desterradas que han tenido más tiempo allí han podido invertir más en la construcción de sus viviendas, menos que aquellos que llevan poco tiempo (Ver Figura 2).

Figura 2.

Dos viviendas aledañas en el sector Oasis de Paz.



Muchas de las casas, además, cuentan con una ornamentación floral en su frente y jardines poblados de plantas de uso medicinal, que agregan múltiples colores vivos al panorama visual predominante en los espacios menos poblados de la vereda, dominado por el color pardo, claro y oscuro, y el verde en el suelo y el abarcador azul del cielo cuando hay un buen día. Atribuyo el estilo de decoración florido presente en muchas de las casas del territorio de Granizal a una estética, y en últimas, a una subjetividad rural (Ver Figura 3).

Figura 3.

Casa en el sector Altos de Oriente I, en la parte más septentrional y menos poblada de la vereda.



Un estudio sociodemográfico hecho en 2013 por investigadores de la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados [ANCUR] y de la Universidad Autónoma Latinoamericana [UNAULA] y publicado en 2017, encontró que hay un “15,2% de la población que habita una vivienda prestada, un 6,3% habita una vivienda de un familiar y un 4,6% está pagando el lote que adquirió de manera informal” (Brand et.al. 2017, párrafo 34). Estos pagos se realizan a actores armados ilegales que se han hecho con el control del territorio y cobran no solo los predios sino

algunos servicios como el agua que no es potable. De manera que, en términos de acceso a este servicio, todas las familias se encuentran en la misma situación de insanidad y precariedad. En 2020, algunos líderes de la vereda con el apoyo de la Universidad de Antioquia lograron por medio de una acción popular que las Empresas Públicas de Medellín [EPM] tuvieran que llevar unos tanques de agua potable que deben ser rellenos diariamente. A ellos acuden las personas, especialmente los niños, cuando necesitan aprovisionarse de agua (ver figuras 4 y 5).

Figura 4.

Tanque de agua EPM ubicado entre el sector Manantiales y Oasis de paz.



Figura 5.

Dos niños del sector Oasis de Paz.



Además de estas problemáticas en torno al agua y la vivienda, el acceso a la educación y a la salud también cuenta con dificultades importantes. Un 21,4% de las personas no tienen ningún nivel de escolaridad, un 35,0% comenzó pero no completó la primaria, solo un 9,5% realizó todo el ciclo básico de estudios y solo un 1,4% cuenta con una formación técnica (Brand et.al, 2017).

Y en términos de ingreso monetario se sabe que para 2013 un 85.5% del total de los pobladores vive con un aproximado de \$11.327 pesos diarios, y que el 85.5% de la población vive con \$2.832 pesos por día. Tal cifra está por debajo del umbral de pobreza reconocido por el Banco Mundial que la estipulaba (para la fecha) en un mínimo de 2 dólares por día (Brand et.al 2017).

Varios investigadores se han interesado por la gente que vive en Granizal y las problemáticas que se dan en el espacio geográfico y social que describí. Gracias a un rastreo de antecedentes que hice basado en los trabajos que se han hecho en este mismo contexto, encontré diversos intereses y preocupaciones en estas investigaciones. Anyi Duque (2012), estudiante de trabajo social en la corporación Minuto de Dios, realizó un trabajo de grado titulado

Manifestaciones identitarias de la comunidad en condición de desplazamiento asentamiento barrial Altos de Oriente II. Para este trabajo la autora se preguntó por las manifestaciones de una identidad colectiva en la vida social de la gente del sector, e indagó, a través de entrevistas principalmente, cómo se pueden identificar estas manifestaciones. Señala que hay distintos factores tanto de unión como de desunión entre los pobladores. Entre los factores de cohesión estarían, primero, la organización y participación en convites (jornadas de trabajo colectivo) para la resolución de necesidades territoriales, el trabajo de la Junta de Acción Comunal del sector y de actores externos como la iglesia católica y evangélica, que establecen ciertos rituales religiosos en los que hay participación de los pobladores. Entre los factores de desunión estarían las dificultades de comunicación y convivencia que surgen para las personas asentadas en un lugar con personas y familias de diferentes bagajes socioculturales (Duque, 2012).

Este aspecto es reafirmado en un estudio hecho por la politóloga Isabel Serna, de la Universidad Nacional, en el que plantea que Granizal, “por ser un territorio donde converge multiplicidad de personas de diferentes regiones y, por ende, pluricultural, la construcción colectiva para la participación en el territorio, se ha visto obstaculizada, limitando su accionar e impacto en todo el territorio” (Serna, 2017, p. 67).

Otros estudios sobre Granizal se enfocan en universos de sujetos más delimitados, como el caso de Betancurth y Peñaranda (2018), investigadores de la Universidad de Caldas y la Universidad de Antioquia respectivamente, quienes escribieron un artículo en el que muestran los resultados de su investigación sobre la crianza en el sector de la vereda llamado Altos de Oriente II, donde muestran que muchas de las mujeres del sector pertenecían a “familias expulsadoras” y a su vez ellas hicieron parte de “familias expulsadas” desde su llegada a la ciudad, familias conformadas por personas desterradas (pp. 266-267).

O también, existen estudios interesados por la relación entre las carencias materiales de la gente de la vereda con las relaciones sociales en las que sus pobladores están insertos, como es el caso Díaz, Echeverry y Giraldo (2016), estudiantes de diseño industrial de la Universidad Pontificia Bolivariana interesados en la temática del derecho al agua, escribieron una monografía de grado enfocada en el sector de Manantiales, en la que buscan situar el problema de la falta de agua en el contexto de las condiciones políticas de la vereda. Así, describen la dificultad de acceder al agua como resultado de, por un lado, la presencia de actores armados ilegales presentes en la zona que

monopolizan este recurso, dejándolo con un alto costo de acceso y una mala calidad, y, por otro lado, la ausencia del Estado y sus instituciones para enfrentar esta situación (Díaz, et. al., 2016).

Además de estos trabajos que muestran diversos aspectos de la complejidad social del territorio habitado por mis interlocutores, otras investigaciones también fueron relevantes en el proceso de construcción de mi problemática de estudio, porque entran de lleno, si bien desde otros espacios y tiempos, en mis inquietudes sobre las dimensiones subjetivas del destierro. La antropóloga Andrea Lisseth Pérez (2018), elaboró un artículo llamado *Las periferias en disputa, procesos de poblamiento urbano popular en Medellín*, en el que presenta parte de los resultados de una investigación que buscaba entender la historia de esta ciudad desde las memorias de los pobladores de las periferias. El artículo hace una exploración sobre el tema de las lógicas de poblamiento urbano de la ciudad, a la luz de los relatos y las prácticas de memoria de cinco barrios populares: Picachito, María Cano Carambolas, Bello Oriente, Esfuerzos de Paz I y La Honda. Al igual que Duque (2012) y Serna (2017), el texto de la antropóloga se interesa por las consecuencias que tienen las diferencias socioculturales de las personas desterradas en la construcción de una identidad colectiva por los habitantes de un asentamiento informal. El planteamiento de la autora al respecto es el siguiente:

El componente étnico-racial también ha sido una impronta de singularidad, especialmente a raíz de las migraciones forzadas de finales de la década de 1990 desde zonas como Chocó y Urabá, que tienen una significativa presencia de comunidades afrodescendientes. En la mayoría de los barrios de periferia hay sectores con esta población que sobresale en el paisaje urbano por su estética, formas de vida y cierta segregación que actúa, de parte de las comunidades afro, como postura de defensa y de parte de los no afro como discriminación (Pérez, 2018, p. 164).

Aquí se puede vislumbrar el reconocimiento de que en algunos barrios de desterrados es notable la intervención de las relaciones culturales en el proceso de la vida social. Además, la autora también llega a sostener que el ambiente de pluralidad (no solo sociocultural sino también respecto de otras diferencias en las posiciones subjetivas, en torno al género, sexualidad, clase, etc.) en las periferias es algo que “tensiona el campo de relaciones intersubjetivas” (Pérez, 2018, p. 164). Sin embargo, el texto también invita a contemplar que, con todo y esa tensión, la

cohabitación de estas singularidades socioculturales (y de otro tipo) no necesariamente se tiene que asumir como un elemento que inhibe la construcción de una identidad colectiva (Pérez, 2018).

En su estudio de cómo ha operado este factor en las historias de los barrios que estudia, la autora muestra otros ejemplos de las que se puede colegir que junto (y no a pesar de) estas singularidades, los pobladores de barrios de desterrados también comportan los signos de una identidad colectiva: así, por ejemplo, los desterrados de distintas partes del país asentados en estos barrios, han sido reconocidos en la ciudad como “los del morro”, “los pati-amarillos”, o “los de la ladera” (Pérez, 2018, p. 164).

También veo pertinente incluir en este recuento trabajos que indican cómo la presencia de actores armados ilegales es un factor importante a tener en cuenta para entender los reposicionamientos subjetivos de los desterrados porque es innegable que el espacio en el que actualmente los interlocutores de mi trabajo se enfrentan al reto de construir nuevas formas de arraigo está muy marcado por la actividad armada de grupos privados de poder que gobiernan el territorio del Valle de Aburrá, y parte de mi interés versa justamente sobre las incidencias de la violencia en las subjetividades. Sobre esta realidad política se profundiza mucho más en una monografía sobre Granizal preparada por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD] y la Corporación Nuevo Arcoíris (2013), en la que se hace una caracterización de los actores ilegales que han operado en la vereda desde finales de los 90s: comienzan con las milicias del Ejército de Liberación Nacional [ELN] que operaron desde una de las primeras fases de poblamiento del lugar que comenzó a finales de 1995, luego siguen las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia [FARC] a inicios del presente siglo, y luego, desde 2003, la “Corporación Democracia” -una organización que se conformó por un grupo de desmovilizados del Bloque “Cacique Nutibara” de las Autodefensas Unidas de Colombia [AUC] liderado por Diego Murillo Bejarano, alias “Don Berna” o “Adolfo Paz” (nombre, este último, que tuvo uno de los sectores, llamado ahora “Oasis de Paz”) (PNUD & Corporación Nuevo Arcoíris, 2013, pp. 54-64).

En un trabajo sobre el barrio El Popular, de la Comuna 1 de Medellín, el antropólogo Vladimir Montoya (2012) también aborda la incidencia de estos actores como un factor de fragmentación del tejido social. El autor construye un relato histórico de la formación del barrio, acompañado de las memorias de diversos pobladores, comenzando desde los años 60s, con la llegada a la ciudad de muchos campesinos expulsados de sus tierras. A medida que el barrio fue

creciendo ya aparecían cuadrillas de jóvenes dedicadas a actividades criminales, llamadas galladas, y entrada la década de los 80s el barrio va a comenzar a ver un recrudecimiento de la violencia por cuenta de las bandas dedicadas al narcotráfico ligadas al Cartel de Medellín. Esto produce primero la generación de escuadrones de la muerte que operan en una lógica de retaliación contra las acciones de las galladas bajo el concepto de “limpieza social”, y después, a finales de la década de los 80s y comienzos de la siguiente, la emergencia de las Milicias Populares, inicialmente ligadas ideológica y orgánicamente a guerrillas de izquierda como el ELN y el M-19 [Movimiento 19 de Abril] (Montoya, 2012).

Con la desarticulación de las milicias posterior a varios procesos de desmovilización en 1994 y su transformación en corporaciones de seguridad privada a las que el Estado mismo cedió el monopolio de la violencia (como fue el caso de la Cooperativa de Vigilancia y Servicios Comunitarios [Coosercom]) la violencia en El Popular no cesa, sino que al contrario se intensifica. Además, a finales de los años 90, como si fuera poco, llegan las AUC. La violencia paramilitar coexistió junto con las bandas de narcotráfico que se rearticulaban y comenzaron a ser reconocidas como combos. Con la arremetida paramilitar, los combos fueron o cooptados al servicio de los intereses de estos actores, o exterminados (Montoya, 2012).

En Granizal estos actores llegan al asentamiento en 1995, de manera paralela a la segunda ola de poblamiento de la vereda. Así lo explica un testimonio fue recogido por el PNUD y la Corporación Nuevo Arcoíris (2013):

En el 97, 98, que manejaban los grupos armados, nos tildaban de guerrilleros, porque usted tenía que ir de su casa a reuniones, en la parte de abajo, cuando usted llegaba miraban y decían, fulano ya llegó, lo citaban en tal parte y había que gritar “Viva Jacobo Arenas” ... Eran unos encapuchados y cuando eso la luz era muy poca. Entonces todos tenían que ir allá y obedecer, no porque a uno le gustaba, sino porque a la familia o el ranchito que tenía había que obedecer a ellos. Entonces ya lo catalogaban de guerrillero y uno sin darse cuenta. Entonces muchos decían “esa zona de allá es guerrillera”. Pero no era así, simplemente uno por miedo aceptaba, y si usted no iba era más grave. Eran reuniones tipo nueve o diez de la noche en el tanque, y cuando el señor decía “viva fulano de tal”, todos teníamos que responder “¡Viva!”. Eso mismo pasó en otros asentamientos. (...) Al frente de la bajada de la buseta les “pegaban”, o a los que viajaban a pie a Santo Domingo. Una vez yo estaba con

un amigo, y el “cayó” simplemente por ser del Pinar. (PNUD & Corporación Nuevo Arcoíris, 2013, p. 58)

Los paramilitares, a su vez, vienen a consolidar su hegemonía territorial para el año 2004, con la llegada de sectores desmovilizados del bloque Cacique Nutibara, es decir que no llegan desde los 90 como sí ocurrió en El Popular, y al hacerlo ya habían asumido una estructura orgánica distinta a la que fundó a las AUC en 1997.

La información y perspectivas de análisis sobre factores de cohesión y fragmentación social, la crianza y construcción de las familias y el derecho al agua que estos trabajos ofrecen, orientaron mi trabajo en el momento de construir el diseño del proyecto y hacer los primeros acercamientos al terreno como investigador, en el periodo entre febrero y junio de 2021. Diseñé las entrevistas y actividades de recorridos grupales con jóvenes de manera que pudiera observar prácticas colectivas de territorialización con las cuales los desterrados encontraban y construían en la vereda nuevos arraigos y formas de identificación, problema con el que podía abordar las formas de cohesión y fragmentación, y los factores que inciden en esto.

Sin embargo, en el decurso del trabajo de campo, en todo el segundo semestre del 2021, fui encontrándome con la dificultad práctica de no toparme con sujetos colectivos como los que se abordan en estos trabajos previos sobre Granizal y sobre periferias urbanas. En la vereda hay presencia de una multiplicidad de organizaciones sociales con las cuales uno pudiera trabajar desde este enfoque, pero aquellas personas con las que ya había logrado entablar una confianza inicial y ante las cuales yo ya era un conocido (estatuto social muy importante para hacer investigación en estos escenarios) eran aquellas que desde la RAP habíamos intentado impulsar para generar precisamente procesos organizativos; por la discontinuidad del proceso en el momento en el que yo comencé la investigación era más difícil generar yo solo espacios colectivos o consolidar un colectivo con gente que no se conocía suficientemente entre sí.

Al haber empleado la técnica de entrevistas individuales podría simplemente dar la idea de un sujeto colectivo como si éste simplemente fuera un agregado de visiones individuales, las cuales, en realidad, a veces son inconsistentes entre sí. En vez de eso, la tarea que encontré factible desde mis condiciones metodológicas fue la de analizar estos individuos de manera que pueda encuadrar sus subjetividades en un proceso histórico y social, que los ha desarraigado de sus lazos con la familia y los colectivos campesinos, y los ha individualizado radicalmente.

Valga aclarar que esta condición de individualidad no tiene que ver solamente con la técnica empleada para este trabajo, sino también con un hecho observado por otros investigadores sociales interesados por el tema del que aquí me ocupo, quienes también han remarcado la dificultad de encontrar en contextos de destierro una identidad que permita hablar de los “desplazados” en términos de un sujeto social colectivo.

Así, autores como Donny Meertens (2000) en una de sus investigaciones sobre el tema del género, las prácticas de terror y el desplazamiento forzado habla de que, en la dinámica propia de la guerra en Colombia, una de las tácticas privilegiadas del terror ha sido el involucramiento de la población civil en el conflicto mediante el señalamiento y la estigmatización, por parte de los actores armados, de las identificaciones políticas reales o imaginadas de las personas civiles. “En esos contextos” donde opera esta táctica de marcación y política de la población civil “ser víctima de violencia, desarraigo y desplazamiento suele convertirse en una experiencia extremadamente individual”, afirma la autora (Meertens, 2002, p. 122). Y agrega que una de las consecuencias políticas de este hecho es que “los y las desplazadas tienen dificultad en identificar experiencias comunes ni comparten símbolos de identificación tan fuertes como aquellos que abanderan los desplazados en Sri Lanka, Ruanda o Kosovo” (pp. 122-123). Entonces, es claro que al hacer un trabajo con víctimas del conflicto armado, partir de las historias individuales, no necesariamente falsea su condición subjetiva, la cual *puede ser* colectiva (como se muestra en algunos de los estudios referidos) pero no necesariamente *es* así.

Mi aproximación metodológica se centró, entonces, en los relatos de la gente con la que conversé, y en mi observación de su entorno social, en donde busqué presencias y huellas de objetos y sujetos protagonistas de historias locales, nacionales y globales, a las cuales la subjetividad de mis interlocutores les aporta singularidades por las cuales vale la pena interesarse. Dentro de estas historias pude vislumbrar poco a poco efectos del destierro en las subjetividades campesinas, su estructura familiar, sus objetos, sus prácticas productivas y el impacto diferencial de las violencias que habían experimentado con el destierro y es esto lo que presento en este texto.

Las técnicas concretas de esta aproximación fueron entrevistas semiestructuradas que hice a 10 personas, 8 de las cuales ya conocía previamente y 2 que no conocía, pero a las que pude acceder entre un grupo más grande de personas que intenté abordar y que no accedieron por una u otra razón. Del total de las personas entrevistadas, 8 son mujeres y 2 hombres. Las entrevistas las realicé en el periodo desde julio a diciembre de 2021, que correspondió a grandes rasgos con un

semestre académico. En las citas que hago de fragmentos de estas entrevistas, las personas aparecen referenciadas con nombres distintos a los originales para evitar cualquier riesgo que pueda tener la relación de la información suministrada con su identidad, aunque sí procuro dar cuenta en la medida de lo posible de elementos de su lugar social que permitan hacer relaciones científicamente sugerentes entre discurso y posición social del sujeto.

También, durante la realización de las entrevistas elaboré unas notas y descripciones sobre los aspectos no discursivos observables que pude captar en el proceso de conversar con estas personas, lo que me fue muy útil para integrar una dimensión de reflexividad en este trabajo y también para contextualizar mucha de la información que las entrevistadas me entregaban y producíamos mis entrevistados y yo a partir de los estímulos concretos de la situación y de mis preguntas. Además, posteriormente he realizado algunas visitas a la vereda para hablar con las amigas que hice allá y de paso para observar nuevos detalles antes no percibidos que emergen de la observación del territorio y de la conversación con las personas conocidas y desconocidas.

Igualmente, tomé en cuenta mis notas sobre lo que ocurría por fuera de las entrevistas, cuando llegaba solo a Granizal y caminaba por sus espacios para llegar o salir de las casas de los entrevistados. Muchos recuerdos de lo que percibí y viví en el periodo de abril de 2020 a abril de 2021 en el que estuve participando en las actividades de la RAP en Granizal y que son experiencias significativas para comprender la situación social de la vereda estuvieron activas en mi proceso de construcción de los resultados del trabajo, aunque no fueran tramitados como datos porque en esa época previa al diseño del proyecto de mi investigación no llevaba un registro sistemático de las experiencias. Indudablemente esa experiencia fue instructiva, pero en otros sentidos que más adelante (capítulo 2) especificaré.

Las fotografías fueron otra herramienta de registro que usé para tomar nota de las condiciones materiales de la gente de la vereda, que era algo por lo que estaba muy interesado en un inicio. Con el tiempo, algunas de entre mis fotografías también me sirvieron como documentos visuales para dar cuenta de otros aspectos de la realidad social de la que mis interlocutores participan. Estos documentos son empleados en el texto y contextualizados debidamente.

Así pues, valiéndome de las inquietudes y observaciones personales y aquellas emergidas en medio trabajo político, aquellas movilizadas o reformuladas con la lectura de mencionados antecedentes y aquellas profundizadas, transformadas y acentuadas por la interlocución con las personas abordadas para mi trabajo, lo que quiero presentar en los siguientes capítulos es mi

propuesta para interpretar el problema de los efectos que tiene el destierro en las subjetividades campesinas y la forma en la que estas subjetividades constituyen sus espacios de vida en los nuevos territorios a los que son arrojados. Para esto organizo el texto presentando primero un marco teórico donde explico los conceptos claves de mi trabajo en términos de sus definiciones y el contexto teórico en donde se han desarrollado éstas. Dentro del capítulo desarrollo una trama conceptual en donde subjetividad y destierro son los principales nodos de articulación de otra serie de conceptos como descampesinización, acampesinización, desplazamiento forzado y espacios de vida.

En lo que sigue estos conceptos se emplean para elaborar mi interpretación del problema que estudio. Primero (capítulo 2), hago un balance de mi experiencia de investigación en términos de reflexividad como un esfuerzo de análisis del papel de mi subjetividad en el proceso investigativo. Posteriormente, (capítulo 3) entro a presentar los hallazgos que mi ejercicio pudo realizar en relación con el tema de las dimensiones subjetivas del destierro. Aquí ilustro a partir de los relatos de mis interlocutores una serie de formas en las estas personas son afectadas por el destierro y afectan el modo como éste cambia sus vidas. Al final, cierro este texto con una serie de preguntas que este trabajo deja abiertas y que trazan unos posibles derroteros de investigación para avanzar en la comprensión de este problema.

1. Perspectivas conceptuales sobre el destierro y la subjetividad

Antes de presentar lo que pude aprender de la gente al respecto de mi tema de investigación, quiero hacer una explicitación de la manera en que entiendo los conceptos de subjetividad y destierro, con los que articulo mi ulterior descripción de los aprendizajes que obtuve en campo. La función de este cuerpo teórico en mi trabajo no fue la de proveerme unas hipótesis que iban a corroborarse o falsearse en el campo para refinar la teoría, sino más bien de construir con ayuda de los conceptos una propuesta de interpretación sobre el fenómeno estudiado. Estos conceptos son a su vez mis aprendizajes sobre lo que algunos teóricos sociales han sintetizado al respecto del problema que abordo puntualmente, y cuestiones más generales de la complejidad social.

En este capítulo, más que una definición taxativa de cada palabra, considero importante dar elementos puntuales sobre el contexto teórico e histórico en el que se inscriben los términos empleados, porque es solo en relación con estos contextos donde encuentran su significado teórico y donde, por tanto, obtienen un estatuto conceptual. A su vez, en el proceso de ubicar cada término en su contexto, introduzco otros conceptos que sirven para conferir un mayor nivel de precisión a la descripción de los fenómenos. Así, ligado al destierro, abordo los conceptos de descampesinización y acampesinización trabajados por Bourdieu y Sayad [1964] (2017) en su investigación sobre los campesinos argelinos y, ligado a la subjetividad, introduzco el concepto de espacio de vida como lo trabaja la socióloga Alicia Lindon (2002). Antes que nada, hago una precisión sobre el concepto de desplazamiento forzado, su uso político y mi argumento para decantarme mejor por el concepto de destierro.

1.1.El destierro bajo las acepciones institucionales: desplazamiento forzado

La migración forzada de poblaciones de campesinos a las ciudades es un fenómeno que, como hecho social e histórico, se inscribe en la larga duración de la historia de las sociedades capitalistas, con matices importantes en el caso de sociedades con relaciones capitalistas y también feudales, como la colombiana.

En el espacio y el tiempo en el que se inscribe mi investigación, el concepto con el que se aborda este hecho estructural de la realidad social colombiana es el de “desplazamiento”. Bourdieu [1992] (2005) llamaba la atención sobre la importancia de dudar radicalmente de las nociones de

sentido común que se usan en la investigación social como los instrumentos mismos de análisis, sin antes poner entre paréntesis la noción misma y, por el contrario, convirtiendo el ejercicio “científico” en una ratificación de la doxa. Contra este ejercicio acrítico el autor invitaba a asumir la siguiente tarea:

Tomar como objeto el entendimiento del sentido común y la experiencia primaria del mundo social como una aceptación noética de un mundo que no está constituido como un objeto frente a un sujeto es precisamente el medio para evitar quedar “atrapado” dentro del objeto. Es el medio para someter a escrutinio científico todo lo que hace posible la experiencia dóxica del mundo, esto es, no sólo la representación preconstruida de este mundo sino también los esquemas cognitivos que subyacen a la construcción de esta imagen (Bourdieu & Wacquant [1992] 2005, p. 303).

Inspirado por esto, pienso que es necesario explorar la idea de “desplazamiento forzado” que se usa generalmente como el instrumento de análisis de esta problemática, retomando los estudios e investigaciones que trazan las condiciones de emergencia de esta idea como un concepto operativo para la identificación e intervención sobre una realidad y unos sujetos. Mi idea es que, al analizar la especificidad política e histórica de este concepto, uno decide si asume o no las implicaciones de emplearlo dentro de la investigación.

A nivel internacional, el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial es el contexto donde se puede rastrear los primeros esfuerzos por institucionalizar unos conceptos que permitieran generar mecanismos de atención a las poblaciones civiles que se veían implicadas en los conflictos bélicos. El Convenio IV de Ginebra, en 1949, representa una intención por parte del Derecho Internacional Humanitario [DIH] de establecer controles frente a conflictos de carácter nacional y a las víctimas de los mismos. Así, elabora en su artículo 49 las siguientes definiciones:

Los traslados en masa o individuales, de índole forzosa, así como las deportaciones de personas protegidas del territorio ocupado al territorio de la Potencia ocupante o al de cualquier otro país, ocupado o no, están prohibidos, sea cual fuere el motivo.

Sin embargo, la Potencia ocupante podrá efectuar la evacuación total o parcial de una determinada región ocupada, si así lo requieren la seguridad de la población o imperiosas

razones militares. Las evacuaciones no podrán implicar el desplazamiento de personas protegidas más que en el interior del territorio ocupado, excepto en casos de imposibilidad material. La población así evacuada será devuelta a sus hogares tan pronto como hayan cesado las hostilidades en ese sector.

La Potencia ocupante deberá actuar, al efectuar tales traslados o evacuaciones, de modo que, en la medida de lo posible, las personas protegidas sean acogidas en instalaciones adecuadas, que los desplazamientos se lleven a cabo en satisfactorias condiciones de salubridad, de higiene, de seguridad y de alimentación, y que no se separe, unos de otros, a los miembros de una misma familia.

Se informará a la Potencia protectora acerca de los traslados y de las evacuaciones tan pronto como tengan lugar.

La Potencia ocupante no podrá retener a las personas protegidas en una región particularmente expuesta a los peligros de guerra, a no ser que la seguridad de la población o imperiosas razones militares así lo requieran.

La Potencia ocupante no podrá efectuar la evacuación o el traslado de una parte de la propia población civil al territorio por ella ocupado. (Convenio IV de Ginebra, Artículo 49, citado por Vargas, 2017, p.40)

Se advierte que aquí ya se está formulando un entendimiento de los “traslados forzosos en masa o individuales” y, sorprendentemente o no, más que unas prohibiciones, unas consideraciones al respecto de las modalidades en que los mismos deben efectuarse. Posteriormente, en el Protocolo II de Ginebra del año 1977 se precisará esta vez un concepto de desplazamiento forzado.

1. No se podrá ordenar el desplazamiento de la población civil por razones relacionadas con el conflicto, a no ser que así lo exijan la seguridad de las personas civiles o razones militares imperiosas. Si tal desplazamiento tuviera que efectuarse, se tomarán todas las medidas posibles para que la población civil sea acogida en condiciones satisfactorias de alojamiento, salubridad, higiene, seguridad y alimentación. 2. No se podrá forzar a las personas civiles a abandonar su propio territorio por razones relacionadas con el conflicto. (Protocolo Adicional II, Artículo 2, 1977 citado por Vargas, 2017, p.40)

Así, se entiende que en las disposiciones jurídicas de alcance internacional del Derecho Internacional Humanitario objetiva una comprensión del desplazamiento forzado en la cual, tal como lo plantea Vargas, este hecho funge como una realidad virtualmente inevitable de cualquier proceso bélico y del sujeto desplazado “como sujeto protegido y como sujeto producido por la guerra” (Vargas, 2017, p. 41).

A nivel nacional, es desde el año 1995 cuando este concepto es incorporado dentro del discurso institucional y de ahí es puesto en circulación hacia la academia, ONGs, organizaciones sociales y los mismos sujetos interpelados, cuando dentro del plan de desarrollo del gobierno de Ernesto Samper (1994-1998) se crea el Programa Nacional para la Atención Integral de la Población Desplazada. Así, “se reconoció por primera vez la existencia del fenómeno del desplazamiento a causa del conflicto armado” (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2015, p.78).

Antes de esto, la población que hoy es clasificada desde esa categoría singular quedaba subsumida dentro de una categoría general de “víctimas del terrorismo y de desastres naturales” y era, por tanto, objeto de la intervención de instancias como el Fondo de Solidaridad y Emergencia Social y el Sistema Nacional de Prevención y Atención de Desastres (CNMH, 2015, p. 76). Esta colocación en un mismo nivel de un desastre natural y del desplazamiento forzado, generaba un “efecto de pensar al desplazado como víctima de la violencia natural. De este modo se invisibilizaba su dimensión política y se concebía el retorno al lugar de origen como una consecuencia de la atención humanitaria” (Aparicio, 2005, p. 142).

Se puede vislumbrar, pues, cómo con la incorporación del concepto y un primer cimiento institucional en torno al desplazamiento forzado durante el periodo de Samper, se comenzaba a constituir dentro del Estado y a irradiarse en la sociedad un discurso distinto sobre esta problemática.

Luego, con la Ley 387 de 1997 se oficializa la definición del sujeto desplazado. Así reza la ley, en su primer artículo:

Es desplazado toda persona que se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional, abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertades personales han sido vulnerados o se encuentran amenazados, con ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones: conflicto

armado interno, disturbios y tensiones interior, violencia generalizada, violaciones masivas de los derechos humanos, infracciones a los derechos humanitarios u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que puedan alterar o alteren drásticamente el orden público (Ley 387 de 1997, Artículo 1).

Una vez estipulada esta ley, las condiciones estaban dadas para que se reorientara la política pública en torno al conflicto armado interno hacia nuevos espacios de intervención. Por ejemplo, se crea el Sistema Nacional de Atención Integrada a la Población Desplazada por la Violencia y la Red Nacional de Información para la Atención a la Población Desplazada por la Violencia como dos instancias que van a ser operativas en perspectiva de los objetivos de clasificación e intervención, por parte del Estado, de los “desplazados” (CNMH, 2015; Vargas, 2017).

Los investigadores del CNMH (2015) puntualizan que el proceso de delimitación del desplazamiento forzado como concepto evidentemente contrastaba con el histórico desconocimiento del objeto en cuestión por parte de la institucionalidad del Estado, sin embargo, en las nuevas elaboraciones seguía habiendo muchos problemas. En la versión final de la ley “se omitieron aquellos temas que hacían referencia a las causas estructurales del desplazamiento forzado que incluyen factores de tipo político, social, económico y militar y se omitió el reconocimiento de la responsabilidad en las acciones de la fuerza pública” (2015, p. 85). Otra exclusión para señalar es la falta de reconocimiento de la relación entre el desplazamiento forzado y la estructura agraria atrasada del país, punto que desarrollaré más adelante.

El Estado colombiano, entonces, como un actor más en la arena política, genera una definición en la que entran algunos aspectos constitutivos de desplazamiento, pero quedan deliberadamente ausentes aquellos aspectos cruciales sin los cuales no se puede realizar una intervención realmente orientada a conjurar el fenómeno mismo. Solo así se entiende que el mismo año de promulgación de la ley, 171.610 personas fueron desplazadas según el RUV [Registro Único de Víctimas] (CNMH, 2015, p. 86), y que, durante más de veinte años de diseños institucionales alrededor del desplazamiento, esta problemática siga estando a la orden del día.

En este periodo, además, el campo de las leyes fraguado por el Estado no tiene una consistencia interna. Paralelo a esta distinción del sujeto desplazado, operaba otra ley, la recién creada Ley 368 de 1997, que crea la Red de Solidaridad Social estableciendo como una de sus funciones la de “adelantar programas y proyectos para atender a las víctimas y desplazados de la

violencia o a los grupos alzados en armas, las milicias urbanas de carácter político que se hayan reincorporado a la vida civil” dentro del marco general de objetivos orientados a la intervención en “los sectores más pobres de la población colombiana” (Ley 368 de 1997, artículo 2). Así, como lo demuestra Vargas (2017) se subsume de nuevo al sujeto desplazado dentro de una categoría más general de sujetos de intervención, contradiciéndose con la especificidad que se le quiere atribuir con la Ley 387 de 1997.

Otra inconsistencia se puede observar en el año 1999, cuando al mismo tiempo se traza desde el gobierno (en ese entonces liderado por Andrés Pastrana), por una parte, el Plan de Acción para la Prevención y Atención del Desplazamiento Forzado, que se proponía el objetivo de “enfrentar las causas estructurales del fenómeno de desplazamiento”, transformado el enfoque “asistencialista” que había caracterizado hasta el momento las intervenciones gubernamentales en esta materia, hacia un enfoque poblacional y territorial que involucrara también a la sociedad civil y al sector privado (CNMH, 2015, pp. 89-90). Por otra parte, también se estructura el Plan Colombia como “una estrategia militar de contrainsurgencia y antinarcótica” (p. 88), lo cual fortaleció militarmente al Estado dándole más condiciones para constituirse en un victimario del desplazamiento forzado.

Este fortalecimiento del enfoque contrainsurgente del Estado colombiano se profundizó durante el gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010). Según el Plan de Desarrollo de su primer gobierno, Hacia un Estado Comunitario “la mejor forma de prevenir el desplazamiento forzado es la restitución y consolidación de la autoridad democrática en todo el territorio nacional” (Departamento Nacional de Planeación, 2003, citado por CNMH, 2015, p. 95). Así, la atención a la población desplazada, entendida bajo el marco de la Política de Seguridad Democrática, estaba supeditada a los intereses de disputa militar y política de los territorios contra la insurgencia. Esto generó una agudización de la problemática del desplazamiento: “en los escenarios de consolidación territorial se produjeron nuevos desplazamientos debido a la inseguridad alimentaria y falta de acompañamiento de proyectos productivos alternativos, de una parte y por el aumento de las capturas y judicializaciones, de la otra” (p. 98).

Después de años de unos desarrollos jurídicos inconsistentes, y tendientes, como es notorio en los dos últimos momentos mencionados, a una legitimación jurídica del papel del Estado en la perpetración de acciones de desplazamiento forzado, adviene la Sentencia T-025 de 2004, en la

que la Corte Constitucional reconoce que los niveles en los que se presenta esta problemática en el país ya han llegado a un punto de desbordar la capacidad institucional del Estado:

Debido a que esta situación no era atribuible a una institución específica, sino que respondía a un problema de orden estructural que afectaba la política pública sobre desplazamiento forzado, la Corte declaró que existía un ECI (Estado de Cosas Inconstitucional) en materia de desplazamiento forzado en Colombia. En este fallo, por primera vez en la historia del país, se reconoció la condición de víctimas a la población desplazada y con ello sus derechos inalienables a la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición (CNMH, 2015, p. 99).

Un precedente importante de esta sentencia es la megatutela interpuesta por más de cuatro mil personas reunidas en torno a 1.150 núcleos familiares, todas víctimas de desplazamiento forzado. En la sentencia la Corte identifica dos problemas específicos en la atención del Estado con respecto a esta problemática: “la asignación insuficiente de recursos, que ha estado lejos de los requeridos para obedecer los mandatos legales; y las falencias de la capacidad institucional del estado para responder oportuna y eficazmente a las necesidades de los desplazados” (Aparicio, 2005, p. 157).

En el contexto actual la Ley de víctimas o Ley 1448 de 2011 sigue siendo el último momento importante en el proceso histórico de conceptualización legal del desplazamiento forzado. Si hasta aquí todo el proceso desde la promulgación de la ley 187 de 1997 ha tendido, en medio de muchas inconsistencias, hacia una demarcación conceptual, que implica una visibilización del desplazamiento forzado como hecho victimizante y del desplazado como víctima, con la Ley 1448, y las reconfiguraciones institucionales en torno al manejo estatal de las situaciones derivadas del conflicto armado interno, se comienza de nuevo un proceso de inclusión del “desplazado” dentro de una categoría general, esta vez la de “víctima” (CNMH, 2015)

En virtud de esta ley, se genera el Registro Único de Víctimas con el cual se subsume el anterior Registro Único de Población Desplazada en una categoría más general de sujeto. Se creó el Sistema Nacional de Atención y Reparación Integral a las Víctimas, con el cual también queda subsumida la atención a desplazados dentro de una categoría más general en la cual es intervenido junto con otras víctimas del conflicto. Se crean, además, el Departamento Administrativo para la

Prosperidad Social, Unidad para las Víctimas, que se enfocaron desde ese momento en la atención y reparación a las víctimas de desplazamiento forzado junto a las demás víctimas en general (CNMH, 2015).

Lo que puedo concluir en este análisis del concepto de desplazamiento forzado, es que su emergencia y uso institucional están atados a un proceso histórico de visibilización e invisibilización de los sujetos interpelados como desplazados en función de los intereses que tenga el Estado como actor político con respecto a su gestión en cada coyuntura de ese momento histórico. La ley reconoce, por lo menos desde 1997, que una de las formas de victimización que deja el conflicto armado interno es el desplazamiento forzado de individuos o comunidades. Se omiten, a su vez, las condiciones generadas por las realidades sociales legitimadas a través de las leyes, como la última reforma agraria, o el acuerdo del Plan Colombia, en la reproducción de estos destierros.

A lo largo de este trabajo, empleo el concepto de destierro para referirme al “desplazamiento forzado”. Diversos sujetos del campo de la academia y los movimientos sociales han venido posicionando el concepto de destierro para contraponerse al sentido eufemístico que puede tener el “desplazamiento forzado” (García, 2010). Alfredo Molano (2001), también usa esta categoría como una reivindicación política que pasa por nombrar esta realidad refiriéndose y denunciando la violencia latente en ésta.

La idea de “desplazamiento forzado”, entonces, funciona más como un significante que interpela a una serie heterogénea de sujetos y que permite un acercamiento inicial a ellos, ya que cuando uno se acerca a las víctimas del destierro, ellas se reconocen así, con el concepto estatal. El destierro, por su parte, seguirá funcionando en este texto como un concepto explicativo que dé cuenta de las realidades que condicionan la acción de tales sujetos y que recoja el posicionamiento político que tengo frente a esta realidad. En lo que sigue quiero analizar el destierro como un fenómeno que viene atado a la estructura socioeconómica dominante del país, que en su seno alberga prácticas y relaciones feudales a su vez que está atada al capitalismo imperialista.

1.2.El papel del destierro en el sistema económico capitalista

El fenómeno que el Estado vino a llamar “desplazamiento forzado” es, entonces, el destierro, el cual más que una simple problemática coyuntural hace parte de la estructura social

vigente en Colombia. Se me hace necesario establecer un marco de transformaciones y reproducciones de esa estructura social en el cual ubicar las reproducciones y transformaciones subjetivas de las que dan cuenta los desterrados que conocí. Para llegar a lo estructural hay que partir de las relaciones más evidentes que evidencia el fenómeno, por ejemplo, la relación entre el destierro y el conflicto armado.

Si se considera este fenómeno en una escala global, se observará que se presenta con iguales o mayores niveles de agudeza en países de África y el medio oriente. Así lo determina el Observatorio de Desplazamiento Interno, un repositorio oficial de información sobre los procesos de migración interna en el mundo:

Cuarenta y ocho millones de personas vivían en situación de desplazamiento interno como consecuencia del conflicto y la violencia en 59 países y territorios a 31 de diciembre de 2020, lo que supone un aumento de 2,1 millones en comparación con 2019 y la cifra más alta registrada. La mayor parte de los desplazados internos se encontraban en Siria, la República Democrática del Congo y Colombia, que juntos concentraban más de un tercio del total mundial. (Observatorio de Desplazamiento Interno [IDMC] 2021, p. 14).

Es claro que un factor común en los países analizados, es el desarrollo, en el seno de los mismos, de disputas por motivos políticos y económicos entre actores armados. En Colombia, desde 1985, cuando comenzó a hacerse un registro por parte del Estado, a mayo de 2022, se han datado 8.2 millones de desplazados en 9.3 hechos de violencia (Registro Único de Víctimas [RUV], 2022).

Pero si uno quiere ir más allá, es notable que, al menos en Colombia, la relación entre guerra y destierro no se reduce a una simple causalidad, esto es, que para entender la relación basta con afirmar que el destierro es una consecuencia de la guerra. El fenómeno del destierro es una realidad muy vigente en el país, pese al Acuerdo de Paz entre el Estado colombiano y las FARC [Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia], (ambos actores, valga decir, perpetradores de destierros). Desde cuando se firmó el Acuerdo en noviembre de 2016 hasta noviembre de 2021, se tiene registro de más de 250.000 personas fueron desterradas (Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz [INDEPAZ], 2021). Desde el CNMH se ha hecho el ejercicio de observar el desarrollo de las prácticas de destierro en el cuadro general de la historia del conflicto armado interno en Colombia,

y así se ha determinado que aquel “fue un factor determinante en la génesis y evolución” de éste (2015, p. 53).

Antes que existieran como organizaciones muchos de los actores armados paraestatales que participaron como beligerantes, junto o contra el Estado, dentro del conflicto armado interno, la época de La Violencia (1948-1958), implicó una detonación y amplificación de una violenta arremetida terrateniente contra los campesinos, principalmente los campesinos pequeños y medianos propietarios, y la consecuente migración de los mismos a las ciudades o zonas de frontera agrícola (CNMH, 2015).

Sin embargo, no todos migraron, muchos campesinos amenazados resistieron a este embate, y obtuvieron importantes éxitos políticos y militares, reflejados en la consolidación de espacios de poder autónomo de comunidades que se sustraían a la esfera de dominación estatal oficial, como las llamadas “repúblicas independientes”. El escalamiento de esta lucha de clases en el campo, redundó en un fortalecimiento del aparato militar del Estado y los terratenientes, y a su vez, de la organización política y militar de los campesinos que habían sufrido las consecuencias de la violencia terrateniente.

Muestra de lo primero sería el Plan LASO [Latin American Security Operation], y la legitimación institucional de los grupos de violencia privada para contrarrestar la lucha campesina a través, por ejemplo, del Decreto Legislativo 3398 de 1965. De lo segundo sería la consolidación de guerrillas como las FARC, ELN [Ejército de Liberación Nacional] y el EPL [Ejército Popular de Liberación], que articularon la resistencia campesina dentro del proyecto político de las izquierdas hegemónicas – prosoviéticas, procubanas, prochinas - de la época (CNMH, 2015).

Así, si se habla del destierro como un factor determinante en el origen del conflicto, es justamente porque en la formación de los actores del conflicto, jugó un papel central el proceso de despojo que fue practicado sobre los campesinos y sus tierras. Ahora, una vez establecido históricamente el cuadro de los actores fundamentales de lo que vino a ser el conflicto armado interno, la migración de campesinos desterrados producto de hechos de despojo violento practicados sobre ellos y sus tierras, siguió sirviendo para la reproducción en el tiempo de ese conflicto.

Cuando, en la década de los setenta, cultivos ilegales como la marihuana (luego la coca y amapola en los ochentas) incursionaron en la economía nacional, los campesinos que trabajaban y vivían en zonas consideradas geoestratégicas en términos de la producción, transporte o el lavado

de activos a través de la compra de tierras, fueron víctimas de expulsiones violentas por parte de los actores armados al servicio del narcotráfico, y en esas tierras, a su vez, fueron relocalizados muchos campesinos que comenzaron a encontrar en esa producción una opción económica en medio de la necesidad. Los valles de los ríos Sinú, Cauca y Magdalena, y los Llanos Orientales, fueron las zonas donde se principalmente se produjo este proceso (CNMH, 2015).

En los años 90 y principios de los 2000s, la problemática del destierro no hizo sino recrudecerse. Así como en la guerra hasta antes de la aparición del narcotráfico, donde el Estado auspició y legitimó la arremetida contra los campesinos, en lo que sigue el papel del Estado fue muy importante la reproducción del conflicto armado, por ejemplo, con la legitimación de los ejércitos privados terratenientes.

Un sustento empírico para esta afirmación está en el hecho de la creación, auspiciada por el Estado, de las Convivir -Cooperativas de vigilancia y seguridad privada para la defensa agraria o Servicios Comunitarios de Vigilancia y Seguridad Privada - que fueron usadas por jefes paramilitares como Salvatore Mancuso, Rodrigo Tovar Pupo, Diego Vecino y Rodrigo Pelufo, para articular sus organizaciones, y disputarles así a las guerrillas el control de territorios y poblaciones. Paralelo al proceso de estructuración de una institucionalidad estatal para gestionar el problema político del desplazamiento forzado, el proyecto paramilitar se consolidaba y se expandía por todo el territorio, prueba de lo cual es la unificación en una sola organización, las Autodefensas Unidas de Colombia [AUC], de las estructuras paramilitares independientes de Córdoba, Urabá, el Magdalena Medio y los Llanos Orientales (CNMH, 2015).

Además, el Estado como actor político naturalmente que también contesta a la disputa territorial y política que los actores armados están perpetrando principalmente contra él. En consecuencia, la participación del Estado colombiano en esta guerra ha generado más desterramientos. Por ejemplo, cuando Pastrana ordenó a la Fuerza Pública retomar el control de la “zona de distensión” que se había instituido en el marco del proceso de paz con las FARC durante su gobierno: producto del fracaso del mismo, el proceso de recuperación militar de la zona por el Estado contra la guerrilla “generó un recrudecimiento del conflicto armado y desencadenó graves violaciones a los derechos humanos y al DIH” (CNMH, 2015, p. 93). O también, cuando es estipulado por el primer gobierno de Álvaro Uribe que la “la mejor forma de prevenir el desplazamiento forzado es la restitución y consolidación de la autoridad democrática en todo el

territorio nacional” (DNP [Departamento Nacional de Planeación], 2003, citado por CNMH, 2015, p. 95).

Así, el supuesto interés en prevenir esta problemática se subordinó al objetivo geopolítico de conquista y afianzamiento de la soberanía territorial por parte del Estado. Llevar este lineamiento a la práctica redundó en que “en los escenarios de consolidación territorial se produjeron nuevos desplazamientos debido a la inseguridad alimentaria y falta de acompañamiento de proyectos productivos alternativos, de una parte y por el aumento de las capturas y judicializaciones, de la otra” (CNMH, 2015, p. 98).

Si bien con estos hechos es notable la agudización del conflicto de tierras – y de su expresión armada - en el campo, en los años 90 los actores armados manifiestan un interés más marcado en incidir en las ciudades a donde los desterrados buscaban refugio. Autores como la antropóloga Gloria Naranjo han definido esto como una “urbanización del conflicto político armado” (2004, p. 282), en donde la ciudad deja de ser simplemente un escenario donde este conflicto tiene lugar solo circunstancialmente para convertirse en un objetivo geoestratégico de los actores armados.

La periferia de las ciudades es parte central de estos reordenamientos territoriales de la guerra, porque es allí donde llegan las grandes olas migratorias de campesinos desterrados producto del recrudecimiento del conflicto en el campo, y es allí donde llegan también a operar los aparatos armados paraestatales. En la década del 2000 se ha visto el despliegue de operativos como Orión, Mariscal o Estrella Seis, en donde ha habido intervención paramilitar, y que reflejan esa transformación en la significación geoestratégica de las periferias. “Las ciudades ya no son aquellos lugares seguros que ofrecían refugio”, afirma la antropóloga Andrea Lisseth Pérez (2018, p. 155), sintetizando cómo esta reconfiguración territorial del conflicto también genera un cambio en la perspectiva de vida en la ciudad que tienen las víctimas campesinas de destierro.

La información y el análisis histórico ofrecido por el CNMH remarca la importancia política de evidenciar los nexos entre el destierro y el conflicto armado; sin comprender y establecer esta relación, la participación de actores armados en el destierro violento de comunidades y familias campesinas quedaría invisibilizado y daría paso a la impunidad. Sin embargo, es necesario también dar otros pasos para identificar las causas estructurales del destierro, también para entender que la acción política para erradicarlo debe tener un alcance que va más allá de las disposiciones jurídicas. En ese sentido es pertinente traer a colación el llamado de la profesora Marta Nubia Bello, una estudiosa del problema del destierro en el país:

Es común afirmar que el desplazamiento forzado es el resultado del conflicto armado interno y de las estrategias violatorias del Derecho Internacional Humanitario (DIH) por parte de los actores armados [...] Esta es, sin embargo, una verdad a medias, sobre la cual es necesario mayor claridad, pues detrás de los grupos paramilitares con sus diversas expresiones de ejércitos privados y sus discursos justicieros, se esconden y defienden los intereses de los grandes ganaderos, narcotraficantes, capitalistas nacionales y de las transnacionales (Bello, 2004, p. 24).

Grandes ganaderos, narcotraficantes, capitalistas nacionales y transnacionales hacen parte de una estructura de clases ligada a un modo de producción operante en el país que es el capitalismo, (si bien con elementos importantes de feudalidad). La formación histórica de relaciones sociales capitalistas fue estudiada por Carlos Marx [1867] (2002), quien aborda críticamente “la llamada acumulación originaria”, depurando esta noción de su ideología para develar, a partir de una reconstrucción de los hechos históricos que llevaron a la formación de sociedades capitalistas, la historia que es “reprimida” por el sentido común burgués dentro del mito que esta clase elabora sobre cómo se convirtió en el sujeto dominante de la sociedad capitalista² (Marx, [1867] 2002; Bhattacharya, 2010).

Marx describe rigurosamente los distintos métodos por los cuales se configuran históricamente las clases que conforman la estructura social del capitalismo clásico: principalmente capitalistas industriales y proletariado, pero también el “capitalista arrendatario”. Para su trabajo, se basa en el caso inglés como la forma “clásica” de este proceso, que se dio, sin embargo, en toda Europa occidental ([1867] 2002, p. 672).

Este escenario socioeconómico del capitalismo se estructuró a partir de una multiplicidad de procesos. Se da una usurpación de tierras comunes, fiscales, y las de la iglesia católica. También el *clearing of estates* o “despojamiento de las fincas, que en realidad consistió en barrer de ellas a los hombres” (Marx [1867] 2002, p. 679), un proceso histórico de espoliación por medio de la

² La construcción mítica burguesa versaría así: “en tiempos muy remotos había, por un lado, una elite diligente [c], y por el otro una pandilla de vagos y holgazanes. Ocurrió así que los primeros acumularon riqueza y los últimos terminaron por no tener nada que vender excepto su pellejo. Y de este pecado original arranca la pobreza de la gran masa que aun hoy, pese a todo su trabajo, no tiene nada que vender salvo sus propias personas y la riqueza de unos pocos, que crece continuamente aunque sus poseedores hayan dejado de trabajar hace mucho tiempo” (Marx, [1867] 2002, p. 671).

violencia a poblaciones rurales, en donde éstas no son simplemente dejadas sin cultivos, sino que son forzadas a vivir en las ciudades, mediante la destrucción de su territorio. Así se crea una amplia masa de campesinos desterrados, que solo quedan con su fuerza de trabajo para vender a los capitalistas urbanos, o sea, que son mercantilizados.

Marx también menciona como momentos llave de la fundación del capitalismo occidental la conquista europea de los territorios de América, el saqueo brutal de oro y plata y la explotación de su población, y de los territorios africanos para la caza comercial de pieles negras. Además, los acontecimientos de la guerra comercial entre las naciones europeas que estaban disputándose el control económico durante el siglo XVIII: Holanda, España, Inglaterra, Francia, etc. Igualmente, a lo largo de toda esta historia, el Estado, en tanto agente de violencia política organizada al servicio de la burguesía industrial, estuvo actuando ora con gestos deliberadamente inocuos para retener la espoliación a los campesinos, ora con acciones abiertamente violentas que legalizaban esa espoliación (Marx [1867] 2002).

En el caso específico del Estado inglés, éste contribuyó, de un lado, con el proceso de proletarización de las masas campesinas, instituyendo una legislación draconiana que castigaba la mendicidad, leyes para la erradicación de días festivos, y leyes que por mucho tiempo perduraron como el “salario máximo”; y del otro, al proceso de conformación de la clase capitalista industrial, a partir de su sistema colonial, el sistema de deuda pública, y el proteccionismo (Bhattacharya, 2010; Marx [1867] 2002).

Es así como Marx [1867] (2002) reconstruye los caminos por los cuales fueron dadas las condiciones para que se dé el capitalismo, cuyo escenario son las ciudades industrializadas, caracterizada por una polarización entre una porción pequeña de controladores y apropiadores de los medios de producción de la riqueza social, y una gran masa poblacional proletarizada que perdió sus medios de producción justamente a expensas de la acumulación de la clase ahora poseedora.

Marx también hace hincapié en que estos procesos fundantes de la relación del capital son de carácter violento; es “chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies” ([1867] 2002, p.693) que se forma esta sociedad, al contrario de lo que pregonan las falsas representaciones que la conciencia burguesa fabrica sobre cómo su clase llegó a ser propietaria de los medios de producción, y con ello, la clase dirigente de la nueva sociedad capitalista. Al mismo tiempo, el autor reconoce en la violencia una fuerza histórica creadora: “la violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva. Ella misma es una potencia económica” (p. 689). En

la lectura del geógrafo David Harvey, la representación histórica elaborada por Marx no parece muy distante del cuadro contemporáneo.

La expulsión de poblaciones campesinas y la formación de un proletariado sin tierra se ha acelerado en países como México e India en las últimas tres décadas; muchos recursos antes compartidos comunitariamente, como el agua, han sido privatizado (con frecuencia por insistencia del Banco Mundial) e insertados en la lógica capitalista de acumulación; formas alternativas (autóctonas e incluso, en el caso de Estados Unidos, mercancías de fabricación casera) de producción y consumo han sido suprimidas. Industrias nacionalizadas han sido privatizadas. El agronegocio sustituye la agropecuaria familiar. Y la esclavitud no desapareció (particularmente en el comercio sexual) (2005, p. 121, mi traducción).

El autor considera, entonces, que en cuanto el concepto de acumulación primitiva parece estar fijando en un periodo histórico, esto es, en el nacimiento del capitalismo, aquellos procesos aún en operación que se describen, es más preciso hablar de acumulación por desposesión, que indica la continuidad del fenómeno en la estructuración y reproducción de las sociedades capitalistas contemporáneas (Harvey, 2005).

Dentro de este contexto teórico, pues, la migración forzada de los campesinos a las ciudades, su “liberalización” como mano de obra, fenómeno que institucional y académicamente se ha dado en llamar “desplazamiento forzado” hace parte de una dinámica social constitutiva del origen y la reproducción, el devenir y el ser, del capitalismo.

Además de la pertinente adecuación temporal que hace Harvey, otra vía para concretar estas formulaciones teóricas en la posición social concreta de los desterrados de los que hablo en este trabajo, la encuentro en el estudio que hace el sociólogo Mike Davis (2014) sobre las ciudades miseria o los *slums*. Este autor encuentra que en la época de finales de los 70s y comienzos de los 80s se genera en los países del Tercer Mundo un boom en la formación de lo que en Colombia llamamos “tugurios” o “invasiones” (“favelas” en Brasil, “pueblos jóvenes” en Perú).

El catalizador histórico de este proceso sería la implementación, en los países del Tercer Mundo, de políticas de ajuste estructural por mandato de Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, políticas que supuestamente buscaban superar la crisis fiscal y de la deuda externa de los años 80, pero que, en realidad, contribuyeron a generar un proceso de desindustrialización que

desmontó cualquier vía que tenía la economía nacional para progresar con el soporte del Estado, al mismo tiempo que incentivaron políticas que retrocedían en lo poco que se había avanzado con las reformas agrarias que se hicieron en estos países para evitar revoluciones sociales en el campo (Davis, 2014).

Esta conjunción entre desindustrialización y contrarreforma agraria hizo parte de las condiciones que generaron el fenómeno de, por un lado, migraciones masivas de campesinos arruinados hacia las ciudades, y por otro, la transformación de esos campesinos en una mano de obra liberada que no encuentra en esas ciudades una industria que la incorpore. En un país desindustrializado, entonces, la violencia espoliadora que genera desterrados no es, entonces, fecunda como potencia económica, y genera, en cambio, un problema de marginación y exclusión de una gran masa poblacional.

Akram-Lodhi et. al. (2009) también ubican las reformas promovidas (especialmente por) el Banco Mundial como determinadoras de una transformación en “los términos y las condiciones bajo los cuales los derechos de propiedad [sobre la tierra] son establecidos en individuos y clase sociales” rurales (p. 217, mi traducción). En países como Colombia, Brasil, Sudáfrica y Filipinas, durante los años 90, las reformas profundizaron “la operación de los mercados de tierra en los años 90, y en muchas instancias amplió el alcance de los capitalistas nacionales e internacionales para tener tierra, haciendo que fuera más fuertemente posible de lo que era antes” (2009, p. 222, mi traducción).

Primero en la forma de programas de ajuste estructural y después en la forma de programas de reducción de la pobreza se han impuesto políticamente unas condiciones económicas por las clases dominantes de los países del Primer Mundo, en conjunción con las clases dominantes del Tercer Mundo, traduciéndose esto en la descolectivización de la tierra en países exsocialistas como China y Vietnam, y en la contrarreforma agraria en países cuyos Estados, bajo la línea de la Alianza para el Progreso, y respondiendo a la intensa lucha campesina, habían cedido derechos de propiedad sobre la tierra a los campesinos pobres y las comunidades rurales (Akram-Lodhi et. al., 2009).

El economista Giovanni Arrighi, por su parte, observando este fenómeno afirma que estamos viviendo en estos tiempos, un “gran *enclosure* global” (2000, citado por Akram-Lodhi et. al., 2009, p. 219), sugiriendo que las espoliaciones sufridas por las comunidades campesinas inglesas y que fueron determinantes históricos en la formación del capitalismo inglés (conocidas

justamente como *enclosures* en tanto limitaciones a la propiedad comunal), han adquirido en el tiempo presente una escala global y constitutiva de la época³.

En Colombia, en particular, los procesos de destierro han estado más al servicio de la consolidación de una estructura agraria con elementos de feudalidad. Como lo explica el economista colombiano Absalón Machado (2004), la ley 160 de 1994, la última reforma agraria que se ha hecho hasta ahora en el país, instituyó unas medidas hacia la liberalización del mercado de tierras, lo cual converge con los intereses de las ya referenciadas instancias supranacionales. Paralelamente, el fenómeno persistente en los años 90 de compras masivas de tierras por narcotraficantes y de destierro, en el mismo periodo, de más de un millón de campesinos, ha configurado en la práctica una contrarreforma agraria que ha profundizado la desigualdad en el acceso a la tierra (2004, p. 115-117).

Tomando los datos disponibles de todo el país excluyendo a Antioquia, San Andrés y los departamentos de la Orinoquía y la Amazonia no comprendidos en el pie de monte llanero, Machado observa que, en 1984, el 89.92% de los predios tenía el 23.15% de la superficie, mientras el 1.40% de los predios (incluidos aquí los resguardos indígenas) tenía el 46.35%; por su parte, en 1996, el 91.11% tenía el 21.40% de la superficie en tanto que el 1.08% (incluidos los resguardos indígenas) tenía el 53.80%. Durante este periodo, “la estructura agraria bimodal”, o sea, una situación rural marcada por la coexistencia y codependencia entre el latifundio y el minifundio, grandes extensiones de tierra al servicio de la agroindustria exportadora y el campesinado productor para el mercado nacional confinado en pequeñas hectáreas, “se mantuvo e incluso se acentuó con procesos de polarización en la tenencia de la tierra” (Machado, 2004, p. 87).

Machado (2004) contribuye otro elemento importante a la comprensión del carácter de clase de la violencia ejercido sobre los campesinos del país, y de que estos procesos contribuyen al atraso del país, ya que la tendencia aquí es que allí donde ocurren los destierros, ocurre un ajuste cada vez mayor de la estructura agraria a favor de los intereses de quienes tienen la capacidad de adquirir la tierra ilegal o violentamente. El uso de ejércitos privados o ilegales para controlar un territorio es un método feudal de territorialidad, y es por medio de estos aparatos que los productores agrícolas se ven expulsados violentamente de sus territorios, y se asienta sobre ellos un régimen de propiedad

³ De alguna manera, pero con otro concepto, Arrighi llega a la conclusión de David Harvey (2005), solo que sin el énfasis en la crítica conceptual que hace este último y enfatizando en el papel que han tenido las instancias de poder supranacionales manejadas desde países imperialistas, los aparatos estatales nacionales de los países dominados y sus leyes, y los poderes locales de los territorios rurales, en las espoliaciones contemporáneas.

y producción al servicio de una clase terrateniente que busca un espacio en el mercado global, lavar dineros ilegales y/o poder político (Machado, 2004). Diría así que en el país se dan unas prácticas y relaciones feudales pero en el marco de un sistema capitalista global y al servicio del mismo.

El destierro se genera dentro de estas condiciones en las que se reproduce una estructura de clases, donde es dominante la clase terrateniente ligada a la producción de mercancías agropecuarias para la exportación. Desde el punto de vista de estos intereses, es imperativo que “cualquier obstáculo humano o legal” sea eliminado (Bello, 2004, p. 20).

Además, la producción y comercialización de cultivos de uso ilícito también está inserta en las tramas de este modelo económico y por ello también participa de la generación de procesos de expulsión violenta de campesinos. El narcotráfico ejerce presiones sobre las tierras y transforma las relaciones sociales -económicas, políticas, culturales -de aquellos territorios donde interviene. En el país se usa la compra y acumulación de tierras para lavar las rentas que se generan por el negocio ilegal. La violencia armada organizada es parte de este cuadro general, ya que los perpetradores de estas acciones se disputan los mercados, las rentas y la producción de estas mercancías ilegales.

1.3.La formación social de la subjetividad

Ya fijado el contexto teórico, histórico y político en el que se inscribe la comprensión que manejo del concepto de destierro, procedo a hacer una demarcación análoga con el concepto de subjetividad. Mi idea es ir de unas consideraciones generales sobre la subjetividad en la teoría social, a relacionar el concepto con otras categorías de análisis importantes y luego ver el problema de la subjetividad en el marco de una problemática sociológica real que es la transformación subjetiva de los campesinos, inducida por las transformaciones capitalistas.

Cuando desde las ciencias sociales se trabaja la cuestión de la subjetividad no tiene que ver tanto con “la personalidad consciente” con la que cuenta cada ser humano en su existir. Está claro “que no ha habido ser humano que haya carecido de tal sentido, no sólo su cuerpo, sino también y al mismo tiempo de su individualidad espiritual y corporal” (Mauss, 1979, p. 310). El análisis de la subjetividad tiene que ver más con la indagación por el enlace entre esta experiencia de la personalidad consciente y dos grandes instancias ontológicas del sujeto moderno: la sociedad y la historia. Las ciencias sociales empíricas buscan, entre otras cosas, establecer los hilos conductores

entre la experiencia más íntima del mundo sensible y las fuerzas estructurales transindividuales que constituyen al hecho social, y es aquí que es clave el concepto de subjetividad.

Este abordaje de la experiencia individual como determinada sociohistóricamente es fundante de la ciencia social misma y no ha estado exento de polémica en cuanto a la determinación de sus contornos y alcances epistemológicos. Un momento fundamental de esta historia es cuando Carlos Marx desarrolla las bases de una metateoría social (materialismo histórico) a partir de la crítica a la concepción antropológica burguesa dominante en las disciplinas científicas humanas en boga en su época (la economía política, la historia, la filosofía). La crítica de Marx demostraba que estas perspectivas ilustradas de lo humano fabricaban una ideología que eterniza al individuo como “el punto de partida de la historia”, y contra esto el autor afirmará que el ser humano es “no solamente un animal social, sino un animal que solo puede individualizarse en la sociedad” ([1953] 2007, p. 4).

No se trata de afirmar que los individuos no existen, sino que la sociedad capitalista, justamente aquella en la que la interdependencia social es más intrincada y ha alcanzado su punto histórico de mayor desarrollo, es la que instala la subjetividad individual como un modo hegemónico en el que las personas se representan a sí mismas ante el mundo, mientras que “las diferentes formas de conexión social aparecen ante el individuo como un simple medio para lograr sus fines privados, como una necesidad exterior” ([1953] 2007, p.4).

Así pues, las transformaciones históricas de las sociedades dejan una marca en los modos en que los seres humanos experimentan el mundo, y en la época de la sociedad burguesa, las personas tienden a relacionarse con el mundo en un modo individualista, lo cual es naturalizado y ratificado por la ideología dominante.

Desde este momento fundante de una nueva discursividad en la ciencia social, las diferentes escuelas de pensamiento han buscado aplicar estas bases epistemológicas a los cambiantes fenómenos de la historia social global y local, probando en el acto la capacidad explicativa de estas bases y apostando a defensas de la vigencia del legado, críticas que buscan superarlo sin erosionar sus bases sino potenciándolas, y críticas que lo revisan al punto de transformarlo en algo completamente distinto de lo que es. Así, si por un lado existe una tendencia a reivindicar la autoridad que mantienen las tesis que los maestros de las ciencias humanas (No solo Marx y Mauss sino también Durkheim y Weber), y a probar que la estructura social dominante en nuestro mundo presente ha variado más cuantitativa que cualitativamente desde el inicio de la modernidad

capitalista, también existe otra tendencia, hegemonizada en la academia durante el último cuarto del siglo XX, que orienta todo su trabajo a socavar la epistemología social moderna:

“el presupuesto sujeto de la teorización humanista ha sido deconstruido por escritores postestructuralistas, postcoloniales y feministas, y ha sido mostrado como un producto de la Ilustración, y discursos coloniales, racializados y de género (*gendered*) en vez de como una realidad fundacional para la investigación” (Biehl, Good & Kleinman, 2007, p. 8, mi traducción).

La perspectiva que yo encuentro más correcta para mi estudio, es la que reconoce a la subjetividad como socialmente determinada, y a la sociedad, por tanto, como una instancia trascendente que condiciona la experiencia inmanente de la vida. No es que los hechos sociales abstractos constituyan la única verdad sobre la naturaleza humana y sus transformaciones, y que la interioridad psicológica y la corporalidad sean un mero reducto fenomenológico y contingente que hace ruido en la interpretación de los signos verdaderos de la esencia humana, sino que esta interioridad psicológica y la dinámica sensibilidad corporal son dos espacios en donde tiene lugar de una forma no evidente la historia de las sociedades.

La idea de interioridad es clave porque si la subjetividad fuera enteramente insustancial, estaríamos hablando de un determinismo sociológico estructuralista en el que se anula la iniciativa y la agencia en los procesos históricos. Con el concepto analítico de subjetividad se pretende justamente superar esa subsunción unilateral del sujeto en la estructura. El punto de partida es que a través de la subjetividad se da forma a la sensibilidad que procesa interiormente las experiencias sociales, y sin ese soporte no podrían tener lugar los acontecimientos de la historia.

Con este planteamiento sobre la relación entre fenómenos y esencias en la epistemología social, de igual forma queda abierta la posibilidad a caer en el extremo del determinismo estructuralista o el reduccionismo de las prácticas corporales, este último muy presente en los abordajes de las teorías del performance y del constructivismo, que caen en una especie de conductismo sociológico porque no parecen asumir otros niveles extracorporales de constitución de la realidad social.

En respuesta a esto, hay una corriente antropológica que hoy en día está apostando por un enfoque que sea consciente del carácter históricamente variable de la relación entre estructuras y

sujetos, sin dar por sentado que el único terreno donde las estructuras se materializan es la corporalidad; este enfoque fue el que encontré en el trabajo de los antropólogos João Biehl, Byron Good y Arthur Kleinman (2007) en donde se reúnen trabajos teóricos sobre el tema e investigaciones sobre casos de estudio en Asia y África. Dentro de esta corriente, la subjetividad es un concepto de análisis útil para ubicar la intimidad de los grupos sociales, cómo se procesan interiormente las experiencias sociales de las personas, familias, comunidades y diversas formas de organización. El espacio en el que tiene lugar la experiencia humana del mundo es el cuerpo, pero también el sentido de interioridad psicológica, y es en lo que allí ocurre que se evidencia de forma mediata la verdad de la sociedad. La sociedad es introyectada a través del cuerpo y la mente, las sensaciones de la carne y los conceptos e imágenes abstractas de la conciencia, por ende, el cuerpo y las representaciones subjetivas de la vida son un buen terreno de acceso a “la sociedad”: el “cuerpo pensante” se constituye en “un heurístico privilegiado hacia procesos históricos y sociales” (Biehl et.al., 2007, p. 8, mi traducción).

Sin el soporte de las vivencias interiores - íntimas, afectivas, emocionales, discursivas, intuitivas - que dan a las personas la justificación de su seguridad ontológica, no se podrían tramitar los acontecimientos sociales. Este exterior social afecta al interior psicológico y éste a su vez responde de manera que habilita la intervención práctica en el mundo o inhibe cualquier respuesta, como en el trauma.

En el texto mencionado este enfoque muestra unos desarrollos fuertes en el ámbito de la antropología médica. Para los investigadores inscritos en esta perspectiva, “la investigación está mostrando que solo explicando la lógica de los constructos emocionales e intersubjetivos claves es que se hacen inteligibles los dramas sociales fundamentales” (Biehl et.al., 2007, p. 10, mi traducción). Pero también hay otras investigaciones que es importante seguir en otras circunscripciones nacionales de producción académica y científica, a ver si en ellas las bases fundacionales de la teorización social se han buscado operacionalizar frente a otros ámbitos de realidad más cercanos a mi problemática de estudio.

El sociólogo mexicano Enrique de la Garza, provee una propuesta epistemológica para las ciencias sociales, en donde a mi entender se resuelve de una manera justa el problema de la relación entre sujetos y estructuras como un problema social pasible de ser historizado y criticado a la luz de los fenómenos observables. El vínculo de las teorizaciones de la escuela de este autor con el enfoque que introduce es simplemente que aquí como allá es clave el concepto de subjetividad. La

particularidad del autor es que para él la subjetividad “no puede reducirse a lo arbitrario frente a lo estructurado”; ella “puede poseer estructuras parciales, junto a cierta heterogeneidad, además de una plasticidad y un funcionamiento posiblemente algorítmico, lo que engarza con la idea de subjetividad como construcción de sentido” (1992, p. 17).

Para De la Garza, la traducción del problema filosófico de la relación entre el sujeto y el objeto a las ciencias sociales supone “cambiar la pregunta acerca de qué es más determinante, si el sujeto o el objeto, por la de cómo y por cuál proceso el objeto adquiere significado para el sujeto y cómo ese significado puede orientar la acción del segundo; cómo la acción impacta al proceso de significación” (1992, p. 40). Respecto de las teorizaciones de la antropología médica, él ha avanzado en dotar a la teorización y descripción sobre las subjetividades de un mayor nivel de sistematicidad, planteando que si bien siempre está abierta la forma en la que la sociedad es interiorizada por las personas a través de la subjetividad, esta interiorización se puede ordenar como unas configuraciones determinadas. Así, establece que la subjetividad aprehende y construye el sentido de las estructuras sociales mediante una serie de instancias afectivas, de la personalidad, epistemológicas, lógicas y estéticas.

En esta perspectiva se ha trabajado sobre todo el problema de la constitución de subjetividades en contextos de movilización política. Para mi trabajo investigativo, por las características de la gente a la que me acerqué, importan más las manifestaciones de la subjetividad en otros espacios de vida que no son necesariamente movimientos sociales. Y de esas subjetividades, el terreno preciso en el que yo incursiono es de la relación discursiva entre el sujeto con el yo fenoménico, para entrever desde allí cómo las estructuras sociales median en el reconocimiento que hace la persona individual de sí misma ante el mundo. Solo se puede conocer al sí mismo a través de categorías y sustancias sociales que proveen la materia y el marco del que bebe tal saber psicológico.

Los contenidos interiores se estudian en su relación con las estructuras sociales que los hacen posibles. En el interior del sujeto solo se pueden activar unas configuraciones discursivas, simbólicas y prácticas a partir de detonantes externos que provengan del movimiento de la sociedad. La subjetividad siempre está volcada hacia algo: “no cabe hablar del contenido abstracto de la subjetividad sino de la subjetividad como proceso de dar sentido para determinadas situaciones” (De la Garza, 1997, pp. 86-87).

Diversos autores en diversas geografías han estudiado cómo formas sociales como la clase social y el trabajo (el lugar de un sujeto en la división del trabajo) influyen el proceso de formación de la subjetividad; pero también, en el acto de estudiar esta relación sociológica e históricamente, también han visibilizado el papel activo de otras formas sociales como la cultura en la constitución de sujetos políticos.

El historiador E.P.Thompson [1963] (1987) tiene -después del de Engels- el estudio canónico en esta materia, *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra*. Haciéndolo se da cuenta de que para muchos observadores de la Inglaterra de principios del siglo XIX, de distintas raigambres ideológicas, fue la energía del vapor y la industria algodonera “produjo” a la clase obrera, y entonces se propone profundizar la mirada hacia otros factores que determinaron la constitución de uno de los elementos conscientes más claves en lucha de clases de la sociedad inglesa.

El autor demostró cómo la gente que se movilizaba como “clase obrera” estaba compuesta por una serie heterogénea de sectores, y no los trabajadores de la industria algodonera la más avanzada de la época. Buena parte de los aspectos de la estructura política de la clase “fueron anticipadas por trabajadores domésticos, como los que trabajaban con lana en Norwich y en regiones del oeste, o los telares de adornos de Manchester” (Thompson, [1963] 1987, p. 16, mi traducción). Así mismo, la experiencia y conciencia de gente de pequeños oficios y ocupaciones como zapateros, libreros, pequeños comerciantes, albañiles, tejedores, etc., fue relevante en este proceso de constitución.

Me interesa específicamente traer a colación los hallazgos de Thompson con relación al origen rural de los obreros. En su texto explica que tal origen fue determinante en las sensibilidades políticas de la clase obrera, esto es, los objetos que llamaban su atención y reclamaban su movilización política. Cuenta, entonces, cómo fueron los trabajadores urbanos ingleses que eran hijos y nietos de campesinos y no los trabajadores rurales, quienes por la devolución de la tierra usurpada en los *enclousures*. “Frente a las dificultades de la época y con el desempleo en las ciudades en expansión, el recuerdo de los derechos perdidos suscitaba una nueva y amarga sensación de privación” (Thompson, [1963] 1987, p. 66, mi traducción).

En las subjetividades políticas de los trabajadores urbanos, también llegó a generarse un odio jacobino contra la aristocracia agraria, especialmente claro en los artesanos. La evocación romántica de un pasado pre-capitalista en algunos artistas como Feargus O'Connor, también es

un indicio de este nexo subjetivo entre obreros y campesinos en ésta época en la que el capitalismo no había mercantilizado todas las relaciones sociales (Thompson, [1963] 1987).

Según De la Garza, la lección de los estudios históricos ingleses sobre la clase obrera es que “los sujetos históricos se constituyen en procesos complejos de formación de clase que pondrían en juego aspectos objetivos junto a los subjetivos, en espacios diversos de la experiencia obrera” ([1963] 1997, p. 83). A partir de ellos, los estudios sociales están más abiertos a comprender la clase social como formación social determinada por un “en sí”, esto es, unas condiciones materiales y una posición objetiva en las relaciones sociales de producción, y por un “para sí”, que también es objetivo y condicionado por instancias sociales distintas a la clase.

Alicia Lindon (2002), socióloga mexicana, también estudia la subjetividad con relación a los procesos del trabajo. El enfoque de estos estudios parte de una suerte de etnografía de la experiencia laboral, que es solo un aspecto de la clase social, para entender cómo esta práctica es significativa en la formación subjetiva. En el trabajo de esta autora se emplea el concepto de “espacios de vida” entendidos como “el lugar donde se despliegan las prácticas cotidianas y se constituyen en espacios vividos por el significado que toman dentro de la subjetividad colectiva” (2002, párr 11).

Es importante esta relación entre subjetividad y trabajo porque en el sistema global actual, en donde el trabajo antes de desaparecer se ha multiplicado, flexibilizado y precarizado, a su vez que se ha reforzado la explotación. El trabajo ocupa una parte importante de la vida práctica de la gente, y lo que busca comprender esta fenomenología sociológica del trabajo desarrollada por Lindon, son los significados aprehendidos en y por los espacios de vida laborales de los trabajadores contemporáneos.

La autora también maneja un concepto colectivista de la subjetividad, porque lo que le interesa es reconstruir sujetos colectivos igualmente determinados por un lugar social que los lleva a tener experiencias y significados similares. Por eso para ella, la subjetividad se entiende como un “conjunto de ideas, esquemas de pensamiento, imágenes, esquemas de sentido y significados con los cuales estos sujetos se orientan en su vida práctica” (Lindon, 2002, párr 10).

En otras latitudes de la producción académica también se ha avanzado en la comprensión de la relación entre subjetividad y clase social. Esto entendí cuando leí el trabajo de la antropóloga I-Chieh Fang, en donde se estudia la subjetividad de los obreros de origen campesino en las ciudades de Zigong y Yuangong de China. Ella se interesa por la forma en que, más que la obra de

un partido sobre una hoja en blanco, en realidad la formación de subjetividades políticas tiene que tomar en cuenta el género, educación, lugar de origen, estilo de vida, creencia y valores, como factores que influyen en el proceso de formación de la clase y lo complican. Específicamente, demuestra que el *guanxixue*, una suerte de *ethos* compartido por los campesinos chinos, que involucra la obligación “del intercambio de regalos, favores y banquetes; el cultivo de relaciones personales y redes de dependencia mutua; y la manufacturación de obligaciones y obediencias”, es empleado por los campesinos en su inserción en el espacio de vida obrero, controlado en las empresas estatales por el partido dominante en el Estado chino (Fang, 2018, pp. 269-270, mi traducción). De estos procesos resulta una subjetividad peculiar, llamada por la autora un “precarizado con características chinas” (p. 265, mi traducción).

Los ámbitos de realidad en los que se despliega la categoría de subjetividad en estos trabajos mencionados son muy variados. Lo que me interesa mostrar para este marco conceptual es cómo se concreta la indagación sobre la subjetividad socialmente determinada cuando se estudia su relación con formas específicas que asume la sociedad, esto es, la cultura y la clase, y dentro de la clase, el trabajo. Para el caso específico de mi trabajo, a lo que aspiro es a mostrar modos concretos en los que el destierro transforma el anclaje de la subjetividad en instancias sociales como el trabajo y la familia, y cómo la situación misma del destierro es leída de formas distintas de acuerdo con los anclajes de la subjetividad.

1.4. Perspectivas sobre las transformaciones de sujetos campesinos en el capitalismo

En su libro *El Desarraigo: La violencia del capitalismo en una sociedad rural*, los sociólogos Pierre Bourdieu y Abdelmalek Sayad [1964] (2017), representan el proceso de transformaciones subjetivas de los campesinos argelinos (los *fellah'in*) en el contexto de los reasentamientos impuestos por los militares franceses⁴. Estos dos conceptos empleados por los autores sirven para entender los movimientos de la subjetividad campesina provocados por la

⁴ Durante el colonialismo francés en Argelia los militares expulsaban a las poblaciones rurales de los territorios considerados por ellos “zonas peligrosas” desde el punto de vista estratégico-militar, y reagrupaban a las poblaciones expulsadas en otras zonas creadas por los mismos militares, cerca de sus sedes, para mantener a la población vigilada e impedir de esta manera la influencia sobre ellos del FLN [Frente de Liberación Nacional]. Esta política empezó en 1954, y desde 1957 dejó su carácter espontáneo y comenzó a tener más sistematicidad. Como consecuencia de esto “puede estimarse que como mínimo tres millones de personas se encontraban lejos de su residencia habitual en 1960, lo que representa la mitad de la población rural” (Bourdieu & Sayad, [1964] (2017, p. 29).

introducción del capitalismo en la sociedad argelina y los caminos que toman estos sujetos para construir arraigos identitarios después de ser violentamente movidos de su territorio.

Como dijo el pensador y revolucionario martiniqués Frantz Fanon [1961] (1983) en sus reflexiones sobre los sujetos colonizados, el propósito del colonialismo para con los colonizados era instalar en su inconsciente el sentimiento de que la dominación colonial era necesaria porque, por sí mismo, el indígena nunca hubiera podido evolucionar su sociedad. Se busca que, en su intimidad, “el colonizado se represente al colonizador como una madre que impide sin cesar a un niño fundamentalmente perverso caer en el suicidio, dar rienda suelta a sus instintos maléficos” ([1961] 1983, p. 60). La investigación de Bourdieu & Sayad [1964] (2017), cuyo trabajo de campo fue hecho en plena guerra de liberación argelina y siendo el primero de estos un joven que a su pesar era parte del cuerpo militar francés, observa también los procesos de transformación de las subjetividades campesinas para demostrar que el colonialismo dista mucho de ser una potencia económica y social, por cuanto su actuar no deja en los sujetos dominados un efecto productivo sino en muchos casos traumático o paralizante. La intervención colonial induce otros ritmos de transformación social disruptivos con el ritmo y las prácticas históricas propias de un pueblo, impidiendo que éste dirija su movimiento entre la permanencia y la alteración, asimilación y adaptación, y con ese impedimento estructural, inhibe la autonomía de la sociedad colonizada.

Algo que descubren Bourdieu & Sayad [1964] (2017) con su estudio es que más allá del proceso mismo de reasentamiento que genera una dislocación territorial y cultural⁵, el espacio rural argelino estaba viviendo una crisis de la agricultura y la ganadería tradicionales expresada en el abandono parcial o total por los campesinos de sus tierras cultivadas antes de los reagrupamientos. Entonces, según los investigadores, más que el hecho mismo de una violenta dislocación espacial, el factor realmente determinante de una renuncia al tradicionalismo por parte de los campesinos es el grado de penetración de la economía capitalista en un contexto social expresada en las actitudes subjetivas hacia la actividad agrícola tradicional y el reconocimiento y valoración de la propia posición en la división del trabajo. Dicho de otra manera, el capitalismo (por las relaciones económicas que estaba generando en las ciudades argelinas o a las que estaba incorporando a los

⁵ “El señor Levi-Strauss subraya que los misioneros han considerado que la transformación del hábitat de los Bororo es el medio más seguro para obtener su conversión. De una forma oscura e instintiva, se considera que la reorganización del espacio habitado es una forma decisiva de acabar con el pasado, imponiendo un marco de existencia enteramente nuevo, a la vez que un medio de imprimir sobre el terreno la marca de la toma de posesión” (Bourdieu & Sayad, [1964] 2017, p. 43).

colonizados migrantes en Francia), ya había iniciado su actividad desculturizadora⁶ en las subjetividades antes de propiciar las relocalizaciones violentas (Bourdieu & Sayad, [1964] 2017).

Para diferenciar esas actitudes subjetivas, los autores establecen dos categorías: acampesinización y descampesinización. Las subjetividades que entran en la primera categoría son aquellas que, pese a haber sido expulsados de sus territorios hacia asentamientos donde los militares prohíben o limitan la actividad agrícola, permanece una actitud tradicionalista hacia el mundo, que hace que consideren y valoren el trabajo en términos de su función social y no como un medio para adquirir dinero. En sus relaciones con otros, prima la lógica del honor y la solidaridad clánica. El espíritu campesino se mantiene vivo en ellos como “una cierta manera de ser, un habitus, una disposición permanente y general ante el mundo y los otros” (Bourdieu & Sayad, [1964] 2017, pp. 134-135).

Por su parte, los campesinos descampesinizados son aquellos en donde opera el concepto capitalista de trabajo: las personas que encarnan esta subjetividad nunca se involucran en una actividad productiva sin antes analizar el rendimiento y la rentabilidad que pueda proporcionar la misma, y la convertibilidad en dinero del trabajo realizado. Los investigadores observaron que estas personas comenzaron a trabajar en los empleos asalariados creados por los militares (soldado indígena de caballería, sargento, secretarios, alcaldes, concejales y otros oficios burocráticos), y que cuando se encontraban realizando una práctica agrícola al modo tradicional, al no ser ésta “rentable” no la consideraban trabajo y ni se consideraban a sí mismos como empleados (Bourdieu & Sayad, [1964] 2017). “Allí donde se decía: ‘Dios proveerá’, o ‘Su parcela es cosa de Dios’, se dice hoy: ‘Sin trabajo no hay pan’, o ‘Si no trabajas no comerás’” (Bourdieu & Sayad, [1964] 2017, p. 106).

Ahora, yo percibo que el campesino del que hablan Bourdieu y Sayad está muy determinado negativamente por un concepto moderno de proletariado. Se trata de unos campesinos en vía de

⁶ Bourdieu y Sayad [1964] (2017) distinguen dos tipos de efectos culturales producto del contacto entre dos sociedades: por un lado, la “culturización”, en donde la influencia de una cultura sobre otra no acarrea el bloqueo de sus reacciones de adaptación; por otro lado, la “desculturización” que ocurre cuando la intervención de una sociedad y su Estado sobre otra, dirigida a socavar violentamente el orden socioeconómico de ésta “ha determinado un fenómeno de ‘pérdida’ de valores y formas propios, sin compensación sustancial” (Bourdieu & Sayad, [1964] 2017, p. 49). De manera que, en la desculturización, la pérdida de valores que genera el contacto, no acarrea una nueva ganancia subjetiva en términos de identidad, quedando el sujeto en una condición de falta, de castración, de vacío. El colonialismo, entonces, se entiende como una forma de desculturización.

extinción, y que eventualmente se verán transformados en proletarios dadas las transformaciones pro-capitalistas que el colonialismo está forzando en la sociedad argelina.

Cuando el concepto de campesino es representado en el marco de transformaciones histórico-estructurales, como el tránsito del feudalismo o la economía tradicional al capitalismo, es inevitable que las características de los procesos sociales anteriores se vean en función de las manifestaciones ulteriores. Otro ejemplo de este tipo de encuadre lo proporciona Federico Engels [1845] (2009) en su famoso estudio sobre las condiciones históricas, materiales y políticas de la clase obrera inglesa, *La Situación de la Clase Obrera en Inglaterra*. Allí describía de la siguiente manera a los *yeomen* ingleses en su proceso de conversión en proletarios agrícolas:

Ellos cultivaban su pequeña parcela de tierra con exactamente la misma negligencia que lo habían hecho sus padres, y se oponían a toda innovación con la obstinación particular de estos seres, esclavos de la costumbre, que no cambian en absoluto durante generaciones. Entre ellos había también muchos pequeños arrendatarios, no en el sentido actual del término, sino personas que habían recibido de sus padres y abuelos su pequeña parcela de tierra, ya sea a título de un arrendamiento hereditario, ya sea en virtud de una antigua costumbre, y que se habían establecido tan sólidamente como si la tierra les perteneciera en propiedad (Engels, [1845] 2009, p.46).

Tanto para Bourdieu y Sayad [1964] (2017) como para Engels [1845] (2009), las características subjetivas de los campesinos son vistas justamente en oposición a las subjetividades modernas, más que ser reconstruidas desde su propia positividad. En mi trabajo, encuentro que las estructuras sociales que están en el fondo del proceso de transformación de las subjetividades que yo abordo son otras, porque los desterrados no son los mismos campesinos aislados del feudalismo y tampoco devienen en proletarios consumados. En ese sentido, me parece importante usar los conceptos de descampesinización y acampesinización para identificar expresiones subjetivas específicas del destierro, pero no entendiendo éstos contra un concepto feudalista del campesinado sino contextualizándolos en las condiciones sociohistóricas en las que mis interlocutores desarrollaron su práctica productiva y se socializaron como campesinos y en las condiciones sociohistóricas en las que fueron desterrados. En ningún caso se trata de campesinos que antes de ser desterrados se encontraban totalmente aislados del sistema económico global, sino que estaban

incorporados al mismo de maneras económica y políticamente desiguales. Para entender esto vale la pena revisar en términos generales las transformaciones históricas del modelo productivo en Colombia, que han condicionado las diversas maneras existentes de ser campesino a lo largo de la historia republicana del país.

El modelo agrario en Colombia tiene en su configuración actual una serie de aspectos de larga duración que vienen desde la época colonial, y también ciertas especificidades que le han traído las transformaciones políticas y económicas que se vienen gestando en el mundo desde finales de los años 70 y en Colombia se concretaron desde los años 90 con la apertura económica y sus efectos en el campo.

Un momento importante en la estructuración del sistema agrario de este país posterior a la época colonial, se da durante las reformas liberales de mediados de siglo XIX, cuando se instituyen medidas como la liberalización de la mano de obra esclavizada, la desamortización de tierras eclesiásticas, la erradicación de los resguardos coloniales indígenas y la concesión de tierras a inversionistas extranjeros, por medio de las cuales el Estado republicano en formación buscaba obtener sus fuentes de financiación. Durante esta época el espacio social agrario estaba dominado por las grandes haciendas de los terratenientes locales, en donde funcionaban parte de las explotaciones agrícolas, y las minerales y forestales operadas por capitales imperialistas, aunque éstos no eran la única fuente de abastecimiento del mercado local, sino que en ello también tenían una parte importante las producciones de los pequeños y medianos propietarios (Fajardo, 2018).

Así, los principales sujetos que conformaban el sistema social del campo eran los campesinos propietarios autosuficientes y ligados al mercado local, más los siervos y terratenientes que estaban dentro de la hacienda, en función de la producción de mercancías agrícolas para la exportación. El extractivismo petrolero, operado en las tierras cedidas por el Estado a los inversionistas extranjeros, también era una importante fuente de recursos para las clases dominantes y el Estado (Fajardo, 2018).

En el periodo de bonanza cafetera que ocurrió en el país durante la Primera Guerra Mundial muchos campesinos jornaleros y arrendatarios se vieron forzados a migrar a la ciudad por el crecimiento de la economía industrial que estaba teniendo lugar empujado por la importación de bienes de capital y controlado por los monopolios de exportación ligados al imperialismo estadounidense. Quienes se mantuvieron en el campo, por ejemplo, los campesinos arrendatarios

de Cundinamarca y Tolima “reducían la oferta de alimentos, para dedicarse al cultivo de café” (Albán, 2011, p. 336).

El periodo de La Violencia (1948-1958) supuso una reacción terrateniente a las luchas campesinas de los años 20 por los terrenos baldíos que les habían sido usurpados a los campesinos y la frágil institucionalidad que se había creado en pro de generar mayor productividad capitalista en el campo para insertarse en el sistema mundial, en el momento de auge de los precios del café. Con esta brutal reacción, se produjo una migración masiva de campesinos hacia los bordes de las principales ciudades, pero también una colonización de nuevos espacios como la Serranía La Macarena, La Orinoquía, Amazonas, Urabá y Magdalena Medio. Con esto, el modelo agrario de país profundizó sus aspectos más atrasados, como el gran poder económico y político de los terratenientes, la subutilización del suelo en favor de la ganadería, y la introducción de innovaciones tecnológicas modernas en el marco de relaciones sociales premodernas (Fajardo, 2018).

Desde la Segunda Guerra Mundial, la configuración socioeconómica del campo colombiano estuvo marcada por un “dualismo estructural” en el que coexistían la agricultura comercial fortalecida y en ascenso y la agricultura tradicional que se mantenía pese a las dificultades derivadas de la exclusión política y social al campesinado su reproducción y fortalecimiento (Alván, 2011, p. 347).

Durante el Frente Nacional (1958-1974) se instituyeron en el país políticas de reformismo agrario basadas en los lineamientos de la Alianza para el Progreso, doctrina que contaba con un doble propósito de desarrollo económico y contrainsurgencia política (Fajardo, 2018). Posteriormente, los terratenientes, los sectores más reaccionarios de la sociedad colombiana, se volcaron a revertir los progresos logrados mediante las políticas reformistas y su radicalización práctica efectuada por las luchas del campesinado organizado políticamente. El momento que marca esta reacción es el Pacto de Chicoral (1972), que signa un proceso en curso de contrarreforma agraria que derivó en la clausura de toda posibilidad de redistribución de la tierra dirigida por el Estado al interior de la frontera agrícola, y restringió el reconocimiento a las tierras de colonización. Según el profesor Darío Fajardo, las consecuencias de esto fueron que:

La ampliación de la frontera agraria tomó impulso a partir de la década de 1970, proceso asociado posiblemente al ‘Pacto de Chicoral’ y al receso de la reforma agraria: en 1960

cubría 27.2 millones de hectáreas, las cuales ascendieron a 30.9 millones en 1970 y de allí se catapultó a 113.0 millones en el Censo Agropecuario de 2014 (Fajardo, 2018, p. 88).

Desde los años 90, los lineamientos que rigen la política nacional agraria se han enfocado más en disminuir en apariencia la intervención estatal en la dinámica económica del agro y en profundizar la contrarreforma y consolidación de las relaciones sociales atrasadas del país. De hecho, el Estado sí intervino en función de favorecer las iniciativas de inversión de los grandes capitales nacionales e internacionales en los procesos productivos del campo colombiano. Merced a estas intervenciones, se ha ido configurando una estructura agraria basada en la producción de mercancías agrícolas y materias primas para biocombustibles para la exportación, y la sustitución del autoabastecimiento de productos alimenticios por la introducción de bienes importados, mediante la destrucción de las economías campesinas (Fajardo, 2018).

Las consecuencias de este modelo se han mostrado en una reducción significativa de las áreas sembradas entre finales de la década de los años 80s y de la década de los 90s: durante este lapso los cultivos transitorios “pasaron de 2,3 a 2,0 millones de hectáreas, con aumentos consecuentes en las tasas de desempleo en el sector –se perdieron cerca de 300 mil empleos” (Fajardo, 2018, p. 107). La tendencia observada por los análisis del Departamento Administrativo Nacional de Estadística -DANE- afirma que las explotaciones de mayor tamaño dedican menos espacio a la producción de alimentos, la cual tiene un mayor espacio de asignación en las explotaciones más pequeñas. Esta situación facilitó la proliferación de importaciones de alimentos provenientes de países imperialistas y en un amplio desempleo en el sector agrícola (Fajardo, 2018).

Entre 1990 y 1997 desaparecieron los cultivos de más de 700 mil hectáreas: en 1990 se sembraron 2,5 millones de hectáreas de cultivos semestrales y 1,2 millones en permanentes, en tanto que en 1997 las siembras fueron de 1,6 millones de hectáreas en semestrales y 1,4 en permanentes. En estos últimos, los incrementos anuales más importantes fueron los de las frutas (8,5%), palma africana (6,9%), caña de azúcar (5,5%) y banano (3,7%) (Fajardo, 2018, p. 112).

El papel del narcotráfico y de los aparatos armados privados es central en esta situación porque la mafia ha acudido a los mercados de tierras para lavar el dinero proveniente de sus negocios ilícitos. La guerra civil de baja intensidad es el mecanismo particular en el que en nuestro país se ha instituido el régimen de acumulación dominante, que también registra patrones similares en otros países oprimidos por el imperialismo (Fajardo, 2018).

Así pues, como constantes estructurales en el sistema agrario del país se han mantenido factores como la sobreutilización para la ganadería y subutilización para actividades agrícolas que sí respondan a la vocación de la tierra, son dos factores correlativos que han mantenido constantes en los patrones de uso de la tierra en el país desde la época colonial. También el latifundio, al frente del cual se erige una clase social terrateniente detentadora de un gran poder político y económico.

Los campesinos pobres y medianos, por su parte, han sido una fuerza que ha luchado de diversas maneras por sus intereses, tanto dentro como fuera del Estado. Hasta finales de los años 80 lograron mantenerse como un actor que participaba de manera importante en el mercado nacional, pese al monopolio comercial de los terratenientes y el imperialismo, pero con las reformas de los años 90, la tendencia ha sido a promover la descampesinización y la importación masiva de productos provenientes de otros países del centro para el abastecimiento nacional de alimentos.

Estas características y transformaciones del modelo agrario en Colombia son un marco en el que puedo ubicar los procesos de destierro de las personas entrevistadas para mi trabajo. Entre ellas hay quienes vivieron su socialización campesina en el periodo de La Violencia, en donde lograron por un tiempo mantener su vida bajo economías de subsistencia, pero la vida campesina de buena parte de ellos se ubican en el proceso histórico que ha venido teniendo lugar en los últimos 40 años, marcados por un trabajo sistemático de parte de las clases dominantes nacionales e internacionales para dismantelar las economías campesinas de subsistencia e imponer los monopolios comerciales en el mercado nacional. En términos generales, antes de ser desterrados, ellos y ellas fungían como campesinos arrendatarios que transitaban entre diversos lugares de Antioquia y el país como cultivadores temporales o proletarios agrícolas y propietarios que proporcionaban al mercado diversos productos además de mantener sus cultivos de pancoger. Ahora, si esto se puede decir sobre el papel de las economías campesinas en el sistema económico del país, ¿qué se puede decir sobre el destierro?

2. Mi subjetividad en el proceso de investigación

Por el estilo de mi educación política, estoy enseñado a hacer balances después de las actividades colectivas en las que participo conscientemente. Planeamos una actividad, una charla, un convite, etc., y después nos reunimos a hablar sobre las impresiones que esta vivencia produjo en nosotros, exaltamos los aspectos positivos del ejercicio y señalamos y analizamos aquello que creemos que no salió bien. Quiero hacer en este capítulo una reflexión sobre mi experiencia en la producción de la información necesaria para este trabajo. Considero que puedo sacar más lecciones epistemológicas y políticas de mi trabajo si lo observo a la luz de un esfuerzo de reflexividad.

Un principio distintivo de las investigaciones que emplean técnicas cualitativas es que en ellas se concibe a la subjetividad misma del investigador como un instrumento crucial en el proceso de recolección e interpretación de los datos. La materia prima para la investigación se produce en el encuentro entre sujeto investigador y el objeto investigado, y por lo mismo el objeto representado, las descripciones, apreciaciones, análisis que se hagan sobre el mismo, tienen la marca indeleble de la subjetividad del investigador (Martins, 2006).

Si nadie tiene frente a sí el objeto “en sí y para sí” sino mediado por las propias determinaciones de su subjetividad cognoscente, es valioso el esfuerzo del investigador por aperebirse de las consecuencias epistemológicas que tiene su posición en el mundo para la producción científica. Desde los años 80 se está hablando en antropología y sociología de la “reflexividad”, un concepto usado para referirse a “la conciencia del investigador sobre su persona y sus condicionamientos sociales y políticos”, incluyendo también dentro de tales condicionamientos la posición del que investiga dentro del campo académico y los efectos que tiene sobre el conocer la manera de conocer misma empleada por el investigador (Guber, 2011, pp. 45-46). Y en el marco de los postulados de lo que Bourdieu llama sociología reflexiva es que se encuentra su invitación a practicar la “objetivación participante”, que no es otra cosa que observar al observador observando (Bourdieu, [1992] 2005).

Esta propuesta puede interpretarse como un culto al ego en el que el observador abandona el trabajo de relacionamiento con el Otro, asumiendo que ese Otro no se puede conocer, y en consecuencia, se repliega en sí mismo. De hecho, en esto consistió el trabajo de los antropólogos estadounidenses asociados a la corriente del “giro textual”: a un “textualismo radical” (Vera Lugo y Jaramillo, 2007, p. 250) que solo revelaba la impotencia política, la renuncia o la simple ausencia

total de interés de los académicos en comprometerse con los pueblos que estudiaban. Esta tendencia no solo se refleja en ciertas corrientes de la antropología, antes bien, se enmarcan en toda la corriente intelectual posmoderna que se propone cuestionar radicalmente los meta-relatos de la modernidad: de este movimiento que tiene sus orígenes en la academia francesa, el textualismo ególatra de los antropólogos del giro textual es solo una manifestación más (Reynoso, 2003). Es un hábito general de esta tendencia, como subraya Florez (2004) el deseo de cuestionar muchos presupuestos, conceptos y acciones de la teoría clásica, pero sin dejar de lado el academicismo y por eso recae en muchos de sus problemas, por ejemplo, el del método deductivo que usa la realidad estudiada para confirmar una serie de presuposiciones incuestionadas sobre las características fundamentales de la época actual que atraviesa el mundo (heterogeneidad radical, liquidez de las identidades, ausencia de un sujeto revolucionario), o sobre el mundo social en sí (omnipresencia del poder, carácter discursivo de la realidad, el “hombre” como invención), establecidos por los pensadores posmodernos.

Sin embargo, entiendo la objetivación participante y la reflexividad en general como una crítica justamente a las desviaciones intelectualistas de la crítica al positivismo, en la cual se exige del investigador una vigilancia sobre su trabajo para controlar y tomar una posición en torno a todas las pulsiones sociales que se cuelan, necesariamente, en el mismo.

Valga aclarar también que no deja de existir el peligro de que la conciencia sobre la propia posición social y sus efectos cognoscitivos y políticos puedan llevar a una posición solipsista, en la que cada grupo o individuo encarna a través de su cuerpo una subjetividad social concreta que está separada de otras por un abismo epistémico infranqueable.

Federico Engels ([1845] 2009) 2009), cuya investigación titulada *La Situación de la Clase Obrera en Inglaterra* estudié para mi marco teórico, es un gran ejemplo de cómo la superación de las limitaciones que crea la distancia social para el conocimiento del Otro tiene mucho que ver con la posición política que uno tenga con respecto a ese Otro. Engels, el hijo de una familia burguesa que prosperaba en la industria textil, produce uno de los documentos más importantes, desde el punto de vista académico y político, para comprender las consecuencias sociales del capitalismo, haciendo en el acto una denuncia punzante de la miseria sufrida por la clase obrera en Inglaterra (compuesta por hombres, mujeres, niños e inmigrantes desposeídos). Él se propuso “hacer justicia a una clase oprimida y calumniada” de la cual no era parte, y su posición social no impidió que lograra sus objetivos, dado su compromiso político; de hecho, todo el libro se puede entender como

una crítica revolucionaria de su clase de origen, es decir, de la sociedad dirigida por su clase (Engels, [1845] 2009 p.3). Entiendo que los postulados de la reflexividad convergen en muy poco con la praxis del joven Engels, pero considero que ésta constituye un buen ejemplo, no academicista, de esfuerzos por romper con el objetivismo y el neutralismo burgués.

2.1.Las fronteras entre mi vida académica y mi vida política

Llegué a Granizal en abril de 2020, después de haberse declarado por el gobierno una cuarentena obligatoria ante la llegada al país de la pandemia de la Covid-19. En este contexto, junto con un grupo de amigos entre estudiantes y profesionales, muchos de ellos formados políticamente en el movimiento estudiantil, habíamos decidido formar la Red de Apoyo Popular [R.A.P], un colectivo reunido en torno a los principios de organización, solidaridad y lucha, que nació como una forma de darle un nombre y una identidad a las acciones de apoyo popular que ya habíamos comenzado a hacer regularmente desde el inicio de la cuarentena en marzo en varios barrios populares del área metropolitana.

La razón para participar de estas acciones estaba en que nos inquietaba la suerte de las masas populares de la ciudad, en un país donde cerca de la mitad de la clase trabajadora está en la informalidad, y por lo cual su supervivencia depende fuertemente de la posibilidad de vender diversas clases de mercancías de consumo, o la posibilidad de pedir a otras personas insumos para vivir, generalmente en espacios públicos con alto flujo peatonal. Nos indignaban las noticias que veíamos de la fuerte represión policial que se aplicó sobre estas masas, mediante violencia física y comparendos, tanto más cuanto que al ir a los barrios constatábamos que desde el Estado no se estaba garantizando que estas personas no tuvieran que sentirse en la obligación de salir a la calle a buscar recursos si no querían morir de hambre. El símbolo de los trapos rojos, que comenzó a implementarse en los barrios populares de Bogotá y se extendió por todo el país, es una gran muestra de esta situación de precariedad e indignación generalizada que se agudizó en los hogares pobres de Colombia por cuenta de la pandemia, de su gestión por el Estado y la crisis económico-social que se entremezcló y se agudizó con la crisis sanitaria.

Granizal fue uno de los lugares a los que llegamos, y en uno de los cuales encontramos más arraigo por la amistad que tejimos poco a poco con varios de sus pobladores, especialmente mujeres mayores, que acogieron nuestros deseos de solidarizarnos y luchar con ellas.

Desde entonces, durante aproximadamente un año realizamos diferentes actividades en donde el propósito era unir a la comunidad en función de la lucha por sus intereses y deseos. Por ejemplo, recolección de recursos para aportar en la resolución de apuros materiales, en donde además de solicitar una contribución entre los vecinos, se conversaba con ellos y se les entregaba por medio de volantes una reflexión política sobre la importancia de la comunidad en la lucha social. O también, espacios sobre la situación de las mujeres populares y las causas estructurales de la misma.

En medio de este activismo aprendí la importancia de luchar por la comunidad. Reflexionando sobre el trabajo barrial de la R.A.P entiendo que estábamos, en la práctica, luchando por la comunidad, haciendo un activismo comunitario. Percibíamos que nuestro papel en la lucha de la gente de los sectores populares por una vida digna era activar y fortalecer al sujeto colectivo de esa lucha, desplegar un activismo proyectado para crear comunidad.

El término “comunidad” es muy común, y tanto en contextos institucionales como informales es evocado de forma esencialista, queriendo proyectar a un grupo humano homogéneo en su interior, y que permanece inalterado en el tiempo, o queriendo hacer pasar a los líderes de una organización social como “la comunidad” misma, pero yo pienso que “comunidad” no habla de una realidad dada sino de un proceso activo de construcción, que es como el fuego que hay que mantener soplando para que no se apague. Es muy fácil que, en medio de un contexto de precariedad material, inseguridad y terror como pasa en Granizal y en tantos otros barrios y sectores de las principales ciudades del país y del campo, las personas sospechen de sus vecinos, familiares, e incluso se hagan daño entre sí. Los hábitos individualistas que en otros sectores sociales se derivan de otras circunstancias materiales, aquí, en los territorios habitados por la clase trabajadora y poblaciones marginalizadas, se mantienen y se reproducen por medio de la violencia estructural y física del Estado y los actores armados. Dada esta realidad, está a la orden del día la necesidad de actuar para que el fuego de la comunidad se encienda y no se apague, y que en la lucha por la dignidad se genere un sujeto colectivo que rompa con los modos hegemónicos de subjetividad.

Además, la manera naturalizada de evocar “la comunidad” oculta que hay tensiones al interior de su construcción, que hay gente que no se considera adentro de la misma, o que hay varias comunidades dentro de “la comunidad”. Políticamente hablando, hablar así puede ser tácticamente funcional para tener reconocimiento como actor e interlocutor en una lucha. Este esencialismo, más que estratégico, debe ser táctico, en el caso de los propios miembros de la

comunidad evocada. Pero, en el caso de los actores institucionales, como las universidades, ONGs, empresas y el Estado, siempre es sospechoso cuando alardean de sus intervenciones en comunidades ya que en realidad se trata de líderes de organizaciones sociales que saben hablar en el lenguaje estereotipado de la institucionalidad, aquellas personas del barrio que saben “hablar en conceptos para esconderse” como dice Molano (2009), o para gestionar recursos.

Ahora, estos aprendizajes y pensamientos emergieron ligados directamente a mi participación dentro del activismo comunitario de la RAP, pero, situados dentro del contexto de este trabajo ¿cuál es su valor? En otras palabras, ¿los escenarios de lucha social pueden ser espacios para la producción de conocimiento académico?

Pienso que algo que nunca pude resolver en mi trayectoria como militante del movimiento estudiantil y social, y como profesional en formación, es la forma de articular la academia con la lucha, es cómo no sentir que hay ese abismo entre el mundo riguroso, pero también rígido, de la academia, y el apasionante mundo de la lucha social.

Cuando llegué a Granizal con la RAP, mi mente estaba concentrada en las acciones que llevábamos a cabo: conocer las condiciones de vida de las personas, su situación, buscar formas de solidaridad efectivas, estrategias de acción para visibilizar sus problemáticas, etc. Y a la hora de hacer balances para aprender de lo que habíamos hecho, la reflexión era colectiva, y los conceptos, análisis, inquietudes, surgían en medio de una práctica orientada por el deseo de servirle al pueblo, que se concretaba en lo que yo llamo activismo comunitario. En el caso del trabajo de grado que aquí presento, la reflexión era individual, en un diálogo personal con la gente y con los autores que leí para interpretar esta realidad.

Comparando el trabajo del activismo comunitario con mi trabajo de campo posterior, pienso que descubrí la tensión entre participación y observación. La antropóloga Alpa Shah (2017), que ha reflexionado sobre estas mismas cuestiones a partir de su trabajo con pueblos étnicos y campesinos de la India, se refiere esta tensión como uno de los riesgos inherentes al esfuerzo de nadar como pez en el agua en la vida de los otros, esto es, el trabajo de la observación participante.

La mayoría de nosotros, la mayor parte del tiempo, estamos observando y no participando. Es la participación, en particular, la que tiene el potencial para revelar nuevos elementos (...) Pero una vez devenimos verdaderos participantes, esto hace que coloquemos todas

nuestras apuestas en el terreno y esto potencialmente nos aliena de las personas cercanas y de observarlas (2017, p. 54, mi traducción).

El problema que se señala es: ¿estar ahí en función de qué? Siempre que se abre la puerta del activismo, uno accede a una complicidad con el otro que es muy valiosa para la lucha, pero al mismo tiempo puede que el estar subsumidos en esta complicidad se me cierren otras puertas a aquello que es valioso desde el punto de vista del conocimiento científico de lo social, y esto no me permita ver otros actores que no son accesibles si uno está marcado por la identidad del “activista”, o no permita observar de manera crítica a mis propios compas y la gente con la que lucho.

Las luchas sociales son un gran laboratorio para las ciencias sociales, donde se manifiestan muchos fenómenos sociales de una manera que permite transparentar los movimientos de los actores, y los intereses que son el motor de esos movimientos. Entonces, el dilema es estar adentro de esas luchas, siendo una hormiga en el trabajo por un mundo más justo o estar afuera observando y contribuyendo a la construcción de una interpretación científica de esas luchas y sus contextos sociales, sin que los conceptos y tesis elaborados en por esta construcción tengan un impacto directo sobre esas luchas, porque es verdad que es imposible cambiar el mundo desde un escritorio.

Esta dicotomía se refleja de otra manera dentro del mismo trabajo de grado, por ejemplo, en la forma en la que yo presento mis resultados, por un lado, mientras por el otro, aisladamente, reflexiono sobre mi experiencia política en el terreno. En la diferencia entre el momento de comenzar a recolectar la información de mi trabajo y el momento de acceso a Granizal por medio del trabajo con la R.A.P. Y también en la diferencia, cuya necesidad ha sido políticamente muy discutida entre los antropólogos, entre el momento de estar ahí y el de escribir (Geertz, 1989; Vasco, 1999).

Ambos polos de la divergencia los separa en el fondo el deseo que los impulsa. En mi caso, es la lucha entre el deseo, por un lado, de servirle al pueblo, tejiendo comunidad en un sector popular de la periferia, y por otro, saber poner en práctica las herramientas epistemológicas que he recibido y forjado en mi formación profesional.

Ahora bien, una contradicción no tiene que ser algo simplemente negativo. Hay un aspecto, no sé si positivo, pero sí productivo, de esa polaridad que habito para el cual encontré una forma de expresarlo leyendo a Bourdieu. En su seminario sobre *La práctica de la sociología reflexiva*,

transcrito y publicado dentro un famoso texto en 1992, *Una Invitación a la Sociología Reflexiva*, el autor muestra a Aaron Cicourel, un sociólogo que ha escrito sobre los “delincuentes” de los barrios bajos de Los Ángeles habiendo pasado mucho tiempo de su juventud junto a ellos, como un modelo de:

gente que combina un dominio avanzado de la cultura científica y cierta rebeldía contra, o distancia de, esa cultura (por lo general, arraigada en una experiencia extrañada del universo académico), que los empuja a no ‘comprarla’ a su precio de expendio o, simplemente, a una forma de resistencia contra la representación aséptica y desrealizada del mundo social que ofrece el discurso dominante en sociología (Bourdieu [1992] 2005, p. 305).

Esta experiencia pre-académica con la intimidad del mundo que uno quiere estudiar luego desde la academia es lo que el autor llama el *double bind*, una posición en la que el académico habita el mundo estudiado, antes de pasarlo por el lente de las categorías institucionalizadas académicamente. Pienso que esto es una forma productiva de ver la doble militancia como activista y académico, porque efectivamente, como argumenta el autor citado, se puede lograr tener un punto de vista crítico de la doxa académica cuando uno combina un conocimiento de las categorías académicas con rebeldía y distancia de esa cultura. Si uno en su vida solo está dentro de la doxa, nunca va a poder entender las realidades que representa ni cuestionar las categorías que se usan para representarla desde un punto de vista no academicista. Ahora, de todas formas, quedan abiertas muchas preguntas: ¿Para quién es el beneficio de una representación científica más sana, menos afectada por las trampas del “sentido común académico” construida desde el doble vínculo?; ¿Para qué oxigenar con mi experiencia política los discursos académicos sobre el desplazamiento forzado, la marginalidad, la pobreza?; ¿Quién recibe los beneficios del esfuerzo por unas representaciones más sensibles del otro, que siguen navegando dentro de los mismos circuitos de producción y consumo de textos académicos? Siento que, a punto de graduarme, aún tengo mucho que aprender sobre la universidad, afuera de la universidad.

2.2. Mi posición en el campo académico ante mis interlocutoras

En la novela de Laura Restrepo *La Multitud Errante* (2001), la protagonista es una trabajadora social de un albergue de desterrados. Esta es su reflexión sobre uno de los personajes más cercanos a ella, un campesino desterrado en la época de La Violencia, quien mantiene buscando a su pareja, desaparecida por cuenta de la guerra:

Al igual que los demás, me ve como un punto fijo al cual se puede arrimar; como una de las vigas que sostienen el albergue que lo acoge en medio de su viaje sin final. Él viene hacia donde yo ya estoy: cómo o por qué llegué, de dónde vine, para dónde voy, es algo que no se pregunta. Da por sentada mi permanencia y yo, aun sabiéndola incierta, lo invito a que cuente con ella. Y lo hago desde el fondo de mi honestidad, porque intuyo que sigo aquí justamente para que él -él y todos los suyos -puedan llegar. Es extraño y seductor, esto de servir de puerto cuando uno se sabe embarcación (Restrepo, 2001, p. 69).

Es importante llevar la reflexividad a explorar también el espacio que se ocupa dentro del campo académico y cómo eso repercute en el trabajo. Pero con un matiz: me parece más interesante si no es una pregunta de quién soy dentro del campo académico *vis-a-vis* mis otros “colegas” y “competidores”, sino, como lo muestra esta mujer, una pregunta de qué represento yo como parte del campo académico para el otro; yo que me presento como “el estudiante”, qué lectura hace el otro de mí.

Considero que la formación académica que me ha dado la universidad proyecta más que un “profesional” a un académico investigador y que tal vez ahí está el origen de la dificultad que tenemos por lo general los estudiantes y egresados en explicarle a la gente con, para, y por la que trabajamos los antropólogos cuál es el quehacer de la antropología. Confieso que hace tiempo siento que realmente no agarro la especificidad de este campo disciplinar y que creo que ese nombre es más bien una instancia institucional que cobija una gran cantidad, muy heterogénea, de intervenciones dentro y fuera de la academia. Por esto, uno sabe que es una “embarcación”, navegando a veces sin un rumbo claro, y, sin embargo, en la situación social concreta del trabajo de campo, hay que saber moverse en la trama de representaciones intersubjetivas y entender cómo estas pueden potenciar o limitar la relación de investigación.

¿Por qué es tan difícil explicar qué hace un antropólogo y no qué es un médico o un abogado? ¿Por qué parece que la explicación de esto siempre es muy personal y no parece haber una noción compartida en el sentido común de los antropólogos sobre su práctica? ¿Es este un problema especial de los legos en la práctica de esta disciplina, problema que se irá difuminando con más tiempo de experiencia profesional? Quiero mostrar aquí mis apuros tratando de elaborar para la gente un relato sobre la utilidad de lo que hago, que es básicamente el elemento común a estas preguntas.

Marina: ¿usted pa' qué está estudiando?

Rosemberth: ciencias sociales

Marina: ¿cómo así que ciencias sociales? ¿qué, qué grado...?

Rosemberth: eso es...el...el...o sea, yo estudio... hay varias ciencias sociales, yo estudio antropología...que es... uno estudia la gente, sus condiciones de vida, lo que piensan

Marina: aahh

Rosemberth: como para uno...

Marina: ¿como censando pues?

Rosemberth: como pa' uno entender los problemas sociales y ver como qué puede resolver

Marina: ¿entonces eso es lo que usted está estudiando?

Rosemberth: todos estos problemas de desplazamiento, de las marchas, de todos esos problemas a veces que surgen (comunicación personal, Marina, 27 de julio de 2021).

Como lo veo, aquí aparece como elemento de análisis el hiato entre las representaciones de los antropólogos y académicos sobre sus prácticas y las representaciones de los sujetos con quienes ellos trabajan. Ya comenté un poco el asunto del hiato, pero también me interesa comentar cómo los sujetos encuentran maneras de conciliar sus perspectivas.

La interlocutora encuentra un recurso para interpretar lo que le decía y lo que hacía con ella en ese momento en un historial de acercamientos por parte de instituciones estatales y privadas a ella, entonces comprende mi intervención como igual a las de las instituciones encuestadoras, incluso cuando quise que mis preguntas no tuvieran ese estilo impersonal y burocrático de la encuesta. Por su parte, yo mismo, en medio de mi divagación al responder, encontré ejemplos de los “problemas” en una situación que yo había estado viviendo en esos días, por el Paro Nacional

que había comenzado desde abril de 2021. Al final, creo que el “hiato” se mantuvo, aunque el cruce de ambas perspectivas fue posible porque de alguna manera ambos encontramos formas de aceptar mi forma de justificación.

También me parece que, en este instante, mi indecisión para hablar tenía mucho que ver con lo insatisfecho que me sentía con el contenido de mis respuestas, lo cual me pasa normalmente, por lo brutal que siempre es para mí la pregunta sobre la “utilidad”, en cualquier instancia de la vida. De cualquier forma, creo que es legítimo que la gente con la que uno trabaje me pregunte para qué soy útil, ya que esto me obliga a cuestionarme algunos lugares comunes que aparecen (aunque parezca paradójico) en la lucha estudiantil y en los posicionamientos institucionales de la universidad, como un espacio que está por encima de las contradicciones sociales, y cuyas intervenciones siempre son “neutrales”. También obliga a que las ciencias sociales deben encontrar su lugar de esta manera, lo cual reta a volver a preguntar aquello que ya poco se pregunta, ¿con quién está el compromiso político del antropólogo? Es absolutamente imposible que haya consenso sobre esto, pero al menos sería interesante que haya tendencias en esta materia fueran explícitamente debatidas.

Carlos: eso ¿usted siempre es de por acá o...?

Ángela: no

Rosemberth: yo vivo eh...allá abajo en Bello

Carlos: ¿en Bello?

Rosemberth: nosotros comenzamos a subir el año pasado, un grupo, pues de personas...

Ángela: mijo esto son los de la fundación, los que venían a hacer almuerzos por ahí *Carlos:* ¡ay!...A: y a hacer cacerolazos

Carlos: ...como yo no...A: ¡no se acuerda!

Carlos: yo tengo una costumbre que yo no me fijo en una persona...A: ¡mor! [...] los que estuvieron aquí aquí haciendo sancocho

Rosemberth: un sancocho

Carlos: a mí se me olvida

Ángela: sí, pues, yo estudio en la Universidad de Antioquia y allá pues para [...] estoy haciendo un trabajo sobre todo este tema del desplazamiento, que es muy...pues es un

problema muy como muy profundo en el país (Comunicación personal, Carlos y Ángela, 7 de noviembre de 2021).

En este caso me llama la atención que para la legitimación de la práctica de la entrevista tiene mucho peso el hecho de que los interlocutores me conocían por mi trabajo con la Red de Apoyo. Esta vez nunca apareció la palabra “antropología” que quizás me hubiera puesto a patinar, y abogué por una noción más cercana a ellos, nombrando a la universidad. Lo que genera la posibilidad de menguar un poco la distancia de nuestras perspectivas interpretativas sobre la situación que estaba teniendo lugar, la entrevista, es un historial de prácticas e intervenciones que, esta vez, se relacionan con un actor muy específico y presente en este contexto que son las ONGs. Así como me esforcé por no ser un “encuestador”, el colectivo con el que trabajé hizo mucho para trascender el “asistencialismo” pero como con estos entrevistados en particular nuestra relación fue muy corta, la noción que quedó impresa en ellos de nuestro trabajo no se movió mucho de la impresión inicial, cargada de lo que habían dejado las experiencias previas.

Estas preguntas y reflexiones son importantes en materia de reflexividad porque muestran cómo el acceso al universo empírico está condicionado por las lecturas que se haga de la persona social del investigador. Lo que aprendí con esto es que el trabajo no solo recae en uno, la historia de las relaciones entre el gremio y los sujetos de sus intervenciones, incluso la intervención de otros gremios análogos (trabajadores sociales, sociólogos, psicólogos), pesa a la hora de determinar la facilidad o dificultad con la que la gente acceda a participar de una investigación. En mi caso creo que estos marcos en los cuales me inscribía, al menos en el caso de la segunda entrevista analizada, fueron muy fructíferos para darle una base a la construcción de confianza con mis interlocutores, en el caso de la primera es muy difícil saber qué tanto inhibieron.

2.3.Las formas de violencia que mi sentido común naturalizaba

Exponiendo en una conferencia en Bogotá las experiencias y rupturas políticas que lo llevaron a encontrarse con su estilo de escritura, el reputado investigador y sociólogo Alfredo Molano hace una confesión que me llamó mucho la atención:

Confieso que de entrada unos personajes me atraían más por su pasión, por la fuerza de su palabra o por la cantidad de información que me daban en la entrevista. Algunas mujeres me enamoraron por su ritmo al hablar, por su picardía o simplemente por la manera de soltarse la trenza. Y ahí comenzó una especie de seducción mutua que me llevaba a transformarme mediante la primera persona en la otra y a la vez a admitirla como parte mía [...] Una palabra marginal sobre el punto: escribo con más soltura como mujer –lo descubrí en Ana Julia—que como hombre. Lo explico: entrar en un personaje es también descubrir lo que hay de él en uno. En este caso, de ella (2009, p. 4)

Este apunte “marginal” para él, resulta clave para analizar reflexivamente esta mi producción académica. De hecho, probablemente yo también creía que esto era marginal, hasta que lo leí y me di cuenta de que, aunque de forma diferente, también me pasaba algo así. Sería injusto ignorar el hecho de que realmente solo dos de las diez personas a quienes entrevisté en profundidad no eran mujeres, y a diferencia de ellas, a quienes conocía previamente, a ellos, los dos hombres que entrevisté, solo me les acerqué en un esfuerzo por integrar a mi trabajo perspectivas de personas que no había conocido mediante el trabajo político. Además, en general, como ya lo comenté en la introducción, la mayoría de las personas que participaban en las actividades de la R.A.P. eran mujeres.

Esta presencia femenina en mi trabajo no es una casualidad en el contexto de un asentamiento informal de desplazados forzados, si se toman en cuenta las cifras de la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados [ACNUR] (2009), según la cual, el 83% de víctimas de este hecho son mujeres, niños y niñas, y aproximadamente el 43% de los hogares de familias desterradas cuentan con una jefatura femenina.

Desde el punto de vista subjetivo tampoco es una casualidad, porque especialmente durante mi infancia estuve rodeado de muchas de ellas, y mi educación política dentro del movimiento estudiantil ha estado marcada por la heroicidad, disciplina y brillantez de mis compañeras. Mi relación con las mujeres no está mediada por esa “seducción mutua” de Molano con sus personajes, pero sí más que todo por la inspiración ética, estética y política que ejercen algunos modelos femeninos sobre mí. Encontré en muchas señoras que conocí en Granizal, a personas fascinantes, con una fuerza (que yo no tengo) para luchar por la vida y por los suyos.

¿Es el destierro y/o desplazamiento forzado un fenómeno que afecta principalmente a las mujeres y por lo cual amerita darle un enfoque de género a cualquier reflexión que se haga sobre el mismo? Esta pregunta todavía ronda mi cabeza insistentemente. Se instaló en mí después de mucho tiempo de caer en cuenta de una situación que no comprendí en el momento en el que surgió. En una entrevista, la interlocutora *Bibiana* madre soltera nacida en Betulia pero que vivió en Puerto Berrío, Zaragoza, Entreríos y Amalfi, que ya tiene tres generaciones de descendencia y que trabajó durante mucho tiempo en casas de familia, me explicaba cómo habían sido las acciones de su marido las que la habían desterrado a ella:

Bibiana: desde que él se casó conmigo lo sacó del testamento, quedó pobre también, entonces nos fuimos a trabajar en fincas para... en Amalfi. Y allá me desplazó él también...mm

Rosemberth: ¿o sea usted no...? ¿pues no hay una razón así concreta pa' que usted se haya venido de Amalfi pa' acá?

Bibiana: no... la razón fue que yo...él me dijo: empaque ropita como pa' que se vaya a pasear donde la mamá, pal día de madres

Rosemberth: ¿allá en Puerto Berrío?

Bibiana: en Amalfi

Rosemberth: pues, pa' que usted se fuera pa' Puerto Berrío a visitar a su mamá

Bibiana: no. Ya mi mamá vivía aquí en Medellín...entonces yo cogí y como yo tenía tantos animales y había yuca, había plátano, había de todo, entonces yo cogí todo eso pa' traer y me cogí mis tres muchachos también, cuando sí, llegamos aquí, a mí no se me olvida, un siete de mayo...y al ocho se fue él, me dejó aquí y me dijo que dentro de ocho días venía...y vea a donde vamos...treinta y nueve...treinta y ocho años que no ha vuelto (Comunicación Personal, *Bibiana*, 3 de agosto de 2021).

Temo que cuando pregunté por una “razón concreta” estaba cargado con el sesgo arraigado en mi posición en las relaciones sociales de género, dentro de la cual la guerra siempre se ha representado a partir de unas narrativas que separan lo político de lo personal, siendo que, por ejemplo, una razón “legítima” para un destierro no puede ser el abandono del padre de tus hijos. Después lo pensé y me hizo sentido cuando ella dice que fue su marido quien la desplazó.

En otro caso, recuerdo cómo en el proceso de la entrevista, chocaban de alguna manera mis esquemas sobre cómo debía orientarse el relato que estaba pidiendo de la interlocutora *Esther* con la forma en la que ésta quería articular su narrativa. Ella narraba un intento de violación, y cuando yo creí que había terminado, enfoco el asunto hacia la relación de clase entre victimarios y víctima:

Esther: como yo era tan bonita, entonces el esposo de esa muchacha...de una pareja, a cuidar el bebé, entonces me...me... él intentó violarme, en esas ella se fue a mercar, ella se devolvió porque se le olvidó una plata, entonces ella pa' que no lo demandara me... pa' que no... ahí fue, yo he sido, la segunda vez cuando la violación de...¡yo por la violencia he sido!...

Roseberth: ¿y era una familia, digamos, que tenía...una familia acomodada?

Esther: adinerada [...] ella me pagó dos meses, ¿no ve que primero le pagaban a uno?, dos meses me pagó pa' que no divulgara eso (Comunicación personal, *Esther*, 5 de septiembre de 2021).

En realidad, no solo en este momento sino en varios, antes de la entrevista, ya mi interlocutora me estaba contando por su iniciativa los numerosos hechos de violencia machista que había sufrido y me manifestó querer hablar sobre “el tema de la mujer”. Luego durante la transcripción de la entrevista sentí que yo no supe en realidad conciliar ni abandonar el interés que develaba mi esquema de preguntas, informadas por una concepción del desplazamiento forzado sin enfoque de género, con las intenciones muy claras de mi interlocutora de hablar sobre distintos hechos de violencia de este tipo que han marcado su vida en todos los lugares a los que ha llegado en sus diversas migraciones forzadas.

Entonces aquí veo otra forma en la que mis incomprendiones sobre la significación de lo que me relataban estaban arraigadas en la perspectiva con la que estaba habituado a escuchar y abordar estos fenómenos, una perspectiva donde se naturaliza la división entre lo personal y lo político, y que por ende lleva a desconsiderar el peso de las violencias naturalizadas dentro del ámbito personal en la reproducción de una situación de guerra.

2.4. Comprender la realidad escuchando a los desterrados

Las entrevistas fueron casi que la técnica predilecta que usé para recoger y producir la información usada en este trabajo. Antes, tuve la idea de identificar y observar las prácticas de territorialización de los habitantes desplazados de la vereda, pero por las circunstancias en las que desarrollé el trabajo, especialmente por el hecho de que cualquier iniciativa que quisiera impulsar la tenía que dirigir por mí mismo y encontrando formas de llamar la atención de los demás, me fui dando cuenta de que en realidad no contaba con formación académica en las herramientas metodológicas para lograr este objetivo. Además, había llegado a tal objetivo después de hacer un estado del arte con lo que se había escrito sobre Granizal, e identificando preguntas aún sin responder para abordarlas, pero la verdad es que no me sentía, personalmente, tan comprometido con ese tema.

Las entrevistas cualitativas se ajustaban más a mis condiciones de formación y a las circunstancias sociales del trabajo de campo. Con todo, me sentía inseguro sobre los alcances epistemológicos que pudiera tener el acercarse a un hecho social a partir de los discursos. Me perseguía aquella pasajera frase de Marx, en su famoso *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, canónico texto fundacional del materialismo histórico, que dice que “no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí” ([1859] 2001, párr 2). Efectivamente, según el sociólogo francés Stéphane Baud, “los contactos originarios y “culpables”, si se permite decirlo, de la entrevista con la psicología (estadounidense) y, por lo tanto, con una forma de psicologismo, generan una fuerte sospecha de subjetivismo por parte de los sociólogos” hacia el uso de la entrevista como técnica de investigación (Baud, 1996, p. 181). Y en este caso, proveniente de mis lecturas marxistas, se había creado una suerte de prevención frente a la a-cientificidad de esta técnica.

Con el tiempo fui encontrando a través de las extensas entrevistas que hacía, formas de reorientar mis objetivos en función de otros temas que me movieran las fibras al hablar con mis interlocutores. Al comienzo, llegué con una hoja de preguntas dividida en cuatro bloques, uno sobre el lugar de origen de la persona, otro sobre el proceso de desplazamiento de ese lugar hacia Granizal, otro sobre la vida en Granizal y uno final sobre aspectos de la vida política: cómo era la percepción del Estado, actores institucionales privados y públicos, líderes locales, etc. A medida que fui probando la operatividad de este esquema dentro de la situación social de la entrevista me

fui dando cuenta de la necesidad de flexibilizar esta estructura para darle espacio a la forma en la que cada sujeto hacía el relato de sus migraciones, y a temas que estaban cautivando más mi interés como la autoidentificación social (cómo representa el sujeto su propia posición dentro de la estructura social) y anécdotas de la vida en el campo las cuales descubrí personalmente muy formativas y comprendí como teóricamente ricas en contenido sociológico .

Uno de los orígenes de mi inquietud sobre la autoidentificación tiene que ver con discusiones políticas que he leído y tenido con respecto a la estructura social del país con mis compañeros en el movimiento estudiantil. En su texto *La Revolución China y el Partido Comunista de China* de Mao Tse-tung ([1939] 2001), dirigente de la revolución china, comenta a su manera la importancia específica que tuvo para la revolución de nueva democracia la dimensión subjetiva de la clase social: “el proletariado chino, dice, por su origen, está formado en su mayoría por campesinos arruinados, tiene vínculos naturales con las grandes masas campesinas, lo cual le facilita formar una estrecha alianza con ellas” ([1939] 2001, p.336).

En el movimiento estudiantil no es hegemónico hoy en día, pero se ha mantenido así sea marginalmente, aquello que el historiador Gonzalo Sánchez establecía como la actitud característica de la subjetividad militante de las corrientes revolucionarias de la universidad en los años 60 y 70. Dentro de este contexto político

el militante tenía que probar que podía ser el mejor de su curso y darse la autoridad intelectual para responder al desafío del momento: la caracterización adecuada de la sociedad colombiana, caracterización que definía las fronteras, las estrategias y las tácticas de las distintas corrientes de la izquierda, a menudo con peleas prestadas (Sanchez, 2004, citado por Rudas, 2019, p. 102).

Entonces considero que es el deseo de interpretar el lugar político que tienen las masas desterradas de las ciudades dentro de la estructura social del país lo que llevó a que creciera en mí el interés por saber cómo se sienten, se perciben, en dónde encuentran su arraigo identitario y su inspiración de lucha. Naturalmente, que esto se hace sin pretender, a diferencia de la izquierda setentera, una autoridad intelectual; este mi ejercicio no tiene ese espíritu, no solo por sus limitaciones objetivas, y sino porque siento que su énfasis en la revisión constante de los propios presupuestos, marca de mi personalidad, socava cualquier pretensión de autoridad intelectual.

Es, pues, en el terreno de la autoidentificación de los desterrados frente a la sociedad, su mundo de vida, su percepción sobre el trabajo, las marcas de éste en la subjetividad, sobre la vida en la ciudad, sus anécdotas sobre la guerra y las migraciones, donde, a grandes rasgos, genero la materia prima para elaborar este texto.

Abordando las cosas dentro de este marco, siento que desacato lo que Baud llama el “superyo cuantitativo”, que obliga a quienes usan la entrevista como técnica de investigación social, a preocuparse por temas como la “representatividad de la muestra”, que en realidad no aplican tanto para técnicas cualitativas (1996, p. 186). Más que “modelos” o “tipos ideales” del “sujeto desplazado”, creo que las entrevistas y todo el proceso de mi interacción con las personas de las que aquí hablo me ayudan a construir “ejemplos particulares de lo posible” (Bourdieu [1992] 2005, p. 287).

Al comienzo de su libro *Desterrados, crónicas del desarraigo* Alfredo Molano recuerda cómo el relato de una anciana sobre su vida marcada por la violencia política y social de nuestro país ejerció sobre él un efecto apasionante, al punto que lo hizo romper con el estilo de los tratados de sociología. Desde ese momento, dice, “entendí que el camino para comprender no era estudiar a la gente, sino escucharla” (p. 14, 2001).

¿Qué implica escuchar? Recuerdo una vez en medio de una actividad en la que volanteábamos denunciando la manera en la que la pandemia golpeaba desigualmente a pobres y a ricos y cuál era el papel del Estado en esto, que nos topamos con una señora que había quedado encerrada en su casa, sin poder volver a su trabajo en el que le tenía que hacer comida a cientos de trabajadores de una finca en el eje cafetero. Tuvimos una larga conversación sobre estos temas y al final ella agradeció ese espacio que había tenido para hablar con alguien. Durante las entrevistas que hice para este trabajo, también notaba cómo mis interlocutores decidían los temas sobre los que se iban a explayar y los que no, aprovechando las preguntas para esto. ¿Es este ejemplo de ayudar a otros a romper con su soledad útil para entender aquello a lo que Molano apunta como el camino alternativo que deberían trazarse los científicos sociales en su inquietud por la realidad social?

No sé cuántas veces serví para la gente como una instancia deseada de recepción de atención. Siento que la frase de Molano, de todas formas, va más allá, estableciendo la escucha a la gente como un medio para la comprensión de la realidad de este país. Efectivamente, considero que es muy formativo para los estudiantes de ciencias sociales, el ejercicio de comprender la

historia del conflicto armado a partir de los relatos de la gente, porque es un enfoque en donde uno entiende cómo más allá de las disputas ideológicas, las guerras sociales y políticas son leídas por la población en los territorios con otras claves. Esto salió a la luz varias veces en las entrevistas mismas, por ejemplo, la crítica que hacía *Josefina* a la ideología de la guerrilla:

Rosemberth: ¿y entonces ellos por qué peliaban pues? [...]

Josefina: yo no sé, la verdad que esos muchachos que se meten a esos grupos, que dizque es peliando el futuro [...] ese es el dicho de ellos, que es que es un futuro y yo no le veo futuro a eso, yo no le veo futuro, es uno que se vaya pal monte a aguantar hambre y sed por allá y mojados, pa' decir que están buscando un futuro de qué, de qué, peleando qué, eso es lo yo decía "pero qué pelean esos muchachos en el monte, buscando qué" cuando se topaban por ahí con...con...el ejército con ellos, no se oía sino el candeleo, y uno decía "pero a son de qué" yo nunca les pude entender a ellos el relato del porqué, si no que dentaban y que estaban muy furiosos y "camine vamos" y se lo llevan amarrao y más adelantico lo pelaban por allá y ya, se acabó, nadie decía nada, nadie chistaba nada [...] y yo decía "qué futuro tan bobo buscan" y ellos dicen que ese es el mejor futuro, porque es que ellos al principio ellos le muestran a los muchachos como...como...dentrar a un colegio, mostralen plata, "mire allá se gana esto, allá se vive bueno, allá es esto, allá no toca tan duro, allá no vas a trabajar, y allá tiene plata diario", pero mientras se los llevan y se los llevan y allá les dicen vea "éste es tu papá y tu mamá" y cójalo, esos fusiles largotes, "este es tu papá y tu mamá y no piense más nada y pelee porque está...vinistes acá fue por un futuro" y yo "no, pero futuro de qué?" [...] ¿de qué? los sacan de los colegios, niñas y niños y se los llevan, en ese tiempo fue muchos los niños que rescató el ejército, muchachitos de diez años, niñas de once años, eso allá era una guardería, los llevaban a una parte quisque a la escuela de entrenamiento [...]

Rosemberth: ¿y no les enseñaban a leer...cosas así?

Josefina: como que no, yo digo que no les enseñan sino a cargar el...el [...] el sopo⁷...ahí no les enseñan más nada sino a saber cómo van a...a disparar sin que...perder el tiro, ese es el futuro de ellos allá, y yo me preguntaba, yo decía: "pero qué futuro" "ay señora" cuando

⁷ Entiendo que con "sopo" se refiere a fusil.

empezaban a hablar conmigo, "señora, mire ahí hay un buen futuro" y yo les decía: "¿y futuro de qué? ¿qué pelean ustedes por allá? y ¿qué buscan?, la muerte porque allá se mueren y hacen el hueco y mejor dicho, tiraron y fuera", entonces ¿qué es lo que andan buscando ellos?, la muerte (Comunicación Personal, *Josefina*, 21 de agosto de 2021).

Yo estaba acostumbrado, por mi educación política, a leer la historia de la guerra en el país enfatizando las categorías político-ideológicas: "izquierda" y "derecha", "marxismo", "marxismo-leninismo", "camilismo", "bolivarianismo", y la conversación con esta mujer me orientó hacia otra mirada, donde también se está haciendo una lectura de los relatos que los actores usan para justificar sus acciones, pero no partiendo de la teoría, o sea, de cómo se concuerdan esos discursos con los textos de las autoridades fundacionales, sino de la sensibilidad y el sentido común de la gente. Por ejemplo, aquí ella plantea una discusión muy seria sobre el concepto de futuro y la brecha en la forma en la que aparece en la teoría y la práctica del grupo del que hablaba.

Con todo, no pretendo sustituir la necesidad de la aprehensión estructural del conflicto armado, a través de las categorías de la economía política o de los grandes meta-relatos ideológicos. Simplemente reconozco aquí la importancia de acceder a la esencia de la realidad a partir de los fenómenos que no la muestran a cabalidad pero que son su única vía de acceso. La superficialidad de la conciencia y las prácticas son "la referencia primaria de la construcción del conocimiento", sin implicar esto un abandono de la perspectiva de la totalidad que no se agota en un solo trabajo de investigación (Martins, 2006, p. 13).

3. Subjetividades transformadas y transformadoras frente al destierro

En este capítulo presento los aprendizajes que obtuve por mi proceso de trabajo de campo, donde, como ya lo planteé, tuvieron mucho peso las entrevistas y, por tanto, era factible acceder al plano de los modos en que las personas comprenden los fenómenos, actúan en ellos y son transformados por los mismos. Al haber sido expulsados de sus territorios, mis interlocutores pasaron por un proceso en el que emergieron para ellos nuevos espacios de vida, objetos y relaciones que transformaron de alguna forma sus subjetividades, las cuales, a su vez, mantuvieron formas de arraigo campesinas formadas principalmente durante su socialización primaria y manifestadas posteriormente al destierro en sus formas de habitar los espacios de vida de la ciudad y sus formas de comprender sus posiciones en el mundo social.

Para construir una descripción de estas dimensiones subjetivas del destierro, las organizo dentro de cinco categorías. Primero, me centro en las manifestaciones subjetivas a la hora de comprender y actuar frente a las acciones violentas que produjeron el destierro. Luego, paso a mostrar la relación de la subjetividad con los objetos y seres de la vida campesina y cómo esta relación cambia o se mantiene con el destierro. Más adelante, hablaré de la familia, centrándome en cómo cambian los lazos entre parientes por el destierro y las variaciones en la forma en que las subjetividades establecen una comprensión propia de este proceso. Finalmente, abordo la relación entre el destierro y la percepción que tiene cada persona de sí misma como subjetividad social, primero relacionándolo con las transformaciones en el trabajo y luego presentando los múltiples criterios que cada persona tiene para definirse a sí misma.

3.1. Formas distintas de actuación de la violencia sobre los sujetos y de los sujetos actuar frente la violencia

Algo que pude identificar mientras escuchaba a las personas entrevistadas es que comprendían de formas múltiples la violencia que incidía sobre ellas al ser desterradas y que esta violencia también era encarada de formas distintas con base a la comprensión que se le da. A continuación, voy a presentar fragmentos de relatos que ilustran estas formas en que la subjetividad procesa interiormente lo que ocurre y provee a las personas de orientaciones que guían su intervención en la situación a la que fueron arrojados en el proceso de destierro.

Comienzo por dos de las personas que entrevisté, *Marina* y *Josefina*, oriundas del municipio de Ituango. Ambas actualmente viven en su casa propia, una con su nieto y otra con su madre. Por mi parte, las conocí ya que las dos se comprometieron de diversas formas en el trabajo comunitario de la Red de Apoyo Popular. Ellas viven en la misma cuadra y pese a que no se conocen mucho, al escuchar sus historias hallé similitudes que menciono en función de ilustrar la cuestión de cómo las subjetividades tramitan la violencia en el proceso de destierro. Fue la escucha y la lectura de estos relatos convergentes la que me llevó a pensar que valía la pena entender algo que vi de distintas maneras en el resto de que recogí en mis conversaciones, esto es, los múltiples niveles de la coacción que es experimentada por los sujetos desterrados, y distintos niveles de acción frente al destierro.

Marina y *Josefina* sufrieron un primer destierro similar en cuanto a que ambas estaban entre la preadolescencia y la adolescencia en el momento en el que se produjeron los hechos y a que, con esa condición de edad, sus destinos estaban amarrados a lo que ocurriera con el grupo familiar en el seno del cual se socializaron como campesinas (socialización marcada por las prácticas de trabajo de la tierra junto con sus hermanos, hermanas y bajo el mando de sus padres, y una viva interacción con otros seres vivos en el proceso de trabajo). Sus historias comparten, además, el hecho de que la necesidad de irse de sus territorios se da por la intrusión repentina de un actor armado en sus veredas: en los años 80 en el caso de *Marina* y en los años 70 en el caso de *Josefina*.

El relato de *Marina* refiere que los detonantes de su primer destierro comienzan con la muerte del padre de una familia de ocho hijos, las dificultades en continuar sustentándolos materialmente y el consecuente padecimiento de hambre:

[...] mi mamá salió por allá por la violencia y porque aguantaba mucha hambre, mucha hambre, mucha hambre, mi mamá quedó sola con ocho pelados y una vida muy verraca⁸ [...] porque es que la guerrilla dicen que tienen que salir es porque tienen que salir... niños, lo que sea, tiene que estar saliendo uno de ahí. Eso sí es la veraquera, mijo [...] Toda la vereda está desplazada, toda la vereda, toda. Toda la vereda. Nosotros somos de una vereda de Ituango (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

⁸ Cuando dice verraca se refiere a que es una vida muy dura y difícil; cuando dice veraquera atribuye el mismo carácter a una situación.

En este caso, la familia y la situación material son dos terrenos de incidencia concreta de la violencia armada y al ser tocados estos terrenos que son núcleos existenciales para los sujetos del relato, la consecuencia es el destierro. En el caso de *Josefina*, ella en su narración pinta un cuadro en donde es más claro no solo el papel de la familia como un lugar concreto de incidencia de la violencia desterradora sino también los niveles de agencia con el que las víctimas se mueven a lo largo del proceso de destierro: en este cuadro tiene un lugar central la dirección del destino de quienes están participando de una situación, dirección delegada especialmente uno de ellos, el padre de la familia:

[...] en ese tiempo ya se estaba metiendo lo que era la otra gente⁹, que le hacía daño a la misma gente, entonces ya mi papá se salió de por allá pa' evitar de pronto que los hijos se le metieran por allá pal monte, que las hijas se agarraran detrás de un muchacho de esos por ahí...(Comunicación personal, *Josefina*, 21 de agosto de 2021).

Pienso que en este último relato, más que un sujeto que responde a una abstracta e inevitable situación estructural, se retrata un acontecimiento concreto donde las causas y las determinaciones están atribuidas a dos agentes fundamentales: por un lado, de parte de quien instala la situación - “esa gente”- un sujeto ciertamente armado y que aparece descaracterizado políticamente, pero cuya identidad esencial desde el punto de vista de la subjetividad de quien relata estaría en la perpetración del mal “a la misma gente” (¿a los suyos?); y, por otro lado, de parte del padre que una vez se encuentra en este escenario, actúa tomando las riendas de la historia.

La atribución de agencia a los actores protagonistas del relato que narra un momento en el proceso de destierro está también presente en otros momentos de lo conversé con *Marina*:

Rosemberth: cuando usted vino de allá, se vino con su mamá, y solo vinieron parte de la familia, ¿cierto?

Marina: sí, parte de la familia

Rosemberth: No fue como un desplazamiento así de todo el pueblo

⁹ Es un factor común que encontré en las entrevistas el que la gente se resista a nombrar de manera directa a los actores armados.

Marina: No. Simplemente la mamá, mi mamá dice que por allá había mucha violencia, que mucha guerrilla, y entonces ella se vio así como, como le digo yo, se des...prácticamente no la desplazaron, ella se desplazó sola. Pero sí mi mamá no deja de ser desplazada porque ella le tocó dejar todo por allá [...]¿sí me entiende? Y mucha gente se ve obligada porque ay que vea, que está pasando esto, tiene que salir uno con la cola entre las patas (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

Así pues, en el acercamiento a los discursos de *Marina* y *Josefina*, se encuentra uno con unos espacios o niveles donde la violencia intervino o donde sitúa su amenaza, y que forzaron en los sujetos la migración a la ciudad: la familia y el sustrato material de la existencia. Encontré, además, agentes que están coordinando sus propias acciones dependiendo del lugar de poder que posean en el marco de relaciones sociales en el que se hallen inmediatamente. Hay, entonces, varios niveles de agencia relativos al poder de los sujetos en la trama de relaciones en las que se insertan: tener este entendimiento fue importante para mí porque uno pensaría que la victimización se da en unas situaciones donde las personas son por entero objeto de los acontecimientos, pero, el caso es que, lo que develan los relatos hasta ahora analizados es que la vivencia inmediata del fenómeno del destierro no se representa como una situación en la que las víctimas fueron juguetes de circunstancias mayores, sino donde éstas intervinieron en varios niveles de agencia.

Observé una configuración similar en el discurso de mi interlocutora *Esther*, quien tiene una localización social convergente a la de las dos interlocutoras previas, en el sentido de que es una mujer, pobre y vivió su infancia en el campo y fue desterrada con su familia, pero, a la vez, diferente porque los hechos que narra ocurrieron en un contexto histórico anterior (que los estudiosos del tema del destierro han ubicado como la primera gran ola de migración forzosa), esto es, la época de La Violencia (1948-1958):

Rosemberth: ¿por qué se vinieron de allá de Salgar?

Esther: ah nos vinimos de Salgar porque...mi mamá, para trabajar mi mamá acá en Medellín por días y...y como mi papá [...] ha sido demente, de la violencia de Gaitán, [...] mi papá perdió la razón, se enloqueció, en la violencia de Gaitán [...] entonces mi papá era liberal y mi mamá conservadora [...] los mandaron al monte los liberales, todo conservador que veían le mochaban la cabeza, entonces mi papá ver rodar las cabezas sacando la lengua y

todo entonces ya mi papá perdió ahí (Comunicación personal, *Esther*, 5 de septiembre de 2021).

En lo que cuenta *Esther*, la violencia dejó una afección psíquica en un campesino y, con el tiempo, esa condición junto con la situación de pobreza, fueron haciendo insostenible la vida en el campo, forzando así el destierro; es decir que, desde esta lectura, la situación violenta se constituye en el sometimiento de la persona al asedio de los actores armados, y a los efectos subjetivos de terror producidos por el ambiente de violencia. Sin embargo, en la explicación que ella provee a los hechos por medio del relato, en su caracterización de los niveles o instancias de intervención, es como si la decisión de migrar fuera percibida como una medida preventiva frente a la profundización de la victimización: la decisión fue tomada posteriormente al desencadenamiento de una sucesión de violencias que se retrotraen a varios momentos de acción armada en el territorio, pero en un punto donde ya se percibe como inviable continuar siendo parte del proceso de la violencia. Dicho de otra manera, la cadena de violencias ya fue desatada y los sujetos, habiéndose encontrado ya empujados a unas circunstancias por fuera de su voluntad, responden decidiendo el momento preciso de ese despliegue donde ya se hace necesario migrar, o imposible no migrar.

Hasta ahora, la comprensión de los propios sujetos sobre los hechos, me ayuda a identificar distintos niveles de intervención de los sujetos implicados en el destierro como un proceso (y no solo una acción) violento, como la familia, la vida material y la salud mental. El carácter violento de lo que determinó estas migraciones no siempre se materializa en una acción directa sobre personas sino también en un proceso de diferentes momentos que crea una atmósfera de violencia a la que las diversas instancias de la formación subjetiva se exponen diferenciadamente. A su vez, la subjetividad responde de distintas maneras a estos procesos de violencia generando en las personas interpretaciones y motivaciones, que son antepuestas a los hechos, independientemente de su concordancia con las fuerzas estructurales que los movilicen. La agencia opera justamente en este proceso de lectura propia de la realidad vivida, valiéndose de los contenidos y orientaciones prácticas aportados por la subjetividad formada a lo largo de una vida en el espacio de vida campesino.

Cuando *Josefina* desarrolla más su narración sobre su proceso de destierro ilustra esta cuestión de la elaboración subjetiva de las motivaciones:

Rosemberth: entonces usted primero, digamos, se vino de allá de Ituango, ¿cierto?

Josefina: mju, sí

Rosemberth: con toda la familia, y allá no hubo como una acción directa pues, de ahí, de ellos contra ustedes sino que su papá simplemente...

Josefina: ...no, mi papá reaccionó así propiamente porque como eran tantos, éramos tantos, él dijo: "yo no voy a dejar de que esta gente vengan de pronto a sacarme a mis hijos de la casa" [...] era pa' protegernos a nosotros (Comunicación personal, *Josefina*, 21 de agosto de 2021).

En este caso como en otros, la migración forzada es a la vez una acción de prevención frente a la posibilidad de que la violencia en potencia se materialice, y una acción de respuesta a una violencia que, si bien no se ha materializado en la forma de un derramamiento de sangre, o del reclutamiento forzado, ya su potencia, por sí misma, deja efectos tan materiales como el destierro.

Ahora, el destierro mantiene un carácter de coacción y violencia porque si bien quienes son sus víctimas hacen parte de la situación bajo sus propios motivos, la fuerza actúa arrojando a las personas a espacios de acción que implican incluso la anulación de aquello que les da el sustrato de su identidad social, en este caso, el territorio agrario como sustrato de la subjetividad campesina. Hay agencia, pero una agencia que interviene sobre un escenario de posibles decisiones radicalmente destructoras, algunas de cuyas variables, sin embargo, todavía intentan ser controladas por quienes se asumen como agentes.

En otros momentos de su relato, *Josefina* articula de nuevo a su manera una relación entre agencia, estructura y violencia al momento de contar lo ocurrido unos treinta años después de vivir su primer destierro. Ya no era una joven de 16 años bajo la dirección de su padre, sino que era una madre que, como muchas campesinas andinas, fue a vivir y trabajar en la Sierra Nevada de Santa Marta, en plena bonanza marimbera:

Josefina: yo sí me aburrí allá porque a mí me habían secuestrado la niña [...] allá ya el esposo lo habían matado, el hijo también, ah entonces yo dije: "yo no me quedo más por aquí en la sierra, yo me voy"

Rosemberth: ¿y por qué los mataron? ¿usted sabe?

Josefina: por...yo no sé, ¡los mataron!, les cayó en alegría, sería, y entonces ya yo quedé sola, apenas con [su nieto], entonces ya cada uno fue cogiendo su obligación y se fue, ya quedé más sola yo todavía, “ah no quiero más, me voy”, ¡también salí de por allá!, yo no me quise quedar más tiempo y por aquí gracias a Dios vivo tranquila no... la gente a mí no me molesta la vida para nada [...] yo dije “ah no me voy pa' mi tierra, pa' mi tierra, yo soy de por aquí, y yo me voy” (Comunicación personal, *Josefina*, 21 de agosto de 2021).

Esta mujer vivió el secuestro de su hija y el asesinato de su esposo y su hijo por parte de actores armados, hechos de los que fue una víctima directa: ahí estaría actuando una violencia física, forma explícita de la fuerza. Y, sin embargo, estos hechos no determinaron mecánicamente una migración inmediatamente posterior al acontecimiento: en la forma en la que quedó impresa su vivencia a su interior, lo que se adjudica como motivo al nuevo proceso de migración es el de la soledad y separación familiar que deteriora el arraigo sobre el territorio y, como efecto colateral, genera una reactivación, en esta subjetividad, de las ligazones que la violencia del destierro suspendió con anteriores territorios habitados. Con esto se ilustra que el papel de los hechos de victimización como circunstancias coercitivas que empujan la migración es el de ser detonador de un cambio en la situación de vida a raíz de la pérdida, y la subjetividad articula maneras de responder inscribiendo la objetividad de su situación dentro de los motivos y sentidos que encuentra en su propia interioridad.

Hay elementos de lo que yo pude percibir en mi conversación con *Josefina* que me afianzan en la lectura que propongo sobre las maneras en que se vive el destierro. Después de hacer la entrevista, consigné en mis notas de campo lo que sigue:

algo que me sorprendió mucho en esta entrevista, y es algo que no había notado antes en esta mujer, es que ella es muy elocuente, su voz es gruesa, y siempre mantiene un semblante firme, con la cabeza en alto mientras habla. Cuando uno la ve tiene una expresión facial muy seria y a veces parece hasta triste, pero al momento de uno saludarla descubre ese gran tono de voz y de vez en cuando hasta una sonrisa que moviliza todos los músculos de su cara y le dan otra expresión muy alegre (Notas de campo del día 21 de agosto de 2021).

Lo que quiero decir es que cuando pienso en agencia como intervención sobre el mundo dado, me resuenan con estos aspectos de firmeza del carácter que vi en mi interlocutora (sin decir que es el único modelo de agencia). También veo expresiones de la incidencia subjetiva en el mundo cuando habla de cómo enfrentó el secuestro de su hija, cuya imagen, a propósito, vi enmarcada en la sala de su casa:

Josefina: a ella se la llevaron secuestrada porque tenía un noviesito y el novio se metió a eso [grupos armados] también, y ella por irse detrás de él enseguida la cogieron a ella y la dejaron tres meses secuestrada y yo [...] la rescaté de por allá con la ayuda de Dios, y entonces yo por eso digo no es casualidad las cosas que le pasan a uno

Rosemberth: ¿la logró rescatar usted o ellos se la...? ¿ellos no se la entregaron?

Josefina: yo les escribí, le mandé una carta así [de larga] llenita de...yo no sé qué pondría yo en esa carta, a los tres días me la mandaron, yo les dije “yo les pongo de plazo que me la regresen dentro de tres días” a los tres días, y le pongo menos menos, más ligero me la habían mandado, a los tres días me la mandaron pa' la casa, ya ella quedó conmigo, pero fue un proceso duro que me tocó pasar con ella, pero ahí está mi pelaíta (Comunicación personal, *Josefina*, 21 de agosto de 2021).

Cuando se habla de la subjetividad y de su iniciativa para la intervención sobre el mundo (o su agencia), no se debe presuponer que el *locus* de esa iniciativa, el lugar desde donde, digamos, se da un salto sobre el mundo, es el individuo; tampoco se debe presuponer que es un sujeto colectivo. El punto es que los sujetos sociales individuales o colectivos siempre son constituidos en el proceso mismo de respuesta a una situación estructural (De la Garza, 1992), y dependiendo de las posibilidades que abra la situación en juego y la historia, la respuesta subjetiva se dará colectiva o individualmente. En algunos casos de destierro que conocí por estas entrevistas, las narraciones dan cuenta de una transformación de un sujeto colectivo a uno individual, de un doloroso proceso de destrucción de la comunidad y la transformación de esta instancia social en una disgregada en individualidades atomizadas.

Tengo un lindo recuerdo del día que llegué con mis compañeros de la RAP a Granizal, preparados para proponer y hacer distintas actividades, y nos encontramos con que en una cuadra se había iniciado un convite para pavimentar la calle y así alivianar los percances que supone para

los habitantes del lugar el hecho de tener una calle destapada y tan empinada. De vez en cuando acontecen en la vereda estas ráfagas de organización comunitaria, cuya inscripción en una larga historia de forja de sujetos colectivos en el campo se puede percibir al escuchar los relatos que hablan sobre cómo vivían como campesinos algunas de estas personas. Una de las que estaba coordinando el convite es *Ligia*, una mujer oriunda de Toledo, Antioquia, quien accedió también a conversar conmigo para este trabajo. En su narración se hace presente una forma específica de relación entre el colectivo y el individuo a lo largo de una historia de destierro:

Rosemberth: ¿y en qué momento, entonces, usted decidió salir de allá? [...]

Ligia: yo soy desplazada [...] allá había guerrilla, había paramilitares, entonces yo...la casa mía es aquí en un camino, [...] por ahí pasaban los unos, pasaban los otros [...] a nosotros nos sacaron de allá, cuando nos sacaron de allá nos mandaron para [...] Toledo o sea, para el pueblo [la cabecera municipal], que no podíamos viajar para la ciudad ni para otro pueblo ni nada, sino para allá mismo

Rosemberth: ¿quién los sacó?

Ligia: la guerrilla (Comunicación personal, *Ligia*, 5 de septiembre de 2021).

Noto que la conciencia de la direccionalidad de la acción violenta está muy clara en ella porque, de alguna manera, opone su autorreconocimiento como desplazada a mi pregunta en la que yo busco dar cuenta de una “decisión”. Es decir que, contrario a los relatos que interpreté previos a éste, en el de *Ligia* se está enfatizando la imposibilidad de agencia, y la violencia física directa como la causa de un cierre del espacio de acción de los sujetos de una situación. Esto es diciente porque se trata de un sujeto colectivo, constituido frente a la necesidad de organización para la autogestión del territorio y a la situación de desamparo estatal en lo social. Así como en otros casos se enfatiza en la familia, la posibilidad de reproducción material y de salud mental, como los terrenos amenazados o atacados por el hecho violento, en este caso el objeto intervenido fue un sujeto colectivo, el cual al ser atacado queda en un impase, del que no puede salir encontrando respuesta en su espacio comunitario y por lo cual sucumbe a su naturaleza colectiva.

En el siguiente fragmento *Ligia* narra una primera experiencia de destierro, donde los actores armados ejercen una forma directa de violencia en la que, pese a que no se consumó un destierro en el sentido de expulsión irreversible del territorio, sino un reasentamiento forzado por

parte de un actor que reclama soberanía (muy parecido a los practicados por los militares franceses en Argelia), el proceso dejó huella fracturando la colectividad, de manera que al volver al territorio de cualquier forma éste iba a ser un territorio transformado. En sus palabras, se trata de que la vida no vuelve a ser “normal”:

[...] a esos los mataron, ellos mataron diez personas [...] los paramilitares mataron esa...guerrilleros que eran del ELN, y ya nos dijeron a nosotros que podíamos volver a la casa y volvimos a la casa, y ya se volvió a tener una vida pues...no normal, no normal, porque ya entraba el uno, entraban los otros, después ya mandaban al ejército entonces ya era el ejército... (Comunicación personal, *Ligia*, 5 de septiembre de 2021).

En el segundo destierro cuenta que los actores armados buscaron incidir principalmente sobre los miembros de la Junta de Acción Comunal:

Ligia: nosotros volvimos

Rosemberth: volvió allá a la vereda, y ahí entonces qué pasó [...] que tuvo que salir...

Ligia: los de la junta, que [...] por lo que te decía ahorita, porque entonces a veces llegaban los paramilitares y ah que nos teníamos que reunir y nos llevaban para una cañada [...] o para unas partes pues muy por allá [...] y nos reunían que [...] como se iba a manejar la gente [...] bueno, muchas cosas, entonces después la guerrilla hacía lo mismo, y ahí fue donde pasó eso, entonces todos los de la junta de acción comunal nos tocó salirnos

Rosemberth: ¿sólo ustedes o también más?

Ligia: no [...] hubo más gente, pero lo más fue...pero la prioridad fue como los de la junta

Rosemberth: ¿y dejaron...todo...todo?

Ligia: todo...todo, todo (Comunicación personal, *Ligia*, 5 de septiembre de 2021).

En este segundo momento de destierro, al concentrarse la acción de los actores armados sobre el núcleo de la formación colectiva es forzoso que ocurra el efecto de atomización de la subjetividad, pues, es el único camino encontrado por un colectivo que no halló espacio de acción posible para su perduración y reproducción. La ciudad termina recibiendo a esas almas rotas, esto es, subjetividades escindidas, suprimidas de su anterior núcleo de acción colectiva.

Donny Meertens (2000) aborda este fenómeno de la ruptura de la comunidad como una consecuencia casi directa de la dinámica actual de la guerra en Colombia, donde el terror es ejercido no desde un monopolio estatal centralizado sino por grupos de poder privados y profundamente territorializados. En estas condiciones, el terror “se ejerce a través de actos ejemplarizantes, selectivos pero arbitrarios, erráticos, irregulares, inminentes pero impredecibles” y con efectos invisibles a corto plazo como la ruptura silenciosa del tejido social de una comunidad. El terror, tal como es operado en nuestro país, “afecta profundamente la acción colectiva de la población civil, porque ésta es invariablemente interpretada como una muestra de compromiso con uno de los actores armados”. El resultado es que “lo que impone es el reino de la desconfianza” (2000, p. 120). La individualización es, entonces, una consecuencia subjetiva de ciertas formas de ejercer la guerra en Colombia.

Hasta aquí, lo que me dicen los relatos es que la familia, la reproducción material de la vida, la salud mental y los lazos colectivos se constituyen en espacios de incidencia sobre los que tiene lugar la violencia desterradora; y también que existen distintas instancias y niveles de intervención de los sujetos frente a las circunstancias violentas, desde la agencia mediada por las relaciones de poder en las que se está inserto, hasta la agencia que requiere de una transformación en el modo de existir de los sujetos. Quisiera introducir otros espacios de intervención de la violencia, que encontré en medio de mis conversaciones con estas mujeres desterradas, y que previo al campo y aún durante el proceso de análisis pasaron a menudo totalmente desapercibidos para mí, pero cuya conciencia es transparente en las subjetividades que tenían estos espacios como nucleares en su constitución. El siguiente fragmento de relato es una ilustración de una de las formas en que emergió para mí el en medio de una entrevista el problema del que quiero hablar:

Rosemberth: ¿Entonces él allá, pues él allá pues se fue con otra señora, pues el otro...?

Marina: ah sí él otro se fue con otra señora

Rosemberth: y ya usted decide pues como volver ¿cómo fue eso, él se fue o él le dijo a usted que se fuera...?

Marina: no, él vivía con la vieja e... no, él vivía conmigo y cuando menos pensó resultó con ella.

Rosemberth: pues, ¿usted los pilló?

Marina: yo vi una foto en el wasá¹⁰ del celular de él. Es que ese hijuepucha era muy descarado, lo tenía hasta de pantalla debajo en el coso del celular [...] no ve que usted le puede colocar varias pantallas al celular una debajo y otra encima, que por encima tenía una pantalla, y cuando se medio se borraba la otra que uno de pronto usted se va a meter...a meter, a borrar este otro mensaje entonces usted ve la que hay por debajo ¿cierto que sí? y ese día lo descubrí y ahí está con ella, en este momento

Rosemberth: ¿o sea que ya él vive con ella?

Marina: Sí hace cuatro años vive con ese animal

Rosemberth: ¿y usted decidió venirse pa' acá?

Marina: ¿yo decidí venirme para acá?

Rosemberth: sí

Marina: no, yo a lo que lo descubrí con ella me vine. Cogí trasteo y me vine (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

En este fragmento de la conversación se deja ver mi incompreensión en cuanto a la fuerza de la violencia de la que está dando cuenta el relato de la entrevista, y cómo quien es entrevistada desnaturaliza esta violencia mediante su replanteamiento de la respuesta a la que yo la induzco con mi pregunta. Efectivamente, una fuerza determinante de destierro es también el machismo dentro de las relaciones matrimoniales que median la relación de la mujer con el territorio, dándole a éstas un lugar no solo familiar sino también en el proceso de trabajo. La situación de vivir bajo un régimen de poder machista en el hogar lleva a muchas mujeres a verse en la necesidad de dejar su tierra o la tierra en la que viven y que habitan. La subjetividad de algunas mujeres desterradas produce una comprensión clara de esta fuerza desterradora que son los hombres machistas y de la afectación que eso produce en la relación de la mujer con el territorio campesino, ya que las dos personas de la relación matrimonial se distribuían roles en el proceso de trabajo.

De esta manera lo narra una de las entrevistadas, *Bibiana*, ella vivía en Amalfi con su marido de entonces y luego tuvo que venirse a vivir a la ciudad y ser primero obrera de construcción y luego empleada de servicios:

¹⁰ Whatsapp

Rosemberth: ¿usted cuándo llegó a este sector?

Bibiana: ¿a este? hace veinticinco años

Rosemberth: ¿y qué pasó, por qué se vino de allá? [...]

Bibiana: me aburrí, yo estaba pagando arriendo allá a mi hermano, porque yo soy desplazada de mi marido [...] nos vinimos de Amalfi que caímos ahí, en el 85 llegamos ahí, él me dejó en mi casa, mi casa de mi mamá, entonces se fue y desde eso hace que no lo veo, mi esposo, quedé con los tres hijos (Comunicación personal, *Bibiana*, 3 de agosto de 2021).

En la comprensión de su situación, *Bibiana* establece a la fuerza causante de la misma y dice “soy desplazada de mi marido” generando así una categorización del fenómeno del destierro que le sirva para encuadrar su vivencia propia. Fue difícil para mí inicialmente aperebirme de que varias de ellas estaban tratando de dilucidar activamente la violencia que produjo sus procesos de desplazamiento:

Rosemberth: ¿o sea usted no...? ¿pues no hay una razón así concreta pa’ que usted se haya venido de Amalfi pa’ acá?

Bibiana: no [...] la razón fue que [...] él me dijo: “empaque ropita como pa’ que se vaya a pasear donde la mamá, pal día de madres”...entonces yo cogí y como yo tenía tantos animales y había yuca, había plátano, había de todo, entonces yo cogí todo eso pa’ traer y me cogí mis tres muchachos también, cuando sí, llegamos aquí, a mí no se me olvida, un siete de mayo [...] y al ocho se fue él, me dejó aquí y me dijo que dentro de ocho días venía [...] y vea a donde vamos [...] treinta y nueve...treinta y ocho años que no ha vuelto [...] yo no sabía que él nos iba a dejar, entonces al ver eso yo me fui, pedí limosna pa’ irme, pa’ Amalfi, donde encontré quisque una carta de un hombre que no sabía ni leer ni escribir ¿¡ah! me encontré esa carta y me decía que yo lo había dejado mal, que yo le había hecho cosas, que no sé qué [...] le dije yo: ¿si yo le hubiera hecho cosas feas estuviera conmigo?, le dije yo (Comunicación personal, *Bibiana*, 3 de agosto de 2021).

La conciencia de cómo esta fuerza ha operado en sus vidas tiene diversos grados de intensidad según el caso, de igual forma habría que tener en cuenta qué tanto permití yo mismo como sujeto activo en la relación entrevistador-entrevistada que el conocimiento sobre la operación

de la violencia en ellas fuera inteligible dentro de la situación social generada por la entrevista. En la entrevista con *Esther*, fue muy peculiar la agudeza de esta conciencia porque ella misma me habló, antes de la entrevista, de la necesidad de hablar del problema de la mujer. En medio de la entrevista hablando de su primera relación aprovechó para hacer una consideración de tipo general sobre lo que ella recogía de todas sus relaciones sexoafectivas con hombres y es que “como yo era tan bonita los hombres abusaron, abusan mucho de uno y yo he sido muy...muy humilde y muy boba” (Comunicación personal, *Esther*, 5 de septiembre de 2021). También planteó:

¡yo he tenido unos calvarios! ¡desde niña! he sido violada, atropellada por mis hermanos, por eh... los paracos, imagínese [...] en la universidad de Medellín allá el barrio villa café allá [...] me iban a matar mis dos hijas, la que me mató el bus y la otra, me la me...ella no les paraba...no le paraba bolas, no se iba a vivir con el...con el fuerte de allá...de Villa Café (Comunicación personal, *Esther*, 5 de septiembre de 2021).

También hay veces en que en la situación de la entrevista se producían interacciones difíciles de comprender. Por ejemplo, aquellas en donde se generan silencios importantes o donde los conceptos que yo empleo no encuentran suficiente resonancia para activar en la interlocutora un relato sobre aquello sobre lo que pregunto. En *Natalia*, una interlocutora proveniente de Necoclí en el Urabá Antioqueño, donde vivió y trabajó como campesina junto con sus padres y ahora vive en Granizal con sus dos hijos y su esposo que es obrero de construcción mientras ella es ama de casa, noté algo por este estilo:

Rosemberth: ¿usted siente que usted ha pasado por injusticias?

Natalia: pues, no

Rosemberth: ¿no? [larga pausa 19 segundos] ¿y allá en el campo?

Natalia: en el campo, no

Rosemberth: tampoco. Y como...como mujer, por ejemplo...

Natalia: mm...no

Rosemberth: la vida de las mujeres en el campo es...pues, ¿es fácil?

Natalia: sí yo creo que sí (risas)

Rosemberth: ¿sí?

Natalia: yo digo que sí, pues pa' mí sí, no sé pa' otras personas

Rosemberth: mju, con su mamá, por ejemplo, su mamá también

Natalia: no...pues fácil y no fácil, porque habían veces que no había nada pues como pa' comer y eso, como había que esperar [risas] que las matas dieran fruto, entonces [...] pero nunca gracias a Dios nos acostamos sin comer, gracias a Dios, o sea como podíamos (Comunicación personal, *Natalia*, 3 de septiembre de 2021).

Ella vivió como campesina pobre en la zona rural de Necoclí, vio cómo incursionaron los paramilitares en su vereda, cómo su hermana sufrió y fue desterrada por cuenta de las acciones de estos actores armados contra ella, pero parecía que mi concepto de injusticia no le inspiraba mucho. Me interesa mucho el contraste que sus palabras y acciones (tal como son retratadas dentro del discurso) ofrecen con respecto al relato de *Esther*. Lo veo como una evidencia de que las situaciones de violencia pueden ser las mismas o similares, pero se constituyen subjetivamente de forma muy diferenciada y a veces de una forma que puede parecer impredecible si no se han analizado las variables en juego.

En términos de reflexividad, pienso que yo manejo un concepto de injusticia muy marcado por mi experiencia política dentro del movimiento estudiantil, en donde esta comprensión está articulada a otros conceptos correlativos como el de Estado, que funge como el objeto al cual se atribuye precisamente la “injusticia”. Como lo plantea De La Garza (1992), en los procesos de estructuración de identidades políticas en los sujetos sociales se necesita “un punto de ignición, un agravio sentido colectivamente, una injusticia evidente” que es la que genera y delimita una otredad política que funge como antagónico contra el cual se eleva la indignación y la lucha. “El otro puede tomar la forma de un sujeto concreto o ser una situación social más ambigua, que permita encontrar con facilidad responsables” (1992, p. 45). ¿Carece la entrevistada de un Otro político, de experiencias que hagan necesario al mismo, o de categorías para una lectura política de su situación? ¿Carecía yo de la conciencia suficiente para generar complicidad política o tiene que ver con mi propia identidad como hombre que impide inicialmente la confianza?

3.2.La relación de las personas con las cosas en el proceso de destierro

Los hechos de destierro ocurridos a la gente del campo obligan a que estas personas se despojen de la tierra y de todos los objetos que hacen parte de la cultura material campesina. El destierro involucra la desterritorialización, y por ello, impacta al sistema de objetos con valor cultural con los que se convivía. Con respecto a este tema son importantes las categorías de descampesinización y acampesinización como encuadres que permiten organizar la información. Si la descampesinización supone una transformación de la subjetividad campesina en aquello que le confiere su núcleo ontológico, expresado de múltiples maneras, en ese sentido, se puede entender la relación con las cosas como una de esas expresiones, y se puede entender, por esa vía, como sujetos descampesinizados a aquellos interlocutores en cuyo relato se muestra un abandono completo de las cosas que remiten al espacio de vida que se abandonó. Así lo cuenta la interlocutora *Marina*:

Rosemberth: ¿y cosas... usted conserva de pronto algunas cositas así por ejemplo fotos o algún detallito?

Marina: ¿de cuando estaba por allá? nada. Nada, de fotos así cuando yo estaba por ahí patichorriada¹¹ jamás

Rosemberth: ¿o ropa, o algún collar, alguna...?

Marina: nada. Nada nada. ¿Es que usted cree que uno en ese entonces iba a tener uno pa uno colocarse un collar? si yo iba a la escuela a piesito limpio por ahí como de seis años y las paticas mías parecía uno empiedrado de puro cayo mis deditos (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

Este relato permite vislumbrar, pues, un proceso de descampesinización que se manifiesta en una distancia con respecto a los objetos. Por su parte, en un campesino acampesinado, el factor que lo define como tal va en el hecho de que las condiciones sobre las cuales fue producida su subjetividad fueron removidas, el sujeto es lanzado a un espacio donde no puede interactuar con naturalidad en el conjunto de objetos del que está hecho su mundo inmediato. Por eso, introduce

¹¹ Cuando andaba por ahí descalza.

en el nuevo espacio en el que se halla, las representaciones del mundo que le fue removido. Esta es una forma práctica en la que la subjetividad inviste de sentido el mundo: reconstituyendo el espacio a través de los objetos para reencontrar en ellos la fuente perdida del arraigo. Las referencias para estas reconstituciones las encuentra uno en el paisaje de la vereda:

Figura 6.

Jardín y huerta al frente de una casa de la vereda.



Al hablar con quien ha cultivado y cuidado el jardín de la figura 6 me doy cuenta de que ella caracteriza a cada uno de estos seres según su personalidad. Me llamó la atención la planta llamada Ruda, de quien se dice que está tan segura de sus virtudes para los seres humanos que solo admite ser robada, porque si es regalada causa perjuicios al receptor, porque le ofende que los humanos no se peleen por ella, también hay una que se llama “zapato de obispo”. Esta intervención en el espacio la interpreté como una manifestación de la subjetividad acampesinada, que es removida de su sustrato territorial en donde ejercía sus labores agrícolas y se desplegaba su modo de vida, pero en el espacio al que es arrojada y vive como desterrada busca las formas materiales de objetivar su raíz campesina. Por lo demás, entiendo la presencia de la cruz como la marca de la preeminencia que se otorga al catolicismo como la ideología religiosa que da sentido a la vida.

Figura 7.

Finca en un día nublado, tomada desde Oasis de Paz.



Por su parte, en la estructura que muestro en la figura 7, me llama la atención su diseño y relativo aislamiento con respecto al resto de casas hacinadas, que la hace distinguirse de sus vecinas que tienen fisionomías más rústicas, como la que está al frente en concreto y techo de zinc. Este contraste entre fisionomías y espacios, la amplitud rural y el hacinamiento citadino, se puede ver en otros fragmentos del paisaje y es representativo de la hibridez de los sujetos, entre el campo y la ciudad y entre el abandono y la resistencia de la campesinidad.

Algunas personas con las que hablé expresaron diversas formas de apego y desapego a los objetos a la hora de preguntarles sobre las cosas con las que se vinieron. Realmente la mayoría de ellos no se puede venir con mucho, lo cual es tanto más lógico si el destierro ocurre con un hecho bélico muy intenso, pero hay peculiaridades en esto. Por ejemplo, *Ligia* habla así del espacio de objetos del mundo campesino que dejó atrás como si estuviera suspendido, susceptible de ser reactivado:

Rosemberth: ¿y usted tiene cositas de allá que usted se haya traído con usted?

Ligia: ¿que yo me haya traído de allá?

Rosemberth: sí, o ¿usted se vino sola?

Ligia: yo de allá me traje...me traje dos mudas de ropa [...] y ya [...] yo no traje más...y ahora cuando voy traigo revuelto, traigo gallinas que me regalan, pero cuando yo me vine mijo [...] traje como dos muditas de ropa

Rosemberth: nada de, por ejemplo, fotos o cosas así por ejemplo adornos

Ligia: a ver yo tengo por ahí unas fotos, pero no cuando yo me...antes, de ahora, antes no, pero sí (se para a buscar la foto) [...] vea lo que tengo aquí, no yo la...(me muestra una foto de sus hijas en su finca) [...] imagínese cómo estaban mis niñas [...] Sí mijo le cuento que... le cuento que [...] la vida de uno ha sido un proceso bien...bien maluquito

Rosemberth: ¿o sea usted se vino de allá y ya? prácticamente dejó todo

Ligia: todo quedó tirado, todo quedó tirado (Comunicación personal, Ligia, 5 de septiembre de 2021).

Mientras yo, aún sin comprender lo que ella me decía, digo que ella “dejó todo”, ella dice “todo quedó tirado”, y esa diferencia es importante porque la condición de desarraigo no necesariamente se manifiesta en ella, quien ha sufrido el destierro, pero (como lo desarrollaré más adelante) conserva su tierra y sigue reconociéndose como campesina. *Quedó* porque aún existe, aún *es*, y no se ha dejado.

El relato de *Josefina*, otra de mis interlocutoras ituanguinas, muestra cómo al interior de una familia se ven los matices del proceso subjetivo que acontece con el destierro, expresado en la relación con los objetos:

Rosemberth: cuando se vinieron de Ituango...¿vinieron con qué?

Josefina: todo

Rosemberth: ¿con los corotos?

Josefina: con los corotos no más, sin camas sino una colchoneta [...] pues las cobijas [...] y los trastes, los chiros que llamamos y ya eso era todo, y la ropita, porque no hubo forma de cómo sacar nada muy lejos pa' trastear las camas [...] no sabíamos pa' dónde veníamos, pero siempre decíamos "mamá y mi gallina, mamá y mi marrano, mi mamá mi perro, mi mamá mi gato", "eso dejemos todo, ¿qué vamos a llevar?", eso es lo que nos decía, [yo] tenía una gallina grande y un pato, yo dije "yo a mi gallina la voy a hacer en un lonche y nos lo vamos a comer en el camino", eso fue lo... se hizo en un lonche...esa vez recuerdo

yo que matamos como diez doce animales pa' echar de camino, porque salimos como a las...mm...de la casa salimos es como a las cuatro de la mañana y eran las cuatro de la tarde y apenas estábamos llegando al pueblito.

Rosemberth: y ustedes entonces [...] ¿se querían venir? o sea porque ustedes se pusieron contentos...

Josefina: sí, claro, nosotros estábamos contentos porque ya nos iban a sacar del monte, cuando veía a mi mamá que lloraba, pero nosotros nunca sabíamos el porqué [...] mi mamá no hacía sino llorar, ver que le tocaba que dejar sus cosas todo su trabajo, mucha parte de animales, porque habían gallinas con...mucho pollo, pavos, patos, con animalitos chiquiticos, todo eso tocaba que dejarlo porque no podíamos arrastrar con todo [...] nosotros felices porque veníamos pa' donde un tío [...] uno como está todavía joven uno todo lo coge en alegría

Rosemberth: ¿y cuando vinieron a Medellín entonces que...? se decepcionaron o...

Josefina: mi mamá sí, pero nosotros no porque nosotros queríamos estar fuera de...como del barro y del monte, porque nosotros por allá manteníamos era con las botas en las rodillas era por el barro, y en cambio acá no, ya la vida nos cambió un poco porque ya mi papá decía "estas chanclitas le sirven, estas le sirven", en cambio en el barro no nos servía nada de eso

Rosemberth: pero ustedes le...pues, querían su tierra

Josefina: ¡claro que sí! nosotros queríamos mucho la tierra de nosotros, no ve que era donde uno podía sembrar lo que fuera, y de cuenta de nosotros y pa' venir uno a calentar un rancho ajeno eso es muy duro, a nosotros nos costó adaptarnos a todo eso (Comunicación personal, *Josefina*, 21 de agosto de 2021).

En este relato que dice sobre la relación con los objetos y los seres – cosas y animales -del espacio de vida rural que se habita se puede advertir dentro de un mismo grupo familiar la diferencia entre el sujeto acampesinado y el descampesinado, siendo la brecha generacional lo que, en este caso, traza el límite entre uno y otro; ambos van a ser removidos de su territorialidad campesina pero el proceso subjetivo por el cual los descampesinados se desapegan de sus raíces ya está teniendo lugar, como en el caso de esos hijos que desean no estar allí en el campo, mientras que en los acampesinados, se remueve la tierra pero no el espíritu, como en el caso de esa madre que llora por sus animales.

En la concepción de ciudad que tienen los jóvenes descampesinizados solo hay una imagen idealizada y determinada negativamente de la ciudad como aquello que no es el campo, imagen que se confronta con la dura realidad de la urbe, a la cual, sin embargo, los sujetos buscan adaptarse por no existir en ellos un arraigo profundo al ser campesino y por ser la estancia en la ciudad un hecho forzoso.

También se puede advertir cómo el destierro es un momento preciso de un proceso de desterritorialización que se afina principalmente en el despojo de las tierras, pero que también empieza a operar antes de que éste ocurra, en las subjetividades y sus fuentes de autoidentificación social y deseo, en donde ya hay signos de desapego de los valores campesinos antes del despojo de la tierra. Pienso que las duras condiciones de abandono y pobreza que vive el campesino pobre contribuyen a este desapego y no es extraño pues ¿cómo pedirles que se identifiquen con la miseria?

Justo con *Josefina* también tuve la oportunidad de ver otras formas de objetivación física de las identificaciones subjetivas que van más allá de expresiones de desarraigo. Después de ser desterrada junto con su familia, ella vivió treinta años en la Sierra Nevada de Santa Marta, donde convivió con muchas familias andinas e indígenas kogis y arhuacos ese territorio e incluso crió a un niño indígena.

Figura 8.

“Güeverita” cocida con iraca.



En el objeto de la Figura 8 fue un regalo hecho a *Josefina*, que ella guarda como recuerdo de esa época de su vida en la Sierra. Así describe ella este utensilio:

Josefina: ...si uno quiere salir con esto se la cuelga aquí y ya, ahí está el bolso pa' uno [...] y es una canasta, la carga uno con monedas, como uno quiera, sino que ella...ella no tenía esto, sino que yo se la puse pa' disimularle un poquito, le puse las cintas, pero ella es así peladita toda

Rosemberth: ¿y por qué le puso las cintas?

Josefina: pa' que se vea bonita, pa' lucirla más (Comunicación personal, *Josefina*, 19 de septiembre de 2021).

Observando el objeto de la Figura 8 y relacionándolo con el relato de su dueña, pienso que aquel deja ver el cruce de los espacios por los que ha transitado ella debido a las circunstancias de la guerra en sus territorios. La de *Josefina* es una subjetividad que se ha formado a lo largo de una multiplicidad de espacios, y que a lo largo de éstos tránsitos va formando una identidad propia que busca superar la simple fragmentación de mundos al interior del ser. En el juicio estético que lleva a *Josefina* a intervenir el objeto con su propio toque se manifiesta esa singularidad de la subjetividad que ha entablado relaciones de arraigo y desarraigo con muchos mundos, pertenece a ellos y siempre es más que ellos.

3.3.La familia antes, durante y después del destierro

Figura 9.

Dos mujeres y un niño vendiendo cebollas en el sector Oasis de Paz.



En el espacio de la vereda Granizal, sobre todo en sus sectores más alejados de la ciudad, como Altos de Oriente I y II, y Regalo de Dios, hay muchos cultivos de alimentos como la cebolla y el maíz cuyos productos se comercializan al interior de la vereda y en otras partes de la ciudad. En la imagen de la figura 9 encuentro representada la relación familia-trabajo en la ciudad, que en el trabajo informal ejercido por personas desterradas muestra una configuración distinta de la del trabajo agrícola del campo, ya que se sustituye la gran familia en función de la producción de bienes agrícolas propios y comercializables, por espacios de trabajo donde, como se puede apreciar en la foto, se reduce la participación familiar, o donde se prescinde por completo de ella.

Volviendo a los relatos de las personas entrevistadas, estos también dejan ver esta relación entre la familia y el trabajo; es a partir de ahí de donde entiendo la importancia del grupo familiar en el trabajo campesino. Los siguientes son ejemplos extraídos de relatos de mujeres desterradas entrevistadas hablando sobre su infancia campesina, que permiten dar cuenta de este planteamiento.

Rosemberth: ¿ustedes ahí cultivaban de todo en la finquita?

Josefina: sí, y nosotros éramos los ayudantes de mi papá, todos los hijos [...] porque él no buscaba así personal pa' que le ayudaran, sino que éramos los hijos que le ayudábamos a él, y entonces...

Rosemberth: ¿y eran pa' venderlos?

Josefina: pa' una parte pa' vender y otra parte pal gasto de la casa [...] mi mamá cultivaba gallinas, cerdos y de todo

Rosemberth: ¿y les iba bien?

Josefina: sí, gracias a mi Dios sí nos iba bien, él hacía riegos de frijol y maíz, eso le iba muy bien [...] y nosotros éramos los que le ayudábamos a él a recoger todo (Comunicación personal, *Josefina*, 21 de agosto de 2021).

Esther: la de mi papá fue una familia muy numerosa mi papá era más pobre más humilde porque ya cuando tuvo su familia ellos se casaron en [...] Salgar y...pasaron la luna de miel y se fueron a vivir de primer vez a Heliconia. En Heliconia ya [...] se fueron pa' Angelopolis en [...] donde...ya empezaron a tener la familia, ellos tuvieron dieciséis hijos. Y la familia de mi papá, eh...por parte de mi papá, ellos tuvieron veinticuatro hijos...eh...gemelos...pues, mellizos y todo, veinticuatro hijos, entonces, antiguamente eh...premiaban las familias [...] con finquitas y a mi... a...al abuelo, a los abuelos les dieron una finca porque era una familia muy unida y fueron veinticuatro hijos

Rosemberth: ¿y quién se las daba, la finca?

Esther: el gobierno

Rosemberth: ¿sí? ¿y el premio era por qué? [...] ¿porque trabajaban?

Esther: ¡por la familia numerosa! (Comunicación personal, *Esther*, 5 de septiembre de 2021).

La familia del campesino funciona como unidad productiva, su gran extensión se puede entender justo en el contexto de esta necesidad de reproducción de fuerzas productivas que interactúen con las herramientas de producción y la tierra como medio de producción. Estas vivencias donde las relaciones sociales organizadas bajo la institución familiar son las que enmarcan el proceso de producción y reproducción de la vida, marcan el proceso de la socialización primaria de los sujetos, pero van perdiendo su base material a lo largo del ciclo vital, sobre todo cuando irrumpen en éste los hechos de migración forzosa. Como lo menciono en el apartado sobre los objetos, en los sujetos también pueden actuar identificaciones con otros espacios imaginados antes de que advenga el hecho violento que va a profundizar la desterritorialización.

Las categorías empleadas en la lectura que se hace hoy en día de este aspecto del pasado son indicativas de la forma en la que el espacio de vida en el que se desenvuelve actualmente la subjetividad permite valorar los ámbitos de vida del pasado, en función de las identificaciones subjetivas del presente. En este sentido, cabe preguntarse a qué se puede adjudicar el hecho de que se conciba el trabajo hecho en el marco de la relación familiar como “ayuda”, en unos casos, y en otros sí se conciba como “trabajo”. La pregunta queda abierta.

Otro aspecto que percibo en los relatos es que la familia entre estos campesinos desterrados también funciona como algo más que una entidad económica. En las entrevistas, los otros elementos que sostienen la cohesión familiar aparecieron en el contexto de la narración sobre las circunstancias forzosas que obligan a la migración a la ciudad; relatando y reavivando estas situaciones es que es posible observar la necesidad que sienten estas personas de defender ante la violencia a sus familias, así éstas estén despojadas de una base material que la mantenía articulada de una forma.

Esto fue lo que me dijo *Esther* sobre lo que vivió cuando la guerrilla (no se refirió a cuál) se tomó la minera en la que trabajaba como cocinera en Yarumal:

el líder del sindicato, les dijo: "por nosotros hagan lo que hagan con la mina, eso sí no toquen con nosotros todos y con las empleadas de... la comida, del casino", "tranquilos" [decía la guerrilla] entonces como a los cuatro o cinco días me dijo el capitán de los de la guerrilla, el que los mandaba a ellos, dizque "ay usted por qué no se va con nosotros", y yo: "¿sí? pa' que de pronto me maten o alguna cosa" [y responde él] dizque "ay usted como es de amplia de buena persona" y yo: "no, yo pienso mucho en mis hijos" [y pregunta él] "¿y

es que cuántos hijos tenés?" y yo: "ah yo tengo seis hijos, yo soy la que veo por ellos, yo no tengo esposo ni nada, yo ...por mis hijos, ¡mejor dicho!" [y responde él] "por ese lado me ganás, y sos una mujer muy valiente muy buena persona y muy humilde" y yo "sí", [insiste él luego] "no es que se va y yo le consigo casa" y yo [respondo] "no..." (Comunicación personal, *Esther*, 5 de septiembre de 2021).

Por su parte, esto plantea *Josefina* refiriéndose esta vez a la decisión de su padre de dejar el campo cuando los actores armados ilegales empezaron a incursionar en el territorio donde tenían su finca:

cuando ya ellos empezaron a metersen así que se metían en galladas, entonces ya mi papá nos sacó de por allá, porque ya él vio que no nos podía dejar por ahí, nos mandaba mucho a las otras fincas a hacer mandados, entonces él dijo: "no, toca que sacarlas de por allá porque en cualquier momento se las engañan y se las llevan y les hacen algo", entonces nos sacó de por ahí a todas (Comunicación personal, *Josefina*, 21 de agosto de 2021).

Por eso, por un lado, se entiende que la familia del campesino funciona como unidad productiva y que a raíz de esto se debe su gran extensión. Por otro lado, se observa que la defensa del grupo familiar aun cuando éste se vea despojado de su contexto económico es importante en ciertas figuras de personas desterradas, por ejemplo, padres que tienen aún a cargo a sus hijos.

Esa decisión condicionada de abandonar el territorio se hace en nombre de la protección de la familia en estos casos, pero el proceso de destierro va a mostrar en muchos casos que la unidad del grupo familiar sucumbe ante la nueva serie de presiones que instituye la ciudad sobre los sujetos. Los desterrados son forzados a una situación de impase en la que el deseo de la supervivencia de algo que es parte de su condición subjetiva como campesinos, expresado en la lucha por la conservación de la familia como lo único que se cree que puede sobrevivir al destierro, los lleva a migrar a la ciudad en donde es justamente el vínculo familiar, enfrentado a nuevas presiones, el que se deteriora.

La erosión de estos vínculos se revela en los relatos de muchas formas. Directamente, *Marina*, una de las entrevistadas, refiere en su discurso la desarticulación entre la familia que vive en la ciudad y la que volvió después del destierro:

Rosemberth: ¿o sea que usted no volvió ni siquiera a ver a la familia...?

Marina: no yo no volví, yo sé que mi mamá salió por allá por la violencia y porque aguantaba mucha hambre, mucha hambre, mucha hambre, mi mamá quedó sola con ocho pelados y [...] una vida muy verraca... (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

También se refleja en la forma misma de las interacciones entre familiares. El relato de esta mujer, por ejemplo, brinda dos imágenes distintas de las relaciones intrafamiliares en la infancia rural y la adultez citadina y desterrada:

Marina: entonces todos se conocían y todos eran unidos, porque eso era una vereda, eso era así alrededor todos la misma familia y los mismos conocidos [...] los jueguitos que hacía uno por ahí es lo único que uno recuerda...y cuando se ponían las peladas las hermanas mías a robar gallinas a robar gallinas ahí por debajo de los palos de café [risas] [...] me ponían a mí para que le echara maicito a la gallina pio pio pio pio ahorcaba a la gallina y [...] le echaban el sarpazo a la gallina, pero no le robaban pues por ejemplo a una persona desconocida sino por ejemplo al tío, a la tía, así

Rosemberth: o sea, ¿no les hacían nada si las pillaban?

Marina: no porque nosotros nos comíamos las gallinas y no se daban de cuenta (risas) yo me acuerdo que un día la hermana mía se mató, se robó una gallina [...] y tenía por allá el sancocho guindado en un garabato y sabés que hizo la hermana mía vino y se llevó la olla con todo y gallina (risas) ay no yo tengo unos recuerdos... oiga [...] y llevar el tío, la hermana mía y llevarse hombre la gallina del garabato ...después de que ya estaba cocinada con todo y revuelto (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

En este fragmento, dicho sea de paso, también se habla un poco de los afectos que se producían dentro del vínculo familiar y productivo, y así da una imagen más amplia de todo el cúmulo de interacciones que involucra una relación económica, siempre más que eso.

En la adultez citadina se produce un relato distinto sobre la familia. Hablando sobre el proyecto que tenía junto con una de las hermanas, de comprarse una casa con su madre usando el dinero que le van a dar a ésta como indemnización, *Marina* dice:

Si de pronto uno llega a comprar así empiezan los otros hermanos a montarselan a uno, que fui yo la que le robé la plata a ella. ¿Cierto que sí, que empiezan los problemas? [...] Empiezan a decir que yo fui la que me robé la plata, al comprar una casa con la plata de ellos. Y ya ahí mismo y si de pronto [...] alguna cosa a mamá, llegándole a faltar alguna cosa, mi mamá llegando a faltar, porque mi mamá está vivita pero no se sabe cuándo, cuándo irá a partir de este mundo, y ya uno a los 83 años de vida...(Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

Hablando más directamente sobre la relación con sus hermanos, ella plantea cómo el centro de la dificultad en estos vínculos está justamente en el abandono de la figura que fungió en el campo como jefe de hogar:

Rosemberth: ¿O sea, que usted con sus hermanos que viven acá usted...pues, se lleva bien o más o menos?

Marina: Pues... ¿con los hermanos míos? Sí, no si no que es que a veces el uno da... mejor dicho no dan nada. Vea que ahora quince días dieron \$20.000 miserables pesos. Uno dio \$20.000 y la otra dio 20. [...] pues casi no colaboran [...] Imagínese que \$20.000 pesos, pusieron un viaje de frutas, la mamita como quedó tan exigente pa' la comida, ropita (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

No pienso que estas rupturas son necesariamente una consecuencia directa del destierro, pero sí muestran cómo en el escenario de la ciudad el ideal de protección y defensa familiar se choca con unas condiciones materiales que no estimulan tanto la unidad, porque ya cada quien vive solo, e incluso los jefes de hogar son dejados en muchos casos a su propia merced, como fue en este caso en el que la mayoría de hermanos no volvieron a velar por su madre. También en otros casos hay muestras de rupturas no solo entre padres e hijos sino entre hermanos. Esto lo ayuda a ejemplificar *Esther*:

porque yo trabajé en Yarumal y me fui pa' allá, con la abuela... la suegra de éste [su hermano], ella compró un ranchito y yo con la liquidación de minera las brisas compré un ranchito, porque este nos humillaba mucho, ahí empezó la violencia con mis hijos y éste [su hermano] les dijo [...] a los dos grandes, ellos dos... mi hija la de aquí me bregaba, la mayor, me bregaba los muchachos más pequeños y ella me decía y éste les...les decía: "ustedes se pueden ir de aquí porque ustedes aquí no tienen nada no tienen nada, no tienen sino las puertas pa salir" mucha violencia, desde [...] cuando yo trabajaba mejor dicho (Comunicación personal, *Esther*, 5 de septiembre de 2021).

Queda claro, entonces, que las expresiones del deterioro familiar no son sólo físicas sino también morales, y se develan en la volatilidad de las relaciones interpersonales entre los miembros de una generación y en los problemas que genera la ausencia de lealtad en estas relaciones.

En el caso de los hombres que entrevisté, el valor de la familia aparece relativamente. Es imposible generalizar, pero no deja de ser curioso para mí que para el caso de un hombre haya más desapego a la hora de nombrar a la familia y de actuar frente a su posibilidad de deterioro. Así habló un entrevistado, *Carlos*, nacido en Ebéjico y que actualmente vive con su segunda esposa *Astrid* a quien conoció posteriormente a su primer destierro:

Carlos: ...la mujer me la montó por ese lado que me vine acá

Rosemberth: ¿usted se vino solo?

Carlos: sí yo me vine solo yo dije "no, pero es que el...el...el que me echaron fue a mí no a los hijos ni a... la señora" y pensé yo, yo no puedo dar papaya (Comunicación personal, *Carlos*, 7 de noviembre de 2021).

Hay todo un tema, entonces, que queda abierto y es en relación con la variación de la ubicación del valor de la familia en el sistema de valores de las víctimas de la violencia física y estructural, en relación con su género y a su papel en la estructura familiar. Por lo menos queda claro que es importante la invocación de la protección de la familia en el momento de la migración a la ciudad, pese a que va a ser difícil mantener esa misma unidad familiar en el devenir dentro de las nuevas circunstancias socioterritoriales a las que se ven abocados los desterrados.

Estas rupturas familiares no actúan de la misma manera cuando, previo al acontecer de los hechos violentos de destierro, la historia ya se ha encargado de dispersar la red familiar entre el campo y la ciudad. *Ligia*, la entrevistada que proviene del municipio de Toledo y que conserva su propiedad, muestra en su narración cómo se sirvió en su momento de la extensión geográfica de sus vínculos familiares:

Rosemberth: ¿pero si fuera por usted, usted viviría allá? [...]

Ligia: a ver, en este momento no, en este momento no, hubo momentos en que si [...] sí sufrí mucho, sí cuando me vine sufrí mucho, pero a mí me regalaron un lote acá, el de la parte de allá me lo regalaron, entonces ya empecé a trabajar y empecé a ir construyendo hasta que ya [...]

Rosemberth: y usted ya venía desde antes...

Ligia: síiii [...] ellos venían, ellos iban o yo venía y así, entonces pues como que vine a sufrir aquí no, empecé a trabajar y empecé [...] me regalaron el lote, y ya empecé, seguí, seguí (Comunicación personal, *Ligia*, 5 de septiembre de 2021).

Lo mismo cuentan otros en el momento de recordar el proceso de arribar a la ciudad, pero me interesa detenerme en este relato porque muestra que estas redes no solo funcionan como las proveedoras de un punto de llegada cuando la persona desterrada y su familia quedan a la deriva. También sirven de apoyo en otros sentidos también económicos:

Rosemberth: ¿entonces usted en qué momento consiguió trabajo? ¿usted en este momento en qué trabaja?

Ligia: yo trabajo en tratamientos térmicos [...] lo que pasa es que yo tengo un tío [...] Él tenía una empresa [...] entonces cuando yo me vine de Toledo me quedé siete meses sin trabajar y sin hacer nada porque no había trabajo, una señora me ayudó a conseguir trabajo en una bodega donde reciclan, y yo me fui a reciclar, un día fue, como a los siete meses, fui a donde el tío mío y le dije que si me iba a dar trabajo y me dijo que sí y desde eso hace que yo estoy allá (Comunicación personal, *Ligia*, 5 de septiembre de 2021).

En este caso encuentro, pues, que esta precondition amainó lo que sería el proceso de extrañamiento al llegar a la ciudad, diferente a lo que tendría que vivir una persona que no cuenta con estas redes preexistentes y queda a la deriva de la urbe. Enfocando el fenómeno de los diversos ciclos de migración vividos por una familia desde el punto de vista retrospectivo, del pasado al presente, se puede vislumbrar una dispersión y lenta desarticulación de la familia, pero prospectivamente, del presente al pasado, la presencia de nodos dispersos de la red familiar en la ciudad en el momento de llegada a la misma es una circunstancia importante para los desterrados, porque en ese momento activan el vínculo familiar, pese a que en el largo plazo el mismo se va deteriorando.

3.4.La relación de la gente con el trabajo en el destierro

El desplazamiento forzado ocurre también en el plano de un movimiento de la posición del sujeto en la estructura productiva, una forma violenta de remoción de una condición laboral mientras que en otros ámbitos de vida el sujeto puede mantener unos lazos más o menos permanentes dependiendo de la centralidad que tienen el trabajo y otros espacios de vida en su subjetividad.

En el estudio sociodemográfico, realizado en Granizal por personal de la ACNUR y la UNAULA que cité en la introducción, se determinó que un 16,4% del total de las personas que cuentan con empleo se dedica a labores de albañilería, y la profesión (no paga) de ama de casa ocupa al 45,1% de la población femenina. Solo el 39% del total de empleados cuentan con una relación contractual formal, siendo el resto trabajadores informales. Además, el porcentaje de personas sin empleo es alto: 34,1% de los hombres y 29,4 de las mujeres entró en el rubro de “personas desocupadas” (Brand et. al, 2017).

La gente que conocí en Granizal, entra y sale de muchas formas en estas categorías de “desempleo”, “desplazamiento”, “desocupación”, “formalidad” e “informalidad”. Pienso que las altas cifras que muestran estas categorías son un índice muy claro de la exclusión que producen las relaciones económicas vigentes en nuestro país, y me interesa abordar las diferentes formas que tienen las personas marcadas por esta exclusión económica para relacionarse subjetiva y prácticamente con los ámbitos de trabajo a los que son lanzados. Específicamente, en este acápite lo que desarrollo son las incidencias subjetivas de los múltiples desplazamientos, giros y

permanencias de estos sujetos a lo largo de una serie de posiciones dentro de la estructura productiva de la sociedad y sus configuraciones concretas en las economías locales de los territorios.

Bibiana, una de las mujeres entrevistadas ya referidas, vive sola en su rancho, sin poder trabajar ya por sus enfermedades y su edad, pero rodeada por varios de sus hijos que trabajan en la ciudad como obreros, quienes contribuyen como pueden en el hogar de su madre. Conversando con ella me encuentro con una configuración peculiar de permanencias y desplazamientos en torno a su posición en las relaciones sociales de producción.

Un fragmento de su relato habla sobre su actividad productiva durante su infancia en el municipio de Puerto Berrío. Cuenta que:

yo trabajaba catorce trabajadores ya muy niña, entonces yo cogía un corte de yuca o frijol o de maíz y subía esas lomas desyerbando, y entonces, o rozaba pa' hacer pilas de carbón, pues a mí me tocó muy triste mi niñez yo no tuve tiempo de coger una muñeca y jugar, sino que cogía era los machetes pa' ir a trabajar (Comunicación personal, *Bibiana*, 3 de agosto de 2021).

Después, cuando contrajo matrimonio y se fue a vivir con su pareja y el padre de sus dos hijos mayores, empezaron a trabajar como administradores de fincas, hasta que por una situación de violencia de género terminó con sus dos hijos y su madre viviendo en un barrio popular de la ciudad de Medellín. En lo que cuenta se observa que, durante su vida en el campo, mantuvo una vinculación productiva ligada al trabajo agrícola. Una vez pasa a la ciudad, su posición en el trabajo va a experimentar dos movimientos importantes. Comenzó trabajando como obrera de construcción, transformando su lugar en el trabajo agrícola y el espacio rural, hacia una actividad precarizada dentro del mundo urbano, de ahí, una señora:

[...] me vio a mí trabajando y le pareció raro que una mujer estuviera trabajando esa clase de trabajos, entonces me dijo que porqué estaba trabajando allí, y yo le dije 'ah porque me dejó mi marido, mi esposo me dejó con tres hijos, estoy pagando arriendo, no tengo comida, no tengo quién me ayuda'..., entonces me dijo dizque: 'ah... a mí me faltan apenas dos meses pa' tener el niño, y entonces... ¿usted le tocaría...le gustaría trabajar?' Y le dijo yo:

‘pues, le comento que yo aquí en Medellín yo no conozco nada, yo no conozco nada, yo apenas hace un mes que llegué y mi esposo me dejó, no’, entonces me dijo dizque ‘vea: si usted me... yo la espero...usted me cayó muy bien, yo la espero hasta que tenga el bebé, me da su teléfono’, entonces yo le di el teléfono de mi mamá. Y así me llamó, cuando tuvo el bebé me llamó, me dijo: ‘¿usted todavía está trabajando en la...en la obra?’ Yo le dije: ‘pues sí’, [y ahí ella] dizque: ‘¿usted por qué no se sale de ahí y se viene a trabajar conmigo?’ [Y] le dije yo: ‘¿pero interna?’ Entonces me dijo ella: ‘sí’. [Le dije yo:] ‘¿pero los niños quién me los va a cuidar, si tengo un niño de 9 años, la otra de seis y la otra de tres? no tengo quién me los cuide, tal vez mi mamá, pa’ dejarlos solitos en una pieza’, y así me resolví y me fui, y venía día por medio, iba y [venía], desde Robledo, imagínese, venía a la carrera ahí a Manrique y volvía pa’ allá a las carreras, hasta así duré diez años hasta que el niño (Comunicación personal, *Bibiana*, 3 de agosto de 2021).

Si se observa la serie de transformaciones que experimenta su posición, se descubre un movimiento que va del trabajo campesino agrícola, al precarizado urbano y después al doméstico asalariado.

Según Mike Davis (2014), en el tiempo posterior a las guerras mundiales y en el espacio de las condiciones latinoamericanas, las organizaciones supranacionales con capitales mayoritariamente estadounidenses como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial promovieron la doble explotación apelando a un discurso legitimador que elogiaba la sujeción de la mujer a múltiples espacios de carga laboral mediante la idea de que la mujer poseía una fuerza de trabajo “elástica”. La realidad para nuestros países ha sido que la incorporación de la mujer a la “industria”, el espacio económico-social en el cual se intensifica su explotación, ha sido en realidad el sector de los servicios, actividades ligadas, también como su trabajo en el hogar, a la reproducción de la sociedad.

El paso que se ve en este relato sobre el destierro vivido por *Bibiana* es el que va de un status laboral anclado al trabajo productivo campesino, a una actividad laboral precarizada en el sector de la construcción, manteniendo la responsabilidad de velar por el cuidado de sus dos hijos menores de edad, para luego, terminar insertada en el espacio doméstico asalariado, bajo un concepto (presente en su empleadora) de que, de alguna manera, es ese el lugar que le corresponde como mujer. En esa medida, este caso ilustra cómo, según la tesis de la investigadora social Flor

Edilma Osorio, “la guerra reproduce una división sexual del trabajo de recomenzar: la sobrevivencia como responsabilidad de preservar la vida queda con frecuencia en manos de las mujeres, en condiciones límite de dolor y miseria familiar y social” (2007, p. 72).

El caso es que, si bien en términos de América Latina sí se da cuenta de una feminización de la mano de obra (industrial) en los últimos años (De La Garza, 1997), perviven muchas formas de inserción en la ciudad que reproducen el lugar de la mujer en el trabajo doméstico, aunque introduciendo el aspecto del salario en esta actividad. En otros relatos también se puede evidenciar esta situación. *Esther*, por ejemplo, se refiere en su discurso a dos formas distintas de entrar en la vida laboral, una en el campo y otra en la ciudad. Por un lado, plantea que:

entonces cuando mi papá, cuando mi papá vivió en...cuando vivieron en Angelópolis... yo me acuerdo, yo estaba muy niña, ¿tendría qué?... seis añitos, yo me acuerdo, yo le ayudaba, yo he sido muy avispada desde niña y me ha gustado mucho el trabajo, entonces yo le ayudaba mucho a mi papá a cargar carboncito de la beta a la casa pa' quemar con beta, con... carbón de leña, carbón de... piedra, ¡ese carbón sí es bueno! (Comunicación personal, *Esther*, 5 de septiembre de 2021).

Luego, en la ciudad, según ella lo relata su proceso se da como sigue:

pero yo me fui pa' Envigado a estudiar el bachillerato, porque mi mamá me sacó de cuarto, que pa' que me quedara en la casa cuidando a mis hermanos, éste [un hermano que vive cerca] estaba bebesito, que tiene cincuenta y un años cumplió ahora en junio, entonces él estaba bebesito y yo lo cuidaba a él, imagínese de catorce años, nos lo dejó así, ahí les dejo ese muchachito pa' que lo cuiden, me voy a trabajar, y mi papá por su loquera no, una situación [...] [mi mamá trabajaba] en casas de familia y los sábados y domingos ayudaba en [...] el peso comunitario y en las empanadas, [...] entonces yo me le volé a mi mamá de doce años y allá había [...] una amiguita mía que yo me iba mucho a colaborarle a ella, que ella era zapatera y chancera, así vecinita [...] entonces ya yo me le volé, me acuerdo que me volé con una cajita así de yoreda, donde venía el jabón yoreda, no se me olvida, y bajé a esa cosa de empleos, que primero empleaba, ahí a la plazuela Nutibara (risas por la emoción que produce el recuerdo) [...] cuando eso había un coso de Pilsen y unas oficinas,

yo me acuerdo y [...] esa señora [...] ella me ayudó a colocar y me fui de niñera, ahí fue donde casi me violan (Comunicación personal, *Esther*, 5 de septiembre de 2021).

A grandes rasgos, abstrayendo estos dos momentos de la totalidad de su relato, se traza un movimiento en donde la transición entre campo y ciudad es también una transición entre un paradigma de trabajo donde la actividad económica realizada es la de un tipo de proletariado agrícola, y una actividad reproductiva asalariada en la ciudad. Como se puede advertir, esta experiencia de trabajo en la ciudad viene cargada de unas prácticas de violencia de género y de clase, donde el cuerpo de la mujer que está vendiendo su fuerza de trabajo también es reclamado como objeto de uso sexual por el comprador¹².

Sobre este tema también se exploya *Marina*, quien vivió un tiempo en San Antonio de Prado, corregimiento rural de Medellín, ubicado al noroccidente de la ciudad. Le pregunté en qué trabajaba allá y me respondió que junto con su entonces esposo:

éramos ordeñadores. [...] La leche la vendía, pero el patrón, el patrón de él. El patrón de él vendía la leche porque él era trabajador [...] él era un agregado. Nosotros éramos...agregado es trabajador... a uno le pagan un sueldo muy buen pago, y a uno la casa se la dan pa' que uno viva. Y no hay que pagar ni luz, ni agua, a veces en fincas le regalan el gas a uno regalao'. O sea, uno a veces no tiene que poner nada sino comprar la mera comida y ya. Y trabaje. Eso es lo que tiene de bueno una finca [...] usted es buen trabajador, ahí se queda... [...] yo lo ayudaba a él lo mismo. Pero, no a hacer las mismas cosas que él hacía, pero yo le ayudaba a ordeñar, a lavar tanque, a lavar establo, todas esas cosas le ayudaba yo a él (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

¹² Una manifestación de prácticas de poder en medio de la relación de clase y género entre patrones y obreras también fue evidenciada y denunciada por Engels en su Situación de la Clase Obrera, hablando en el contexto del capitalismo inglés del siglo XIX: “Huelga decir que la esclavitud de la fábrica, como toda otra y hasta más que toda otra, confiere al patrón el *Jus primae noctis*. A este respecto también el industrial es el amo del cuerpo y de los encantos de sus obreras. El despido es una sanción suficiente para vencer en nueve casos de cada diez, si no en el 99% de los casos, toda resistencia de parte de muchachas que, además, no tienen disposiciones particulares a la castidad. Si el industrial es lo bastante infame (y el informe de la comisión cita varios casos de ese género), su fábrica es al propio tiempo su harén; el que todos los industriales no hagan uso de su derecho no cambia en nada la situación de las muchachas” ([1845] 2009, p. 221).

Una vez en la ciudad, cuestiones relacionadas con la formalidad del mercado de trabajo en la que se encuadra la actividad doméstica, le imponen a esta entrevistada una barrera para poder desempeñar una actividad de la que se sabe hábil:

Yo quedé fue triste porque a mí me resultó un trabajo en el estadio, me resultó un trabajo en el estadio por el estadio en un hotel de esos lujosos [...]eso era una belleza! era pa' yo lavar ropa solamente estar encargada de la lavandería, o sea, de la ropa que soltaran todo el día y ayudarle a las muchachas a las otras que fueran a tender camas, a servir comidas, o sea, mejor dicho, yo, la cosa mía era la lavandería y cuando yo no tuviera nada que hacer ayudarle a las otras, esa era el trabajo mío. Y la señora me dijo que usted tuviera siquiera siquiera cursado hasta quinto yo le daba su empleo. Güevona que yo no puse en la hoja de vida que había estudiado siquiera hasta quinto [...] yo hubiera colocado en la hoja de vida que yo estudiaba hasta quinto me hubieran dado el trabajo (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

En el discurso de estos desterrados también percibo elementos indicativos de cómo el espacio de vida urbano genera nuevas disposiciones sin necesariamente anular las preexistentes, de manera que la subjetividad flexibiliza y expande su margen de maniobra ante un mundo que ejerce presiones sobre los cuerpos para que rindan mayor utilidad. En la entrevista con *Alberto*, oriundo de Ebéjico y que trabajó como arrendatario en Dabeiba antes de su destierro, puedo identificar en un primer momento el encaje de la fuerza de trabajo en el sistema local de oferta:

fui hasta de buenas que [...] como a los dos o tres meses de haber llegado, pues la gente lo conocen a uno y me dijeron: vea en tal parte hay un trabajito pa' trabajar con caballos de paso fino, si usted quiere ir usted que ha trabajado tanto con esos animales, y listo no hay problema yo que estaba sin empleo, yo me le mido a lo que sea, entonces fui, me puse a trabajar [...] cuando menos piensa, ah que es que allí está el criadero de caballos y que necesitan un trabajador y usted ha trabajado en eso, y el man era conocido mío, me dijo hágale que es que lo vamos a patrocinar a usted y yo me fui pa' allá, pa' qué fui muy de buenas que, que me cuadré un poco de tiempo, ya de ahí comencé a andar pa' un lado y pal

otro porque ya tenía mi camello y ya uno después de que tenga su trabajito ya...ya uno ya es otra cosa (*Alberto*, comunicación personal, 11 de septiembre de 2021).

Nótese, entonces, cómo en este caso el saber-hacer que se vende como fuerza de trabajo encuentra espacios para su despliegue en la ciudad, con ayuda de las redes interpersonales. Se advierte también cómo el proceso del desterramiento vivido por el sujeto moviliza en su situación objetiva una transformación del espacio a la vez que mantiene la actividad que inserta al sujeto en la economía local.

Cuando el antropólogo Jonathan Parry (2018) explora las subjetividades sintomáticas del contexto económico mundial actual¹³, establece que “el tipo de persona que el neoliberalismo le dice a los trabajadores que deben ser está en contradicción con el tipo de persona que el régimen de trabajo neoliberal les permite ser” (2018, p. 30, mi traducción). El autor precisa que en el plano del deber ser, la ética neoliberal instala un ideal del yo con tres características: emprendedor que requiere disponer de las herramientas disponibles en su mundo para edificar su riqueza; flexible en el sentido de que pueda ser usado en todos los terrenos en donde deba desempeñarse, sin atrofiarse en una especialidad laboral; y soberano de sí mismo, de manera que todo lo que viva recae en su propia responsabilidad, porque su vida fue justamente su propia obra (Parry, 2018).

Mientras tanto, las prácticas bajo los regímenes laborales de la forma extrema que tiene el capitalismo hoy en día, se caracterizan por una disciplina militar, trabajo extra obligatorio, donde al final el “éxito” de una persona en hacerse con su bienestar, es relativo no tanto a su genialidad y disciplina individual, sino a la habilidad para movilizar redes de apoyo. Esta paradoja fue señalada por Parry, quien afirmó, basado en el análisis de múltiples etnografías del trabajo en el tercer mundo que “la única forma de convertirse en un sujeto neoliberal exitoso es dependiendo del apoyo colectivo” (2018, p. 30, mi traducción).

En los dos últimos relatos se nota una diferencia entre el hombre y la mujer, en cuanto a que en este caso al hombre le resultó más fácil encontrar redes de apoyo y con ello un espacio para

¹³ Entiendo neoliberalismo como un concepto que se usa para dar cuenta de las transformaciones actuales del capitalismo con respecto a la época del sistema de Bretton Woods donde primaba el Estado de Bienestar y un mayor esfuerzo del capital por usar al Estado para controlar políticamente a los trabajadores a través de ciertas cesiones en sus demandas. Actualmente, vivimos un sistemático desmonte de esos derechos concedidos a los trabajadores por sus luchas, pero no se trata de una “etapa” nueva sino de otra forma que asume el capitalismo en donde se agudiza la explotación y la acumulación. El capitalismo del Consenso de Washington representa frente al capitalismo del Estado de Bienestar una transformación cuantitativa, agudización de la explotación, más que cualitativa.

vender el saber-hacer en el que está entrenado, mientras que a la mujer le fueron impuestas barreras dadas por la formalidad laboral y al no tener esa “cualidad” de un cuerpo elástico quedan acotadas o incluso cercenadas las posibilidades de salario.

La ética dominante es abstracta y para subjetivarse debe mediar con las posibilidades de acción de las personas de acuerdo con lo que deben enfrentar día a día, confrontación con arreglo a la cual se edifica el sistema de valores inscrito en las prácticas de los sujetos, el *ethos*, que opera en la dimensión más intuitiva de la acción y que puede que en ocasiones también controvierta la ética dominante. Por ejemplo, yo percibo algo así en el concepto mismo de trabajo que maneja *Marina*:

Rosemberth: ¿Y de lo que hace que usted está acá ha conseguido trabajo?

Marina: ¿De lo que hace que yo estoy acá en este rancho? No he llegado a trabajar acá [...] Hace más de un año, hace un año que yo no consigo trabajo porque mi mamá ha estado conmigo y el trabajo mío es vender la revista. O sea, yo sí trabajo, pero con las revistas, ¿qué más trabajo que ese? Ese es el trabajo mío, vender. O sea, sí tengo trabajo, porque poquito o como sea ese es mi trabajo [...] Vender pa’ tales, eso es un trabajo. Y uno dice dizque no tengo trabajo, yo sí tengo trabajo (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

Indagar por los conceptos *emic* de trabajo provee un buen terreno para analizar los mundos de vida referentes que se han integrado en las subjetividades. Bourdieu y Sayad [1964] (2017) encontraron en los campesinos argelinos actitudes variadas en torno a la definición de un concepto de trabajo, los campesinos descampesinizados descubren el trabajo mercantilizado cuando comienzan a discriminar en su categorización de lo que es trabajo y lo que no es basándose criterios de rentabilidad y productividad de la actividad, lo que hace que muchas de sus actividades como campesinos tradicionales escapen a esta categoría de trabajo y empiecen a ser vistas como inútiles.

En el presente caso en realidad se da un proceso distinto, pero es también parte de la subjetivación de un espacio de vida donde circula un *ethos* neoliberal generado en la cultura de un país dominado, sujeto a una dependencia económica neocolonial, donde se comienza a adjudicar

una suerte de valor social o personal a actividades que desde un punto de vista industrial son percibidas como precarizantes¹⁴.

También en *Alberto*, se pueden notar evidencias de esta incorporación de las significaciones propias de un espacio de vida neoliberal. Esta vez también tiene que ver con el trabajo, pero no tanto con aquello que se considera y no se considera trabajo sino con una actitud frente al trabajo:

como yo también soy oficial de construcción, entonces uno aporta también su granito de arena en mucha cosa que uno entiende porque la idea de uno...pues, mía, no sé todo el mundo no somos los mismos, la mía es que yo tengo un trabajo, y tengo, y me estoy ganando una platica buena, hice un contrato, entonces, quiero aprender alguna cosa, ahí mismo, venga, cuánto me vale esto, yo lo quiero aprender, entonces esa ha sido como la actitud mía de aprender lo que uno no sepa porque si en este momento no lo tengo, lo aprendí pero no tengo el empleo para yo hacer, ejercer ese trabajo, de pronto llegará algún día, entonces, y por eso es que yo, usted si me ve, yo hago una cosa, y hago la otra, y la otra y la otra y por eso es que uno no se vara en ninguna cosa (Comunicación personal, *Alberto*, 11 de septiembre de 2021).

Percibo aquí el desarrollo de una concepción pragmática de la vida como consecuencia de, por la guerra, tener que transitar de manera intempestiva entre distintos espacios sociales, donde no siempre el propio saber-hacer va a encontrar un cauce dentro del sistema de trabajo local. Aquí se devela el ejercicio practicado por el sujeto de maniobrar el cuerpo para desarrollar en él una multiplicidad de destrezas tan amplia como lo exijan las circunstancias, una elasticidad.

En *Carlos*, quien durante su vida en el campo antes de ser desterrado también tuvo que hacer uso de otras habilidades para encontrar más fuentes de sustento.

Rosemberth: entonces usted después del ejército, ¿empezó a ser electricista?

¹⁴ Según Mike Davis (2014) esta trampa de la dignificación neoliberal está teóricamente elaborada y legitimada por el economista peruano Hernando de Soto, quien propuso que se den títulos de propiedad a los ocupantes ilegales y que se proporcionen créditos para los trabajadores informales “microempresarios”, y populistamente pregona una resignificación del trabajo precario. Observando el panorama político actual en Colombia, advierto que tanto la derecha como la izquierda electoral del país pregonan estas ideas.

Carlos: volví a la vida civil me tocó voliar hasta azadón pero bueno yo sin trabajo no me puedo quedar, tengo que trabajar en lo que sea, hasta que dije yo "ombe yo sabiendo trabajar" yo le arreglaba radiesitos por ahí a la gente, cuando empezaron a surtiren ya la gente a llevamen cosas cosas y cosas, y le decía yo a la gente: "hombre, tienen dos meses de garantías en dos meses sabe usted si le quedó bueno o no" [...] y si fallaba una cosa lo revisaban de nuevo y lleven (Comunicación personal, *Carlos*, 7 de noviembre de 2021).

El relato es interesante porque habla de alguien a quien es la situación de campesino pobre misma la que lo fuerza a encontrar otros saberes para insertarse en el sistema de reproducción socioeconómica local. Este caso ayuda a entender que cuando aquí uso el concepto de a-campesinado ese mundo campesino del que se está desarraigando a los sujetos no es el universo premoderno tradicional y aislado, sino uno ya penetrado por el sistema de relaciones sociales, y que obliga a los campesinos a un régimen de trabajo por temporadas en el que, para complementar su sustento, deben abocarse a la informalidad y a los servicios.

En ambos se halla esta subjetividad adiestrada por disposiciones a la necesidad de una elasticidad de la fuerza de trabajo, pero en ambos también hay un arraigo de identidad campesina, porque así se auto reconocen. Dice *Carlos* que:

Quisiera tener uno un pedacito de tierra es muy bueno, uno no es mucho lo que hace bien, pero tener su matica de maíz, mijo [...]

Rosemberth: ¿usted ha trabajado así?

Carlos: yo trabajé la electrónica, pero también tenía mis cultivos en tierra ajena arrendada [...] yo sembraba por ejemplo ocho kilos de maíz [...] el sembrado que se llama pues, ya cuando lo iba a coger si yo me cogía diez bultos o pongamos ocho bultos, le tocaban dos a la finca [...] o sea si eran cuatro bultos, a la cuarta le tocaba al dueño de la finca [...] entonces hombre eso era la forma, uno tenía pa' sembrar chocolito, frijol verde (Comunicación personal, *Carlos*, 7 de noviembre de 2021).

Mientras *Alberto*, al preguntarle yo si "usted se considera más campesino, o...o como ya...viviendo tanto tiempo viviendo en la ciudad y todo eso...?" él me responde "no, a mí las fincas me gustan mucho" (Comunicación personal, *Alberto*, 11 de septiembre de 2021). El contraste está

en que el segundo en la práctica inculcó un ethos más propio de las exigencias de la ciudad a pesar de que manifieste gusto por uno de los espacios de la actividad rural, mientras que no así en el primero, quien en sus deseos mantiene una nostalgia más profunda frente a la propiedad de la tierra y de un modo de vida campesino. El primero ha integrado en sí la disposición de la elasticidad al nivel de elevarla a categoría moral, mientras el segundo simplemente se ha acoplado a lo que exigía una situación de necesidad forzosa.

La investigadora Donny Meertens (2000), tiene una comprensión distinta de este fenómeno que aquí llamo como elasticidad, y está relacionado con la cuestión del género. En la investigación que realizó pudo determinar que las mujeres desterradas “tienden a ganar un poco más de autonomía y sociabilidad y a visualizar nuevos horizontes para sus proyectos de vida, los cuales, por lo demás, se orientan más hacia la vida urbana que las de los hombres” (2000, p. 118). En esta lectura, previamente al destierro las mujeres pertenecían de forma más consustancial al espacio de vida privado de la familia rural, donde las relaciones interpersonales no están organizadas por formalidades como en el mundo público, sino que dependen de “redes informales de soporte cotidiano” (p. 126). Es justo esta experiencia unidimensional la que les da a las mujeres desterradas mayor resiliencia frente a las exigencias del espacio urbano.

Entonces aquellas disposiciones subjetivas en las que uno podría ver la internalización de un ethos neoliberal también pueden ser vistas como una adquisición de un grado mayor de autonomía con el que no se contaba en el campo. Creo que en el fondo de la divergencia entre estas dos posturas están las delgadas y porosas líneas que demarcan las diferencias entre el concepto de autonomía y el de libertad, el primero más sustancial y el segundo puramente negativo. También está la discusión de si el estado de informalidad e invisibilización en el que vive sumida la población excedente del capitalismo provee una condición favorable para el desarrollo de una relativa autonomía.

Pienso que este tema no se debe pensar abstraído de las condiciones concretas sobre las que se ejerce esta libertad o autonomía. Si se observan las condiciones sociopolíticas de un territorio como Granizal, es un espacio en el que las personas, al vivir en las sombras del orden formal, siguen expuestas a las redes de poder locales que operan con sus propios regímenes de vigilancia de las almas y los cuerpos. La desconcentración del poder es un elemento característico del orden político derivado de las sociedades feudales, y en Colombia es una característica que se vive tanto

en el campo como en la ciudad, como se confirma en muchos relatos, en lo que uno observa al ir a territorios como Granizal, y que ha sido conceptualizado por otros autores¹⁵.

En mi conversación con *Astrid*, yo lancé el juicio de que la vida era difícil en Granizal, y ella me planteó: “ah sí, y más a...más a donde hay de esa gente, con mayor razón” (Comunicación personal, *Astrid*, 7 de noviembre de 2021). Conversando con *Marina*, en cuanto a la carga impositiva que reciben por parte del poder local que gobierna en la vereda, dice:

Por aquí por ejemplo en este barrio pues que uno sepa pues que yo sepa los muchachos. Eso es lo único que yo sé

Rosemberth: Si pasa algo aquí por ejemplo de un robo...son ellos los que

Marina: Algún robo grande uno va y los busca a ellos, pa' que le solucionen a uno un problema de un lote, de una casa, de aquello, lo otro, pues sí es mejor uno meterse con ellos porque uno se pone a ir a buscar policías y después uno resulta embalado metido de pronto en un ¿cierto? Pero que yo sepa pues que jodan y que jodan y que jodan no, no esto por aquí no ha sido como así tan [...]

Rosemberth: ¿usted cómo percibe eso que hacen ellos de cobrar... por ejemplo el agua?

Marina: ¿cómo percibo eso? que es mucho descarar porque eso, eso no es agua de ellos, si no que ellos siempre se descararan de la gente del barrio para venir a cobrarle la luz, la agua a la gente, gente que a veces no tienen agua hasta tres, cuatro días, cinco días, una semana y llegan a cobrar el agua hay que pagarles (Comunicación personal, *Marina*, 27 de julio de 2021).

Y sobre las nulas contraprestaciones del amo para con los esclavos dentro ese régimen de poder que los gobierna, *Astrid* y *Carlos* plantean lo siguiente:

Rosemberth: ¿y ellos además de cobrar ellos qué hacen?

Astrid: ¿qué van a hacer? pasar bueno, comer pollito asado con...con la plata que recogen del agua de los bobos

¹⁵ Forrest Hylton (2010) plantea que en las condiciones de la economía neoliberal y el control social paramilitar en Medellín a lo largo del siglo XXI, es posible hablar de una refeudalización del poder, “apalancada por las rentas de la cocaína, en tanto el modelo industrial anterior estaba basado en el café” (p. 357).

Rosemberth: si...cuando de pronto hay un robo por aquí ¿ellos no hacen nada? [...]

Carlos: yo no sé si harán [...]

Astrid: y todo el que tenga un negocito o fuese un mensajero allá [...] una venta de arepas lo que sea, tiene que darles, tiene que darles, entonces es mejor uno quedarse quietesito sin hacer nada.

Rosemberth: ¿y si uno va a construir? también tiene que...?

Astrid: jmm! [...] ahí mismo le caen. Esa gente ni trabaja ni dejan trabajar (Comunicación personal, Astrid y Carlos, 7 de noviembre de 2021).

Sobre las dificultades para el ejercicio de la acción política comunitaria, *Ligia* plantea lo siguiente:

Rosemberth: ¿pero entonces a usted así como allá no le han dado ganas acá de ser parte como de una junta?

Ligia: no...los de la junta me han convidado mucho [...] pero [...] no es que no me gusta eso es bueno, si no es que por aquí usted sabe que esa gente son las que prácticamente mandan entonces uno meterse con ellos...o es amenazado (Comunicación personal, *Ligia*, 5 de septiembre de 2021).

En estas condiciones ¿qué tanto puede darse la autonomía, así sea relativamente?

3.5. Formas de entenderse a sí mismo después del destierro

La permanencia o desplazamiento de cierto saber-hacer que puede encontrar espacios de despliegue en el mercado laboral urbano son cruciales a la hora de determinar la auto-identificación de las personas como campesinas o no. Hay gente que conocí que manifestaba un entendimiento de lo campesino como un lugar en la división del trabajo, en primer lugar, un saber-hacer en el que el ser humano se relaciona con los seres vivos como la tierra y las plantas. *Esther*, por ejemplo, ha vivido en muchas zonas rurales del país, como San Pedro de Los Milagros y ella afirma que “he cultivado, allá cultivé papa, arranqué papa, me encanta el campo porque es que a mí me encanta el

campo y mi Dios no me mandó un esposo del campo” (Comunicación personal, *Esther*, 5 de septiembre de 2021).

También está claro este criterio de autoidentificación basado en las actividades productivas, en el siguiente fragmento de la conversación con *Josefina*:

Rosemberth: usted después de todo eso, pues ya estando acá, [...] ¿usted se considera campesina?

Josefina: más bien [...] sí, porque uno sabe más cosas del campo que de la ciudad, yo sé más cosas del campo, a mí me ponen a sembrar matas y yo sé sembrar matas, a mí me ponen a aliñar una carne y tengo que saber qué es lo que le voy a echar porque...porque me da más brega aliñar una carne que sembrar una mata, una mata yo le sé el proceso a la mata...a la tierra, cómo la tengo que pulir, qué le tengo que echar, cómo la tengo que arreglar, la mata cómo la voy a sembrar, porque yo fui criada en el campo, ¡yo fui del campo!, en cambio en la ciudad siempre le da más brega a uno las cosas (Comunicación personal, *Josefina*, 21 de agosto de 2021).

Un caso interesante a este respecto es el de *Ligia*, quien es obrera industrial en una empresa pequeña. A pesar de haber sufrido dos hechos de destierro, ella mantiene la propiedad de su finca donde tiene a alguien trabajando y en la ciudad trabaja en una pequeña fábrica de metales. Bajo estas condiciones, ella ha conservado un espíritu campesino y ha mantenido una distancia subjetiva del espacio de vida obrero. Por lo menos es esto lo que analizo a partir de su relato, en el que se reivindica como campesina:

Rosemberth: ¿y usted, entonces usted se considera campesina?

Ligia: sí [...] yo soy campesina legítima mijo, yo sí, de hecho cuando voy en enero o a fines de diciembre que son mis vacaciones me voy a coger café

Rosemberth: ¿o sea la finca que tiene allá usted también la trabaja, pues, le produce algo?

Ligia: sí [...] yo la tengo produciendo [...] ella está produciendo, claro, yo sé que tengo que ir a porto la...por ejemplo la persona que trabaja allá, ella está en compañía [...] el café que coge lo partimos para los dos, entonces yo sé que a mi me toca que mandarle los abonos y

ya...ya los arreglos, se le han hecho muchas siembras de café y eso lo hago yo, le mando a la persona y... y ya (Comunicación personal, *Ligia*, 5 de septiembre de 2021).

Mientras tanto, cuando habla sobre su relación con el espacio de la fábrica, y las relaciones que se tejen allí, expresa otros elementos:

Rosemberth: ¿y usted por ejemplo ha salido...conoce otros trabajadores de otras empresas... agrupaciones como de obreros?

Ligia: no mucho, no mucho [...] no te digo, es que los contactos míos no son muchos, yo trabajo desde mi...yo me paso de la casa al trabajo y del trabajo a la casa...que tengo personas conocidas y que de pronto uno habla con ellos momenticos así, pero como que...que yo decir que conozco muchas cosas no (Comunicación personal, *Ligia*, 5 de septiembre de 2021).

En ella, la subjetividad obrera no ha encontrado dentro del espacio físico de la fábrica y del espacio periurbano unas categorías para hacer conciencia de la propia identidad social, y tienen más peso, en cambio, aquellos espacios sociales donde la vida fue más difícil, y por ende donde los hechos dejaban más huella. Probablemente, entonces, la mera presencia y actividad en el espacio físico de la fábrica no bastan para generar una subjetividad obrera que anule las disposiciones del espíritu campesino, todavía vivas en los deseos, las memorias, e incluso cuestiones más imponderables aún como las dimensiones estéticas.

Además de barreras para la subjetivación obrera y urbana que actúan desde afuera como restricciones que anteceden las acciones y retan el alcance que el sujeto les puede conferir a las mismas, (como es este último caso donde la conciencia de mantener una propiedad rural pesa más que cualquier cosa en la identificación social que esta propietaria tiene de sí misma) el simple hecho de haber pasado por una socialización campesina puede instalar en la subjetividad unas barreras que impiden, esta vez no la entrada, pero si el encaje del sujeto en el mundo del trabajo que le es dado dentro de las relaciones sociales de la ciudad. Esto pienso por lo que hablé con *Natalia*, quien llegó a la ciudad “porque me vine a acompañar a una hermanita mía pa' cuidar mis sobrinitos y ya me quedé y no volví más”, luego, quedó viviendo acá a pesar de que le gustaría volver; le pregunté si había pensado en volver a Necoclí, y me dijo que “de querer querer, quiero pero no puedo [...]

porque...(risas)... tengo el marido acá (risas)” (Comunicación personal, *Natalia*, 5 de septiembre de 2021).

Digamos que en esta relación particular entre el querer y la posibilidad, la voluntad y la determinación, el desarraigo con respecto a la tierra y el territorio campesino no se desarrolla en su plenitud, porque si bien es en el seno del territorio urbano periférico que esta mujer ha participado de la organización de un núcleo familiar en el cual ella es madre, sus deseos y sueños se proyectan sobre el mundo rural, elemento que impide que la subjetivación del territorio urbano periférico se realice a plenitud en ella, justo por estas barreras que mencionaba. Dentro del relato de *Natalia* se pueden tener elementos para inferir el límite a esta subjetivación:

Rosemberth: ¿usted...usted ha trabajado acá, desde que llegó?

Natalia: no yo no, nunca he trabajado me da miedo trabajar [...] no me gusta que me manden (risas) porque es que a veces hay patrones que no saben mandar y entonces empiezan es como [...] entonces eso me da como...cosa, porque ya yo pasé por eso [...] fue la primera vez que yo vine acá, yo me vine cuando tenía dieciséis y ya de ahí me dio mamitis y me fui...entonces una señora, me fui dizque pa' la casa de una señora ,esa señora me iba a dar estudio me iba a dar de todo, pero no, eso me trataba muy mal

Rosemberth: ¿y usted trabajaba en la casa de ella?

Natalia: en la casa de ella, entonces no, o sea, no me gustó el trato y mi hermanita mejor me mandó

Rosemberth: ¿y cómo la trataba pues? ¿le decía cosas o...?

Natalia: pues yo no sé, yo... de decirme cosas no me decía, pero cuando yo le decía a ella que me diera pa' yo llamar a mi mamá, ella no me...no me daba la plata en la mano sino que me la tiraba, o sea, yo decía era que me quería secuestrar

Rosemberth:¿y ella sí le dio pa' estudiar?

Natalia: no, nada nada, de lo que ella me ofreció me dio

Rosemberth: y cuánto tiempo trabajó ahí

Natalia: como dos semanas [...] me aburrí, yo no estaba acostumbrada tampoco (Comunicación personal, *Natalia*, 3 de septiembre de 2021).

Hay un fenómeno que Bourdieu y Sayad ([1964] 2017) relacionan con los sujetos acampesinizados, esto es, quienes *están* físicamente en los espacios diferentes a aquellos donde se formó la subjetividad campesina pero no los *habitan* desde la intimidad, protegiendo esta instancia de interioridad del ser. Los autores encontraban en los campesinos que aún conservaban su espíritu de tales pese a la transformación de sus condiciones materiales, una actitud tradicionalista, que se develaba en la práctica de estar como trabajador en las plantaciones y asentamientos coloniales pero mantener una relación externa con este universo, mientras que internamente el sujeto se mantiene apegado a los atractivos y encantos del universo familiar de la cotidianeidad por fuera del trabajo, así se impide la subsunción de la subjetividad en el espacio de vida del colono.

En el presente caso, la experiencia relatada es una ilustración posible del choque subjetivo que genera el desacoplamiento entre el mundo al que responde el hábito subjetivo o *habitus* y aquel al que se es lanzado. Para *Natalia*, no solo tiene que ver con el trabajo sino con el espacio de vida en la ciudad en general:

Roseberth: cuando está acá ¿qué lugares frecuenta?, pues ¿usted sale?, ¿va como a algún lugar?

Natalia: no, yo aquí no salgo (risas) [...] pa' donde mi hermana a tricentenario, en el centro yo sí iba pero ya como que me da miedo [...] no sé yo estuve pa' allá quince días quería acompañar a una muchacha que se iba a hacer la operación, la iban a operar en pro-familia, y yo no sé yo no me sentí como cómoda me sentí como mal como...como con miedo, todo diferente

Roseberth: ¿por qué? ¿por la gente? mucha gente

Natalia: más gente, hay más gente que...que antes, entonces no sé da como miedo eso (Comunicación personal, Natalia, 3 de septiembre de 2021).

Bourdieu y Sayad ([1964] 2017) exploraron con detalle este fenómeno de la fricción entre mundo interior y mundo exterior, y la llamaron también desdoblamiento, que manifiesta la diferencia entre estar y habitar, y es parte de las formas que se desarrollan en la subjetividad expresada en el relato analizado para eludir el espacio urbano y sus prácticas, el tránsito por la urbe, y el trabajo doméstico asalariado, defenderse de estos espacios con la emoción del miedo y evitarlos como fuente de identificación subjetiva que transforme definitivamente la identidad social.

Según lo que analizo en las entrevistas, no todos los desterrados sienten esta necesidad de desdoblamiento, hay quien sucumbe a los significados y sentidos del universo del trabajo urbano. Pienso que este es el caso de *Bibiana*, que se incorporó un trabajo doméstico asalariado en la ciudad. Hablando sobre su patrona, dice:

ya esa señora me dio dos [...] tres platos, una ollita, me dio fue una reollita, ella me surtió y vea mire todo lo que tengo, o sea, todo lo que tengo aquí es de ella, era de ella, ella cambiaba las cosas y me las daba a mí [...] ya resolvimos, hoy en día es como mi segunda mamá...mi segunda no, ya mi primera, porque ya la primera se me fue...(Comunicación personal, Bibiana, 3 de agosto de 2021).

Este relato contrasta con el anterior, en cuanto manifiesta una forma de habitar el espacio al que se llega después de un destierro y encontrar en las prácticas con las que el sujeto se inserta en este mundo no solo una identificación para presentarse ante el mundo (eso no está claro en este caso) pero al menos sí una identificación personal, una “segunda casa”.

La comparación con el referente objetivo en el que se cultivó ese *habitus* que ahora se busca proteger es palpable también en el relato de otras personas que entrevisté para este trabajo. Las representaciones sobre el pasado en los desterrados muestran las huellas que dejó la práctica rural en el sujeto y demuestran la actitud presente frente a este pasado, lo cual es tanto más importante para definir la vigencia o no de la subjetividad campesina. Después de haber vivido un tiempo en la ciudad como desterrados, Astrid y Carlos encontraron una oportunidad para devolverse para el campo, y luego retornaron de nuevo a la ciudad por problemas económicos, en su reflexión sobre esta experiencia sus opiniones se bifurcan:

Rosemberth: ¿y ustedes se fueron para allá porque no estaban amañados por acá o qué?

Astrid: no, sí no que éste quería que una tierra

Carlos: si no que aquí sale uno al centro, que a lo último me atracan, que no que los buses, que los carros, que las motos [...]

Astrid: me dijo que una finca y yo le dije: “usted pa' qué ambicia una finca mijo ya tan viejito”

Carlos: no pero uno una hectárea o dos sí las sostiene uno

Astrid: pero sí avemaría, muy bueno

Rosemberth: ¿a usted [Astrid] no le gustaba tanto la idea?

Astrid: no, a mí sí me gustaba [...] pero el problema era que donde se enfermara él qué

Carlos: ah y porque estaba adentro de la vía, estaba a media hora pa' entrar

Astrid: a media hora ellos que caminan, uno que camina tan poquito por ahí a una hora [...]

por ahí una hora de camino pa' ir...pa' salir a la carretera pa' coger un carro [...]

Carlos: media pa' salir a la carretera y de ahí pa' ir al pueblo, otra media hora

Astrid: yo cada que él salía a mercar me tocaba ir a encontrarlo allá al chocó pa' ayudarle a él a arrimar el mercaito a la casa (Comunicación personal, *Astrid* y *Carlos*, 7 de noviembre de 2021).

En estas reflexiones encuentro representaciones sobre el mundo campesino, y en ellas, una diferencia de valoraciones: en cuanto *Carlos* evoca una nostalgia de la vida en el campo, *Astrid* manifiesta más desapego, y una postura más crítica frente al lugar que ocupó en este lugar. Efectivamente, navegando en el discurso de *Carlos* uno se topa con aspectos de autoidentificación campesina. Así, cuando le pregunté si se consideraba campesino asintió y me dijo que “quisiera tener uno un pedacito de tierra es muy bueno ...uno no es mucho lo que hace bien, pero tener su matica de maíz, mijo...”, y pasó a referirme todo lo que había trabajado en el campo (Comunicación personal, *Carlos*, 7 de noviembre de 2021). En este caso, el factor que le da el sustento para su autorreconocimiento es el hábito instalado en su subjetividad de trabajar la tierra, y el deseo de permanecer en ese hábito por encontrar allí un goce.

Otros terrenos en los que se cultiva la autoidentificación se encuentran en disposiciones mucho más subjetivas que el saber-hacer, las costumbres o los signos exteriores, por ejemplo, el deseo y la memoria. En cuanto a su saber-hacer en el trabajo agrícola; en ese sentido, *Natalia* me decía lo siguiente:

Rosemberth: ah bueno y usted allá qué...pues ¿qué hacía? en Necoclí

Natalia: no, vivía con mi mamá, en una... en una vereda [...] mi papá siempre le ha gustado arroz, maíz, yuca, plátano, ñame, de todo un poquito [...] mi mamá sembraba tomate, eh...pues sus maticas así de frisolitos, todo eso

Rosemberth: ¿y usted trabajaba también con ellos? [...]

Natalia: no [...] a veces, a veces le ayudaba a mi papá a recoger maíz, pero me iba pa' allá a ayudarle y le mochaba las matas de arroz a mi papá entonces no me dejaba y las matas de plátano se caían porque les mochaba el hijito también, todo le mochaba entonces se caía (Comunicación personal, *Natalia*, 3 de septiembre de 2021).

Sin embargo, ante la pregunta de si ella identificaba como campesina ella se afirmaba de la siguiente manera:

Natalia: a mucho honor [...] sí, y me encanta el campo, a mí me gustaría tener una finca [...] nunca me arrepentiré

Rosemberth: ¿así sea [...] no sabía bien cortar los plátanos? (risas)

Natalia: (risas) pues, yo le ayudaba a mi papá y eso, pero uno [...] pero ya uno ve y uno va aprendiendo [...] lo que sí me gustaba era coger...ayudar a coger el maíz, sí me gustaba mucho, me ponía el coso por acá y cogía las chuzas esas y [...] en eso le ayudé mucho a mi papá (Comunicación personal, *Natalia*, 3 de septiembre de 2021).

En este último relato, entonces, se nota son más fuertes el deseo y la relación con el paisaje rural que el mismo saber-hacer como lo que aporta las bases para el reconocimiento como sí mismo de campesina.

En otras personas encontré que las categorías sociales que dicen sobre las relaciones sociales de producción -campesino u obrero – no eran tan principales en su reconocimiento ante el mundo. Por ejemplo, en *Josefina* uno puede ver cómo lo que ha influido en la constitución de su subjetividad para relacionarse con el mundo, son las prácticas religiosas:

Rosemberth: ¿o sea que cuando usted vino acá [de la costa] que...se puso a trabajar? [...]

Josefina: no, yo cuando vine de la costa yo no he trabajado [...] ¡nada absolutamente nada!, yo vivo por la misericordia de Dios, yo me puedo sentar aquí y cualquier vecina "hermana, venga, una librita de arroz", yo aquí no he trabajado, ¡para nada!

Rosemberth: ¿y sus hijos le ayudan?

Josefina: cuando pueden, no...no todas las veces, una que otra vez cuando pueden, y yo ahora medio me ayudo es que tengo una maquinita ahí entonces hago mochitos pa' los niños

por ahí así y los ofrezco a las mismas hermanas de la iglesia, ellas me los compran y con eso, voy pagando la luz, agua, y cositas así (Comunicación personal, Josefina, 21 de agosto de 2021).

El espacio de vida que le ofrece la institución religiosa le aporta más contenido a la formación de su subjetividad que otros espacios por los que ha transitado a lo largo de la vida. Vivir “de la misericordia de Dios”, expresa una manera de asir una situación estructural de hambre y abandono dentro de las categorías de aprehensión de la experiencia ofrecidas por el mundo religioso. Esto ha llegado a determinar que las situaciones derivadas de la exclusión, como el hambre, sean interpretadas como “ayuno”.

Esta es una articulación de su concepto de vida, que me mostró escrita en un cuaderno de dibujos y cantos:

¿qué es la vida? la vida es una oportunidad, aprovéchala; la vida es un sueño realizado; la vida es un misterio, descúbrela; la vida es un reto, afréntalo; la vida es preciosa, cuídala; la vida es rigurosa, conservalo; la vida es un humano, cántalo; la vida es amor, gózala (Comunicación personal, *Josefina*, 21 de agosto de 2021)

Preguntas que quedan abiertas y derroteros

Con este texto quise abordar los distintos ámbitos subjetivos en los que opera el destierro, e impulsado por tal propósito compuse una descripción que se detenía, por un lado, en diversas instancias de la vida de mis interlocutores como su relación con los objetos, la familia y el trabajo, para observar cómo eran impactadas por el destierro, y por otro, en las diversas maneras en las que la violencia desterradora coacciona y tensiona los espacios de acción de los sujetos.

En este país el sistema económico se reproduce mediante distintas modalidades de violencia, siendo una de ellas el destierro, y escuchando las historias de estas personas aprendí que esta violencia es una expresión de degradación del sistema que llega hasta lo más íntimo, rompe en las personas la relación más esencial con sus espacios de vida, y que en su esfuerzo por construir nuevas formas de arraigo la gente encuentra una gran diversidad de nichos. Esto es importante para superar la idea de pasividad que tiene cierto imaginario sobre las víctimas del conflicto armado en el país, pero también para entender que, así como la violencia actúa de muchas formas y sobre muchos terrenos, los caminos que toma la búsqueda del arraigo son múltiples y que ese proceso siempre está dándose.

Recordando la importante la pregunta que hacía una de mis interlocutoras a “los rebeldes” que la llamaban “compañera”: “¿futuro de qué?” (ver cap.1, p. 72 de este texto), pienso también en lecciones políticas que me deje este trabajo. Para transformar el mundo hay que entender la importancia de la subjetividad, y saber hacer de la lucha revolucionaria un espacio en donde las personas encuentren el hábitat que la estructura económico-social del país les arrebatara. Los desterrados habitaron un mundo donde era posible la subjetividad colectiva, sea en la forma de una gran familia o de una organización veredal, o ambas, pero este mundo no estaba absuelto de opresión, como se puede ver claramente en el sufrimiento de las mujeres campesinas en sus familias. La individualización forzada de estos sujetos también acarrea formas de opresión, expresadas en el sufrimiento de las personas al intentar encontrar arraigos o en encontrarlos en formas de subjetividad que normalizan la miseria. Por eso hay que apostar por la construcción de espacios de vida donde sea posible de nuevo la *comunidad*, entendida como un proceso y no como una entidad esencial, y que busque superar los problemas padecidos por los desterrados en sus formas anteriores de subjetividad colectiva.

Decir estas cosas es muy fácil, hacerlas es lo difícil, sobre todo dadas las mismas condiciones subjetivas: yo les pregunté a muchos de ellos al final de las entrevistas cómo creían que se puede luchar contra esta problemática del destierro, y la respuesta general que recibí fue la de una desesperanza absoluta. Para Mariátegui (s.f.) “el hombre se resiste a seguir una verdad mientras no la cree absoluta y suprema. Es en vano recomendarle la excelencia de la fe, del mito, de la acción. Hay que proponerle una fe, un mito, una acción” (párr 8) ¿qué mito construir para que el pueblo pueda revolucionar esta sociedad y crear un mundo más justo? Resolver estas preguntas es importante para tener la inspiración para aportar a los espacios de movilización de la gente pobre y desterrada del país y contribuir en sus luchas por la obtención de sus derechos, preparando en el acto el terreno subjetivo para transformar la sociedad.

En relación con aspectos de la comprensión del destierro en los que este estudio también deja unas preguntas abiertas, pienso que me gustaría indagar más por los procesos mediante los cuales las instituciones religiosas, especialmente las neopentecostales ya que éstas están muy presentes en la periferia de esta ciudad, son subjetivadas por la gente desterrada. También, identificar los modos en los que estas prácticas religiosas se hacen significativas para quienes participan en ellas, y genera unas autoidentificaciones que cambian la relación que tienen los sujetos con respecto a su clase social objetiva y otros puntos de su localización particular en la estructura social como un todo.

Queda abierto también, en relación con la cuestión de la autoidentificación, entender las fuerzas determinantes en las transformaciones de los conceptos y valoraciones que tienen estas personas del trabajo, específicamente, cómo se van transformando estas significaciones en relación con otras variables distintas al movimiento socioterritorial. También creo que vale la pena profundizar este mismo estudio enfocándose en universos concretos de edad, género y demás, para tratar de identificar –y saber si realmente hay- relaciones sistemáticas entre ciertas posiciones de sujeto y patrones de subjetivación. Por ejemplo, quedó esbozado en uno de mis capítulos el problema de la variación de la ubicación del valor de la familia en el sistema de valores de las víctimas de la violencia física y estructural, en relación con su género y a su papel en la estructura familiar. Por lo menos queda claro que es importante la invocación de la protección de la familia en el momento de la migración a la ciudad, pese a que va a ser difícil mantener esa misma unidad familiar en el devenir dentro de las nuevas circunstancias socioterritoriales a las que se ven

abocados los desterrados, pero valdría la pena confirmar de otros modos si en verdad los desterrados tienden a darle más o menos peso a sus familias según su edad y su género.

También creo que hay que hacer ejercicios comparativos en donde se superpongan los procesos de movilización política en los desplazados internos de otros países y los de este país, y cómo en medio de estos procesos se construyen subjetividades con base en las configuraciones axiológicas, estéticas, afectivas, epistemológicas, que constituyen la identidad de un sujeto político (De la Garza, 1992). La gente desterrada sabe que, dada la estructura social de este país, en la que tienen tanto poder los actores económicos desterradores, como los terratenientes, la tierra no le será devuelta; estos estudios comparativos pueden ayudar a pensar inspiradoras de movilización dentro de la estructura y en pro de revolucionarla.

Otro enfoque que se le puede dar a este mismo estudio es generar información a partir de herramientas metodológicas más variadas. Los datos producidos unilateralmente en el marco de técnicas como las entrevistas y la observación presentan sus puntos ciegos, porque hacen muy difícil distinguir lo esencial de lo inesencial en función de la problemática que se quiere abordar, al no tener suficientes instancias para ser trianguladas. Con estrategias cartográficas y técnicas cuantitativas que contribuyan a actualizar las caracterizaciones sociodemográficas, se pueden hacer reconstrucciones mucho más completas para entender las subjetividades del destierro.

Por ahora, estas son las líneas que creo que se pueden abrir para quienes estén interesados en profundizar en la comprensión de este importante problema y de tener más orientaciones claras a la hora de trabajar en la lucha contra la miseria que genera el destierro en nuestro país.

Referencias

- Akram-Lodhi, A., Kay, C., Morras, S. (2009). The political economy of land and the agrarian question in an era of neoliberal globalization. En Akram-Lodhi, A., Kay, C.(Eds.), *Peasants and globalization. Political economy, rural transformation and the agrarian question* (pp.214-238). Routledge.
- Albán, A. (2011). Reforma y contrarreforma agraria en Colombia. *Revista de Economía Institucional*, 13(24), 327-356.
- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (2009) *Violencia de género y mujeres desplazadas*.
- Aparicio, J. (2005). Intervenciones etnográficas a propósito del sujeto desplazado: estrategias para (des)mobilizar una política de la representación. *Revista Colombiana de Antropología*, 41, 135-169. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1205>
- Beaud, S. (2018). El uso de la entrevista en las ciencias sociales. En defensa de la entrevista etnográfica. *Revista Colombiana De Antropología*, 54(1), 175–218. <https://doi.org/10.22380/2539472X.388>
- Bello, M. (2004). El desplazamiento forzado en Colombia: acumulación de capital y exclusión social. En Bello, M (Ed.) *Desplazamiento forzado, dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. (pp. 19-30). Universidad Nacional.
- Betancurth, D., Peñaranda, F. (2018). La crianza en situación de injusticia extrema una comprensión desde un grupo de cuidadoras significativas. *Revista Cubana de Salud Pública*, 44(2), 259-277.
- Bhattacharya, R. (2010). Capitalism in post-colonial India: Primitive accumulation under dirigiste and laissez faire regimes.[Tesis Doctoral, Universidad de Massachusetts Amherst] Scholarworks @UMass Amherst.
- Biel, J., Good, B., Kleinman, A. (2007). Introduction: Rethinking Subjectivity. En Biel, J., Good., Kleinman, A (Eds.) *Subjectivity. Ethnographic Investigations* (pp. 1-23). University of California Press.
- Bourdieu, P., Sayad, A. [1964] (2017) *El desarraigo: la violencia del capitalismo en una sociedad rural*. Siglo XXI Editores.

- Bourdieu, P., Wacquant, L [1992] (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Siglo XXI Editores.
- Brand, E., Giraldo, L., Rodríguez, J. (2017). Caracterización sociodemográfica de la población desplazada de la Vereda Granizal del Municipio de Bello, Antioquia. *Espacios*, 38(43), 8.
- Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2015). Una nación desplazada. Informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia. Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Corporación Nuevo Arcoíris., Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2013). Actualización de diagnósticos en comunidades específica de tres departamentos en el marco del proyecto de la asistencia de soluciones sostenibles para la población desplazada. Granizal: territorio en disputa.
- Davis, M. (2014). Planeta de ciudades miseria. Ediciones Akal, S.A.
- De la Garza, E. (1992). Crisis y Sujetos sociales en México. Vol. 1. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM.
- De la Garza, E. (1997). Trabajo y mundos de vida. En León, E & Zimmelman, H (Coords), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Universidad Nacional Autónoma de México & Anthropos Editorial.
- Díaz, M. Echeverry, A. Giraldo, C. (2016). Condiciones socioculturales en el asentamiento Manantiales de Paz y su influencia en las diferentes Dinámicas de Gestión del Agua Comunitaria para el consumo humano Caso: Manantiales de Paz, Municipio de Bello, Antioquia, Colombia. [Tesis de Pregrado, Universidad Pontificia Bolivariana]. Repositorio Institucional de la Universidad Pontificia Bolivariana
- Duque, A. (2012). *Manifestaciones identitarias de la comunidad en condición de desplazamiento “asentamiento barrial Altos de Oriente II”*. [Tesis de pregrado, Corporación Universitaria Minuto de Dios sede Bello]. Repositorio Institucional UNIMINUTO
- Engels, F. [1845] (2019). Situación de la clase obrera en Inglaterra. Marxist Internet Archive.
- Fajardo, D. (2018) Agricultura, Campesinos y Alimentos (1980-2010). [Tesis de Doctorado, Universidad Externado de Colombia]. Repositorio Digital Universidad Externado.
- Fanon, F. [1961] (1983). Los condenados de la tierra. Fondo de Cultura Económica. México.

- Fang, I. (2018). Precarity, *Guanxi*, and the Informal economy of Peasant Workers in Contemporary China. En Hann, C & Parry, J (Eds.) *Industrial Labor on the Margins of Capitalism. Precarity, Class, and the Neoliberal Subject* (pp. 265-288). Berghahn Books.
- Flores, F. (2004). El mal de ojo de la etnografía clásica y la limpia posmoderna. Una apostilla a partir de la antropología de L. G. Vasco. *Tabula Rasa* (2), 23-46.
- García, A. (2010). Espacialidades del destierro y la re-existencia. Afrodescendientes desterrados en Medellín, Antioquia. [Tesis de Maestría, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional Universidad de Antioquia.
- Geertz, C. (1989). El antropólogo como autor. Ediciones Paidós.
- Guber, R. (2011). La etnografía: método, campo y reflexividad. Siglo XXI editores.
- Harvey, D. (2005). O novo imperialismo. Edições Loyola.
- Hylton, F. (2010). The Cold War That Didn't End: Paramilitary Modernization in Medellín, Colombia. En Grandin, G. Joseph, G. (eds.) *A Century of Revolution. Insurgent and Counterinsurgent violence during Latin America's long Cold War* (pp. 338-369). Duke University Press.
- Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz. (2021, Noviembre). *Balance en cifras de la violencia en los territorios*. Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz.
- Jaramillo, J., Vera, J. (2007). Teoría social, métodos cualitativos y etnografía: el problema de la representación y reflexividad en las ciencias sociales. *Universitas humanística*, 64 (64), 237-255.
- Ley 387 de 1997 (18 de julio de 1997).
- Ley 368 de 1997 (5 de mayo de 1997).
- Lindon, A. (2002). Trabajo, espacios de vida y cotidianidad. La periferia oriental de la Ciudad de México. *Scripta Nova, Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 6(119).
- Machado, A. Tenencia de tierras, problema agrario y conflicto. En Bello, M (Ed.) *Desplazamiento forzado: dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo* (pp. 81-96).
- Mariátegui, J.C. (s.f). El hombre y el mito. Marxists Internet Archive. <https://bit.ly/3aFkFYt>

- Martins, L. (2006). As aparências enganam: divergências entre o materialismo histórico dialético e as abordagens qualitativas de pesquisa. [Conferencia] 29º Reunión Anual de la Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Educação, Caxambu, Brasil.
- Marx, C. [1859] (2001). Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política. Marxists Internet Archive <https://bit.ly/3nZYHT4>
- Marx, C. [1867] (2002). El Capital. Tomo I. El proceso de producción del capital. Siglo XXI.
- Marx, C. [1953] (2007). Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Borrador 1857-1858. Siglo XXI Editores
- Mauss, M. (1979). Sociología y antropología. Editorial Tecnos Madrid.
- Meertens, D. (2000). El futuro nostálgico: desplazamiento, terror y género. *Revista Colombiana de Antropología*, 36, 112-135. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1300>
- Molano, A. (2001). Desterrados, crónicas del desarraigo. Editorial Debolsillo.
- Molano, A. (2009). La gente no habla en conceptos a menos que quiera esconderse. [Conferencia] XVI Congreso de la Asociación de Colombianistas. Charlottesville, Estados Unidos.
- Montoya, V. (2012). Memorias en fuga. Violencias y desarraigo en Colombia. [Tesis de doctorado, Universitat de Barcelona]. Tesis Doctorals en Xarxa
- Naranjo, G. (2004). Ciudades y desplazamiento forzado en Colombia. El 'reasantamiento de hecho' y el derecho al restablecimiento en contextos conflictivos de urbanización. En Bello, M (Ed.) *Desplazamiento forzado, dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo* (pp. 279-310). Universidad Nacional.
- Naranjo, G., Rengifo, C., Cárdenas, O., Granada, J. (2017). Memorias de poblamiento y resistencia vereda Granizal. Rutas de memoria colectiva, paz territorial y pedagogía crítica comuna 3 de Medellín y vereda Granizal de Bello. Medellín. Universidad de Antioquia.
- Observatorio de Desplazamiento Interno (2021) *Desplazamiento interno en un clima cambiante*.
- Osorio, F. (2007). Territorialidades en suspenso. Desplazamiento forzado, identidades y resistencias. Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento.

- Parry, J. (2018). Introduction. Precarity, Class and the Neoliberal Subject. En Hann, C & Parry, J (Eds.), *Industrial Labor on the Margins of Capitalism. Precarity, Class, and the Neoliberal Subject* (pp. 1-38). Berghahn Books.
- Pérez, A. (2018). Las periferias en disputa. Procesos de poblamiento urbano popular en Medellín. *Estudios Políticos*, (53), 148-170. <http://doi.org/10.17533/udea.espo.n53a07>
- Por los derechos humanos. (4 de marzo de 2020). Contexto e historia de la lucha por el agua potable en la vereda Granizal [Video]. Youtube.
- Registro Único de Víctimas. (2022). Víctimas por hecho victimizante. [Infografía].
- Restrepo, L. (2001). *La Multitud Errante*. Editorial Planeta.
- Reynoso, C. (2003). Presentación. En Geertz, C., Clifford, J., Reynoso, C. (Coords.). *El surgimiento de la antropología posmoderna* (pp.11-60). Gedisa.
- Rudas, N. (2019). La violencia y sus resistencias en la Universidad Nacional de Colombia. Seis décadas de revolución y democracia en el campus. [Tesis de Maestría, Universidad Nacional]. Repositorio Institucional Universidad Nacional
- Shah, A. (2017) Ethnography? Participant observation, a potentially revolutionary praxis. En *Hau: Journal of Ethnographic Theory*, 7(1), 45–59. <https://doi.org/10.14318/hau7.1.008>
- Serna, I. (2017). Retos y desafíos institucionales en asentamientos informales. Estudio de caso de la vereda Granizal del municipio de Bello, Antioquia. [Tesis de Maestría, Universidad Nacional sede Medellín] Repositorio Institucional Universidad Nacional
- Thompson, E.P. [1963] (1987). A formação da classe operária inglesa. II A maldição de Adão. Paz e terra.
- Tse-Tung, M. [1939] (2001) Obras escogidas de Mao Tse Tung. Tomo II. Marxists.org
- Vargas, E. (2017). Una genealogía de los sujetos víctima y desplazado en Colombia. [Tesis de Maestría, Universidad Distrital Francisco José de Caldas]. Repositorio Institucional Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Vasco Uribe, L. G. (2019). Vivir y escribir en antropología. *Boletín De Antropología*, 13(30).